

ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA

== LA VIDA ==
EN
== ESCENA ==

DRAMAS EDUCATIVOS

BIBLIOTECA NACIONAL		PARA ADULTOS
QUITO - ECUADOR		CIS DE 10 1993
COLECCION GENERAL		
Nº 9655 AÑO 1993		
PRECIO	DE NACIÓN	

004220-5. AMBATO - ECUADOR



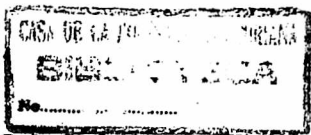
SRA. DÑA.
ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA

LA VIDA EN ESCENA

DEDICATORIA:

Para los tres grandes
amores de mi vida:
Mi madre, Mariana
León de Martínez; mi
esposo, Ricardo F.
Vinueza y mi hija,
Gladys Libertad Vi-
nueza Martínez, con
toda mi alma.

LA AUTORA



PROLOGO

PERSPECTIVA

Charla en torno a una obra

Cuando se ha trasmontado los treinta años y desde su cimero vértice se contempla la realidad con ánimo de juzgarla, lo que más repugna es la parte retórica que hay en ella. Esa pesada capa de brillantez con la cual se embadurnan las cosas y las ideas. Ese resplandor cursi que se interpone entre nuestra pupila y la realidad en esencia. Ese repugnante espumarajo, erizado de arcoiris volubles que, como clámide innecesaria, envuelve ideas y cosas. Y no es que el corazón comience a envejecer o haya envejecido, ni que la pupila comience a cegarse a la luz con la que se baña el paisaje. Es que el corazón a los treinta años —pubertad cordial— comienza a sentir un viril apetito de perforación, para llegar a la entraña de las cosas en donde, el espíritu del mundo, late anegado en su verdad sencilla. Es que la pupila, a esa misma edad, aprende a trasvasar la epidermis del cosmos, desdeñando la línea que enamora, para descubrir tras de ella el esqueleto esencial del paisaje. Y es que el paladar sólo se vuelve sensible a todo aquello que, decantado, se precipita al fondo del vaso donde nos dió de beber la existencia.

Juzgar una obra desde el vértice cenital de la vida equivale a desdeñar todo lo que es simple detalle en ella, todo lo puramente retórico. Es decir, aquella luz de candileja tras la cual vibra —dramática— una realidad opaca. Juzgar una obra así es hacer un balance de ella para quedarnos, a sabiendas, con sólo su andamiaje esencial. Esto es lo que,

justamente, me ha acontecido leyendo la obra de la señora ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA: «La Vida en Escena», conjunto de dramas dedicado a «la educación de adultos», según el propósito confeso de la Autora.



La señora Angélica Martínez de Vinueza, como Gabriela Mistral, es, al par que educadora, poeta: doble calidad que le dignifica y engrandece. Ah, pero además es madre: cualidad y calidad tan grande como aquellas y a través de las cuales ha de juzgarse su obra artística. Porque si el Arte es sólo «el mensaje de la Vida a través de cada temperamento», o la decantación de la realidad a través de ese filtro esenciado del «yo», para juzgar una obra artística, para valorarla en su exacto significado, necesariamente tenemos que ubicarnos en el plano real del autor. Porque en toda obra artística —aún cuando no lo queramos— hay una parte íntima de nuestro yo y un jirón autobiográfico entrañable.

En la obra de la señora Martínez de Vinueza están patentes éstas que son para ella sus virtudes teologales: su misión de educadora, su emoción de poeta y su sensibilidad de madre.

Ya dijimos en alguna ocasión: ser maestro de escuela —y en el Ecuador, sobre todo— es ir a sabiendas al encuentro de su propio calvario. Ninguna profesión que exija mayor dosis de abnegación, de renunciamiento y sacrificio. Ninguna otra que le iguale en alcance y contornos dramáticos: porque regresar al mundo del niño, no ciertamente, es para rejuvenecer, sino para mirarnos cada año, cada mes, cada semana, cada hora y cada minuto en ese espejo que, por contraste, acusa nuestra decadencia y nuestra vejez. Cada promoción es una generación que se va, un surco transeunte que lleva en su entra-

ña la semilla que el Maestro —sembrador infatigable— acaso no lo verá fructificar.

Por otra parte, ser poeta es ser dueño de una sensibilidad que duele. Es ir llevando auestas un corazón que pesa. Es tener ágiles y abiertos los cinco sentidos al mínimo latido del mundo. Es acuciar la mano para recibir en ella ese pedazo náufrago del cielo que se acopia en el sorbo de agua con el que, a veces, es imposible apagar la sed. Pero, por sobre todo ésto, la señora Martínez de Vinuesa es madre. Es decir, mujer en plenitud de mujer. Mujer en logro de la misión más alta que le asignó la Naturaleza. Mujer creadora y mujer educadora a la vez.

A través de estos tres planos, que equivalen a planos diferenciados de emoción y sensibilidad, es menester juzgar su obra artística. Por eso no le discutimos el objetivo que ella asigna a su obra. «LA VIDA EN ESCENA», dice, «son dramas educativos para adultos». En buena hora. En otras circunstancias, a sólo la Artista que hay en ella, le preguntaríamos si el Arte puede o debe tener un fin pragmático. O, si el Arte por el contrario —a menos que se le suplante con el «pastiche»— tiene una inutilidad práctica que le distigue del artesanado. Convenimos en que el Arte no puede sustraerse, como manifestación de cultura, al medio sociológico en el que florece. El Arte no es extraño ni a la geografía ni al tiempo. Digamos mejor: ni al espacio ni al tiempo. Tampoco a las fuerzas constantes que determinan, han determinado y determinarán al hombre de todos los tiempos. A aquella fuerza de supervivencia individual (pan); y, a aquella otra más fuerte por tética y que corresponde a la especie (sexo). Sobre estas dos columnas (amor y pan) se ha edificado toda civilización y toda cultura, con el concurso, claro está, de otras fuerzas que en Sociología se las ha llamado coadyuvantes, concurrentes, influyentes y determinantes. Este último grupo de fuerzas sociológicas son las que dan la fisonomía específica de cada momento histórico y de cada trozo de geografía. El arte como manifestación de cul-

tura, como estilo de vida, ha estado sujeto a la influencia de todas estas causas. Pero es innegable que el Arte colinda con una esfera que ha sido constante y eterna para cualquier espacio y para cualquier tiempo. Lo que significa que en el Arte hay algo inmutable, algo que ha vencido al Tiempo y a la Muerte.

Se han sucedido «Escuelas» y «modas» literarias. Estas últimas con la candidez frívola de cualquier otra moda. Pero de todas ellas algo ha quedado, algo que es imperecedero. Justamente aquello que hubo de realmente artístico, no lo que constituyó simple «moda». La «moda literaria» es el Arte lo que la coquetería al amor. Lo uno es candidez frívola, lo otro es razón y esencia de vida.

El fin pragmático de las obras artísticas nada valen o duran poco. El ejemplo nos lo dió El Quijote, la obra más grande del genio español. Cervantes se propuso un fin práctico: combatir los libros de caballería y creó El Quijote. Pero al crearlo creó también la verdadera, la eterna, la auténtica caballería: el quijotismo. Comparado el fin práctico con el artístico que consiguió, la diferencia es astronómica. Cervantes creó la obra artística inigualada e inigualable de todos los tiempos. Es de dudar, por lo mismo, del fin práctico que se la quiera dar a una obra artística. Porque, al fin y al cabo, ese fin es perecedero, en tanto que el Arte es eterno. Y no se compaginan entre la eternidad de éste y la perecibilidad de aquél.

La señora Martínez de Vinuesa—yo sé—no hace su obra artística sólo para educar sino para crear. En cumplimiento a su alta misión de escritora auténtica. Porque el problema educativo, como problema, es perentorio, específico; mientras que el Arte trasvasa todo lindero de morosidad o de perentoriedad. Un problema educativo de hoy puede ser que no sea el de mañana; y en tal caso la obra artística estaría condenada a morir junto al problema que lo creó.

Pero sucede lo contrario: los problemas pasan. Se decatan; y, sólo lo auténticamente artístico se precipita en ese fondo de eternidad que es sustentáculo de la existencia.

Con todo, respetemos el fin que se propone la autora: ella como Maestra pretende educar. Su misión es ésa. Y para el cumplimiento de su misión ha recurrido al Arte.

Este Libro de la señora Martínez de Vinuesa está formado por cinco piezas teatrales que confrontan, cada una, un aspecto de la faceta polidramática de la realidad: «El Secreto Fatal», «El Último Beso de la Madre», «A través de las Zarzas», «El Abismo» y «La Eternidad de un Instante». Conjunto de cinco dramas —no en el abollado sentido de la Preceptiva Literaria, sino en el concepto palpitante de una realidad hecha jirones— conjunto de cinco dramas, digo, como cinco sentidos despiertos al latido dramático de la Vida.



EL SECRETO FATAL, antes que un drama, por su intención y contenido, es una Alta Comedia. Cierto que para hacerlo enteramente le falta la parte humorística y amable que siempre se mezcla con el drama. Aquella dosis de sonrisa necesaria que hace las veces de filtro para ductilizar el dolor. Porque el humorismo es la más fina expresión del drama. Nace de un fondo de amargura como evasión necesaria del dolor que se apelmaza en el corazón. Y es que el dolor no siempre se disuelve en la lágrima. A veces prefiere la sonrisa que sólo es una lágrima naufraga zozobrada en la comisura labial antes de haber llegado a la pupila.

En toda Alta Comedia hay las dos vertientes necesarias que reflejan la Vida. Admirablemente ya lo dijo Byron: «La Vida es un péndulo que oxila entre una sonrisa y una lágrima».

EL SECRETO FATAL, drama o alta comedia, (la filiación formalista es lo que menos importa) es una pieza teatral de intenso contenido dramático. Es el zarpazo de la fatalidad que mutila el corazón de una mujer joven que se había consagrado a su hogar.

Meri (sería mejor Maruja, verdad, gentil amiga?) y Aníbal constituyen un matrimonio joven y feliz. Gladys una niña de cinco años hija de los dos, complementa ese triángulo de felicidad. Pero esa felicidad estaba destinada a eclipsarse inopinamente. Había nacido demasiado esplendorosa para que el sino fatal no descargase su golpe ciego e irresponsable.

Meri, durante la estadía en un hotel adquiere una repugnante enfermedad: la lepra. Pero la oculta a su marido con esperanza de curarse secretamente y con el propósito de no desengañarlo. La mujer, aún dentro del hogar, ha de procurar conservar ese encanto físico que ata a su dueño con lazos entrañables. El matrimonio, por íntimo, no es, no puede ser cruda brutalidad, ni realidad dolorosa al desgaire. Hay una cortesía íntima (donde reside justamente el motivo de la felicidad conyugal). Meri es una de esas mujeres exquisitas que comprende que, al matrimonio, hay que aportar una ración de abnegación y junto a ella una fragante dosis de encanto. No quiere desengañar a su marido y siente el terror al contagio. Este es «el secreto fatal». Este el secreto inconfesado que le consume más que la lepra misma.

El Dr. Monzoni es el Médico confidente de Meri.... Alguien había de serlo, porque es imposible que el secreto subsista quieto en el fondo de la conciencia. El secreto, en tanto lo es, actúa como veneno del alma. Y no hay manera posible de aliviarse de él mientras no se lo haga partícipe a alguien. Pero el secreto, como observa Jung, es lo reprimido, lo desechado, lo conciencialmente asqueroso. Parece, dice el mismo Jung, que la humanidad tuviese derecho a todo lo manco, a todo lo estúpido, a todo lo des-

preciable que hay en nuestra conciencia. Porque solamente cuando hacemos partícipe a nuestros semejantes de todo aquello, nos sentimos liberados del secreto y experimentamos un alivio. Un secreto revelado deja de ser secreto. Este es alcance perdonador y aliviador de la confesión cristiana. Este es el sentido de la katarsis oriental; y éste es el fundamento científico de la psicoanálisis moderna.

El Dr. Monzoni. Médico y confidente de Meri, es su confesor laico. Pero Aníbal que no está en antecedentes, Lucy, hermana de Aníbal, todos, sospechan de esta intimidad entre Meri y el Dr. Monzoni. Y surge el demonio de los celos con su perfil siniestro y sanguinario.

Mientras tanto Meri procura inculcar en su hija, en ese retoñuelo de su amor, todo el cariño hacia Aníbal. Ella sabe que pronto será una carroña humana y que tendrá que internarse en un leprocomio. Mientras esto sucede quiere que su hija se ligue íntimamente al padre. Quién más que Gladys, la niña de cinco años, su propia prolongación y el único resto de su fragante juventud vuelta escombros, ha de ser el albacea de su cariño? Quién más que Gladys ha de ser la que supla, con la caricia inocente, su caricia de mujer eternamente trunca?

Y llega el día fatal en el que la úlcera se presenta con caracteres horriblemente concretos en el pecho de Meri. Es preciso huir en compañía de su Médico el Dr. Monzoni. Nada sabe su marido. Nada sabe su cuñada. Y cuando la huida se efectúa y es sorprendida por Lucy y el reproche de mujer «mala» cae sobre ella, Meri tiene un solo argumento: incontestable, tremendo, patético: su úlcera. El secreto fatal está al descubierto. Comprenden que Meri es una santa y una mártir.

Luego el polvillo espectral del tiempo, con ese silencio amarillo de polen, ha caído sobre todas las cosas. Meri es una leprosa más. Una viva muerta

separada de la existencia de los mortales por ese murallón gris que aísla del mundo las cárceles, los hospitales y los leprocomios

Sor Consuelo, Madre de la Caridad y Sor Margarita atienden a la leprosa Pero contrasta la actitud de estas dos religiosas. Sor Consuelo, mujer joven, es abnegada, condescendiente, bondadosa. La otra... bueno.... la otra es una religiosa menopáusica que entiende la caridad a través de su virginidad arrugada.

Meri en el Leprocomio se revela contra esa estúpida y pseudo caridad de las damas del «gran mundo», que organizan bailes en honor a los leprosos. Esa caridad con plan publicitario, esa insultante caridad que zahiere. Esa elegante caridad burguesa que arroja el mendrugo con mano enguantada y que al enfermo le duele más que la lepra misma.

Meri, para sor Margarita, la religiosa menopáusica, es una mujer «incorregible». Para Sor Consuelo, en cambio, la tragedia de Meri tiene una comprensión. Y el drama se desenlaza. Coincidentalmente llegan a identificarse Meri y Sor Consuelo. Sor Consuelo es Gladys, nada menos, la hija de Meri. La había creído muerta a su madre y optó por hacerse religiosa. Pero la Vida que tiene designios inescrutables lo volvió a poner junta a su madre. El lejano hogar destrozado de este modo surge ante madre e hija. Ahora en la entraña de un leprocomio. No esplendoroso como ayer; pero ahora santificado por la abnegación de una hija y el martirio de una madre.....



EL ULTIMO BESO DE UNA MADRE, segundo drama de la obra está llamado a ser una novela. Tiene toda las características para ser una novela. Solamente que se la ha escenificado. Mejor dicho, son escenas de una novela llevadas a las canchales. No de otra manera se explica por qué muchos

de los personajes que al comienzo se destacan desaparecen de la escena y quedan truncos, Gloria, por ejemplo, tipo de mujer noble en el sentido más lato del vocablo, tiene un rol demasiado breve en la escena sin embargo de ser ella el pretexto del drama. Y es que la estrechez del escenario y la brevedad de los tres actos, dificultan físicamente el desarrollo integral de todo lo que debiera ser la obra. En cambio en la novela hay un campo ancho para el desarrollo y crecimiento de todos los personajes.

En *EL ÚLTIMO BESO DE UNA MADRE* se plantea la tesis, casi ya vencida, de la «desigualdad social» en razón de la sangre y del oficio. Gonzalo que es zapatero se enamora de Gloria, una señorita de la aristocracia y con ese motivo surge la dificultad familiar que se opone a esos amores. Gloria, alma noble, entiende la nobleza espiritual del artesano que no cuenta con otro patrimonio que el de su honradez y el tesoro inapreciable de su anciana madre. La tesis queda planteada así con un desenlace inopinado: Gonzalo involuntariamente hiere a su novia y cree que la ha muerto. Convicto y confeso de su supuesto homicidio va a la cárcel, en donde se yergue la Justicia en forma de un sargentón imbécil. Gonzalo recibe su sentencia condenatoria, agravada por un acto aparentemente indisciplinario contra ese sayón de la justicia que insultó a su anciana madre. Y cuando sale a cumplir su condena en una colonia penal lejana, la madre, venciendo a la muerte se presenta agónica a dar el último beso a su hijo.

Otra vez la madre, esa mujer universal capaz de todos los heroísmos, ha vencido a la Muerte para cumplir con su deber. Ella parte a la eternidad en tanto que su hijo al confín. Pero antes ha dejado sobre la frente del penado el beso sacrosanto con el que se borra el «Inri» que los hombres ponen cobardemente en la frente de los justos.

Luego vienen «A TRAVES DE LAS ZARZAS», «EL ABISMO» Y «ETERNIDAD EN UN INSTANTE». Trilogía de dramas admirables. No es nuestra intención hacer una labor de crítica de todos y cada uno de ellos.

El «Prólogo» gentilmente pedido, inexplicablemente pedido a quien, sin modestias candorosas, no es ni crítico, ni literato; entiendo que se ha desviado de su propósito o se ha excedido en él. La culpa no es mía. Felizmente un «prólogo» no se lo lee. Sana y elegante costumbre de quien entra en la intimidad del libro, como quien entrase a una alcoba perfumada con un gesto de desdén para el portero.

La señora Angélica Martínez de Vinueza, educadora, poeta y dramaturga no necesita de presentación alguna. Su obra es harto conocida y difundida. Ella cumple con su misión de educar desde el Libro y la Cátedra. Ella cumple con la misión de cantar, poniendo al servicio de esta doble misión su exquisita sensibilidad de mujer y de madre.

La señora Angélica Martínez de Vinueza tiene un sentido noble y elevado de justicia. Toda su obra converge al encaramiento del problema social, donde hay tanto entuerto que enderezar. Ese es su propósito. Lo hace desde su ángulo delicado de mujer que sabe educar y que además posee el don divino del canto.

La Vida para ella es un campo de Montiel en donde hay mucho agravio que desfacer. El malandrín que reciba su lanzada sentirá que le mana un extraño aroma de la herida. Y es que su pluma —lanza manchega— para ir a la aventura se moja previamente en el perfume de su canto.

Ambato, —1947

JORGE ISSAC ROVAYO

EL SECRETO FATAL

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA

PERSONAJES:

Meri.....Esposa de Aníbal. De 28 años
Lucy.....hermana de Aníbal. De 25 años
Gladys.....hija de Aníbal y de Meri. De 15 años
Sor Consuelo.....(Gladys). De 15 años
Sor Margarita.....De 45 años
Aníbal.....De 30 años
Dr. Monzoni.....Médico. De 35 años
Ernesto.....primo de Meri. De 32 años
Violeta.....dama distinguida. De regular edad
Olga....." " "
Dora....." " "
Delia.....sirvienta de Lucy. De 18 años



ACTO PRIMERO

ESCENARIO: La azotea de una casa en donde se verá algunas macetas de flores. Al centro puerta de entrada a una sala. A un lado y a otro, bancas pequeñas, junto a unos rosales.

ESCENA I

MERI (SOLA)

MERI—(Aparece sentada junto a un rosal, en actitud de honda meditación). Qué bonita está la tarde. Cuánta frescura. Qué arreboles tan hermosos. «Y tanta luz de afuera no alcanza a iluminar tantas tinieblas de adentro». (Se queda pensativa).

ESCENA II

MERI Y ANIBAL

ANIBAL—(Entra cautelosamente y se queda contemplando a Meri. Después de un momento, se acerca a ella y le toca suavemente en el hombro) Meri,

MERI—(Sorprendida) Aníbal,

ANIBAL—No me guardas rencor, Meri?

MERI—Guardarte rencor.... Por qué?

ANIBAL—Porque me porté un poco duro contigo. Reconozco. He reflexionado y veo que no tengo razón para reconvénirte; el amor no nace ni se extingue por nuestra voluntad. Si ya no me quieres, qué culpa tienes tú de esto?. Tal vez yo no fui capaz de inspirarte o de cultivar todo el cariño que anhelé....

MERI—(Con tristeza) Que no te quiero....

ANIBAL—No hablemos de esto. Estabas abstraída en la contemplación del paisaje. Tú que sabes sentir tanto la belleza: hice mal en interrumpirte.

MERI—Mira, qué hermosa está la tarde.

ANIBAL—Igual a aquellas, a aquellas tardes de los primeros días de nuestro matrimonio. Las recuerdas?

MERI—Cómo olvidarlas!

ANIBAL—Aquí en esta misma azotea, junto a este mismo rosal, contemplábamos el ocaso: el sol nimbado por arreboles de extrañas policromías.... Recuerdas cuando contábamos los colores?

MERI—Oh, sí.

ANIBAL—Al ocultarse el sol, las aves regresaban a sus nidos, aquí el jardín, cantando dulcemente. Más allá, la fuente....

MERI—(Como viviendo de nuevo). Sigue, sigue, Anibal, no interrumpas: parece que vuelvo a vivir aquellas horas.

ANIBAL—La fuente murmuraba cosas que tú creías interpretar. Te acuerdas?

MERI—Oh! sí.

ANIBAL—Las flores, movidas por la brisa, nos enviaban un perfume embriagador....

MERI—(Como soñando) Oh! sí; era un concierto de luces, de aromas, de armonías....

ANIBAL—Y de amores: cuánto nos amábamos entonces. Tú, la cabeza recostada dulcemente en mi hombro, con los ojos radiantes de ternura, me decías: Qué hermosa es la vida cuando está llena de amor.

MERI—Qué hermosa era entonces la vida!

ANIBAL—Así escribiste tu poema «Nuestro Idilio de Amor»

MERI—(Apoyando suavemente la cabeza en el hombro de Anibal) Así, así con la cabeza reclinada en tu hombro escribí mi poema. Lo recuerdas?

ANIBAL—(Acariciando el cabello de Meri) Sí, lo sé de memoria,

MERI—Dí, repite mi poema; yo te escucharé con los ojos cerrados para vivirlo otra vez.

ANIBAL—(Recitando) El sol desde el ocaso, febrilmente,
su postrer beso, cariñoso envía;
recógelo en mis labios, dulce amado,
que tiene luz, perfume y ambrosía.

MERI—(Siguiendo como inconscientemente)

El arrebol copiaron mis pupilas;
si quieres beber luz, mis ojos besa,
y en inefables claridades diáfanas,
sentirás inundada tu cabeza.
Si quieres embriagarte de perfume,
besa mis manos; se hallan impregnadas
de aroma, de violetas y azucenas
en mi infinito anhelo, aprisionadas....

ANIBAL—(Besando las manos de Meri). Así, así.

MERI—(Estremeciéndose). Así.

ANIBAL—Pasaron los días. Con cuanto anhelo
esperamos el floracimiento de nuestro amor.....

MERI—Nuestro hijo.

ANIBAL—Nació nuestra Gladysita. Cuánta felicidad nos trajo.

MERI—Vida mía! Era un capullo sonrosado, pleno de encantos, palpitante de vida. Qué linda era!

ANIBAL—Qué linda es.

MERI—No tanto como fue de tiernita.

ANIBAL—Recuerdas cuántos locos anhelos, cuántos proyectos formamos para su porvenir....(Con entusiasmo) Meri, observa el paisaje: todo, todo está igual, y sin embargo, cuán distinto....

MERI—(Como hablando consigo misma) Cuán distinto!

ANIBAL—Qué distinta tú; yo, nó.

MERI—(Como volviendo en sí) Por qué?

ANIBAL—Porque ya no me quieres.

MERI—(En un arranque de ternura) Que ya no te quiero! (Arrojándose al cuello de Aníbal). Ingrato.

ANIBAL—(Estrechándola fuertemente contra su pecho) Meri!, mi Meri!

MERI—(Rechazándolo con violencia) Deja, no me estreches así; no quiero que me abracés....

ANIBAL—(Sombrío) Creí que aún quedaba entre las cenizas, un destello de calor: me he equivocado.

Perdóname si me he dejado llevar por un arranque de cariño: fue casi inconsciente. No se repetirá.

MERI—(Resentida). Harás bien.

ANIBAL—(Saliendo) No se repetirá.

ESCENA III

MERI (SOLA)

MERI—Mejor así: sola, completamente sola. Oh si pudiera pasar la vida así, soñando, siempre soñando, viviendo la realidad de un pasado que ya no volverá.

ESCENA IV

MERI Y GLADYS

GLADYS—(Entra muy alegre, llevando una flor). Mamita, mamita, mira qué linda florcita cogí para que te pongas en la cabeza.

MERI—(Enjugándose los ojos rápidamente) Gracias, gracias mi hijita. (Mirando la flor). Qué linda está.

GLADYS—Pero lloras, mamita Te habló mi papito. Yo lo castigaré no besándolo todito el día; a tí te daré toditos los besos que me han criado anoche. Quieres mamita? Toma. (Extiende el cuello para besar a Meri).

MERI—No, quita Gladysita. Tus besos son para papito.

GLADYS—(Resentida). Pero es que no me quieres ni un poquito Entonces, aun cuando papito te haya hablado, le daré todos mis besos a él. Le diré que tú no quieres.

MERI—(Con seriedad). Cuidado vayas a decir nada a papá.

GLADYS—Y si papito me pregunta: Cuántos besos has dado hoy a mamá?, qué le he de decir yo?

MERI—Le dirás que bastantes.

GLADYS—Y deoñas tú que las niñas no deben mentir.....(Sale).

MERI—(Con desesperación) Que no es de mentir. Y en la vida todo es mentira, mentira.

ESCOENA V

MERI Y EL DOCTOR MONZONI

DELIA—(Desde la puerta). Siga no más doctor, allí está la señora, en la azotea.

DOCTOR—(Entrando) Buenas tardes, Meri.

MERI—Cómo está, doctor?

DOCTOR—(Estrechando la mano de Meri) Qué animado está su semblante. Está Ud. mejor que de costumbre.

MERI—(Con reserva). Por qué no ha venido? tengo tantas cosas que contarle. .. Ud es la única persona a quien puedo hablar sin reticencia.

DOCTOR—Meri, Ud. sabe cuánto me hace sufrir su situación. Si en mí estuviera remediarlo, no escatimaría sacrificio alguno.

MERI—Qué bueno es Ud. (Dirigiéndose hacia la sala) Pero pasemos a la sala. Allí podremos hablar libremente, sin que nadie nos perturbe. Aquí Lucy se asoma a cada momento, en cualquier pretexto y hasta temo que nos espíe.

DOCTOR—Habremos despertado alguna sospecha?

MERI—Estoy segura de ello. Me horrorizo sólo de pensar de que se pueda descubrir mi secreto.

DOCTOR—Nuestro secreto.

MERI—Siga, siga doctor. (Salen)

ESCENA VI

DELIA SOLA

DELIA—(Asomándose por un extremo de la azotea) Ah! aquí hay gato encerrado. Bien decía la señorita Lucy. Creo que no se ha equivocado.

ESCENA VII

LUCY Y DELIA

LUCY—(Entrando). Qué tal, Delia, pudiste oír algo?

DELIA—Oh!, sí señorita Lucy, todo lo que se puede oír para salir de dudas

LUCY—Habla, habla Delia, ya sabes que en tí he depositado toda mi confianza.

DELIA—El doctor entró primero galanteándola..

LUCY—Qué le dijo?

DELIA—Le dijo que estaba linda. Ella le dijo que por qué no había venido; que él es el único consuelo; que sólo a él le tiene confianza... y no sé qué tantas cosas. Entonces el Doctor le dijo que si él pudiera remediar la situación, es decir, casarse con ella, se casaría.

LUCY—(Sorprendida) Pero eso le dijo?

DELIA—Pero claro, yo entiendo así: cuando un hombre dice que va a remediar la situación de una mujer, qué otra cosa puede hacer, si nó casarse?

LUCY—(Con indignación) Hipócrita, infame! Oh mi hermano, mi pobre hermano .. El tan bueno, tan noble; y pensar cuanto tiempo se han burlado de él estos miserables. Pero no puede seguir así. Hoy se conocerá la verdad, y si Aníbal, por un absurdo respeto a la sociedad no procede como debe, procederé yo, sacándole de la casa a este canalla. (Sale)

DELIA—(Saliendo también) A mí también me duele que lo hagan el tonto al pobre señor Aníbal.

ESCENA VIII

ANIBAL Y ERNESTO

(Entran conversando familiarmente)

ERNESTO—Debes convencerte, Aníbal que en el Ecuador el partido político más absorbente es el del arribismo; éste toma distintos nombres según convenga a los intereses y a las miras de cada prosélito. Ya ves, nuestro amigo Merchán, fué socialista; se persiguió a los socialistas, se hizo liberal; después, creyendo alcanzar la diputación, bajó a conservador; y ahora ha dado un salto a comunista.

ANIBAL—En realidad, qué pocos son los políticos sinceros.

ERNESTO—Por lo mismo, tú debes ya deponer tus exagerados afanes y tus actividades de reivindicación social, y dedicarte un poco más a tus asuntos personales: ya eres padre de familia. Bastantes decepciones te ha dado ya la política.

ANIBAL—No importa: el carácter del hombre, así como el hierro, sólo se temple en la fragua....

ERNESTO—Eres incorregible. Anda tráeme el libro. Yo te espero aquí. Qué bonita está la tarde, y qué bien huelen estas macetas.

ANIBAL—(Disponiéndose a salir). El tercer tomo dices?

ERNESTO—Sí, yo tengo el primero y el segundo y no he podido conseguir el tercero.

ANIBAL—Ya vuelvo. (Sale).

(Mientras regresa Anibal, Ernesto, se pasea, tarareando una canción cualquiera).

ANIBAL—(Entra después de un momento, con un libro en la mano. Tiene el semblante alterado) Toma. (Entregando el libro).

ERNESTO—(Sorprendido) Pero qué te sucede, hombre?

ANIBAL—Ya está aquí ese hombre.

ERNESTO—El doctor Monzoni? A veces me causan hilaridad tus infundados escrúpulos. Pareces un colegial enamorado que tiene celos hasta de su sombra. Meri es una muchacha tan buena, tan correcta. Lo ha sido siempre. El doctor Monzoni es un caballero a carta cabal. Ha sido siempre tu amigo y se interesa por la salud de Meri. Además, como todo mundo sabe, el doctor está de novio.

ANIBAL—Ernesto, tú has sido siempre el confidente de mi vida. Sólo a tí puedo hablar francamente; desahogar esta desesperación que me consume. A veces tengo ímpetus de coger a ese hombre y arrojarlo de mi casa como a un canalla, pero me detiene la idea de que esté equivocado; de que voy a dar un escándalo horrible; de que voy a deshorrar a Meri, a

deshonrar mi hogar, sin un fundamento convincente, y me contengo. Pero entonces pienso que estoy haciendo el ridículo; que mi mujer y él se están burlando de mí, y entonces toda mi sangre afluye a mi cerebro y me ofusca y soy capaz.....

ERNESTO—Pero hombre, entre marido y mujer debe haber la suficiente comprensión; por qué no le dices a Meri que no quieres que venga el doctor Monzoni a esta casa, y que si sigue su malestar, le traerás otro médico?

ANIBAL—Hace algunos días que le dije esto; se quedó callada, pensativa. Y a pesar de que comprendo que a mí me disgusta, sigue recibiendo las visitas de ese hombre.

ERNESTO—Y, cómo sigue Meri en su salud?

ANIBAL—(Con despecho) A veces pienso que su enfermedad no es sino una manía, o simplemente una farsa para engañarme.

ERNESTO—No puede ser. Pobre Meri. Es de un temperamento tan delicado; seguramente tiene una fuerte alteración en su sistema nervioso. Pero al fin, concreta, hombre, qué acusaciones tienes contra ella?

ANIBAL—Si tuviera una prueba concreta, crees que soportaría una abyección semejante?

ERNESTO—Pero en algo has de fundamentar tu sospecha.

ANIBAL—Hace dos meses; cuando le dió a Meri esa gripe fuerte que nos hizo creer que se trataba de una bronco neumonía, lo traje al doctor Monzoni para que la observara. El doctor manifestó que no había ninguna gravedad. Vino dos o tres veces durante su enfermedad. Se mejoró Meri y él siguió visitándola de cuando en cuando.

ERNESTO—Hasta aquí nada encuentro de particular.

ANIBAL—Convengo. Pero Meri desde entonces, tuvo un cambio radical en su modo de ser: indiferente conmigo, y lo que es peor, con Gladys, con su

hija que era su ídolo. Ya no la cuida, ya no la mi-
ma, ya no la acaricia: ya no la quiere.

ERNESTO—(Burlándose). Creo que exageras.

ANIBAL—Para mí guarda ahora una indiferencia
glacial, una displicencia que me desespera. Vengo de
la oficina, entro, la saludo y es como si entrara un
extraño. A veces ni siquiera me mira. Y cuando le
reconvengo, se resiente, llora y no pasa palabra hasta
ocho días. Oh!, esto es horrible, Ernesto. Ella que
fue toda amor, toda bondad, toda ternura.

ERNESTO—Por qué no has ensayado hablarle a
solas en íntima confianza; llegar otra vez hasta su
alma; conmover sus fibras delicadas. El corazón tie-
ne fibras misteriosas y ocultas. Talvez te has alejado
mucho de ella, abstraído en las actividades de la vida
política. Para la mujer, el amor es el oxígeno del al-
ma; si le falta esto, o se muere por asfixia, o busca
por donde quiera el oxígeno que le falta. Cuando el
corazón de la mujer está lleno de amor, es impene-
trable. Talvez con tu indiferencia mataste su afecti-
vidad exquísita.

ANIBAL—(Con sarcasmo). O buscó oxígeno en otra
parte.

ERNESTO—Lo que no puedo creer: Meri es una
mujer superior. Nunca pudo descender hasta eso. Mi-
ra Anibal, escucha mi consejo: depón tu actitud hos-
til para con Meri; esto no hará sino empeorar la si-
tuación. Procura hablarle con cariño, procura llegar
hasta su corazón.

ANIBAL—Esta tarde precisamente, ella estaba abs-
traída contemplando el paisaje. Yo creí que era el
momento oportuno de hablarle. Empecé por evocar
los recuerdos de los primeros días de nuestro matri-
monio. Y mientras yo le hablaba de mis reminiscen-
cias íntimas, ella parece que soñaba, que pensaba en
algo muy lejano. Hubo un momento en que me pa-
reció que su alma revivía otra vez para mí. Sus ojos
se iluminaron de ternura. Se arrojó a mi cuello. La

estreché con cariño, y entonces, como si un sentimiento interno le impulsara en mi contra, en un ímpetu incontenible de repulsión, me rechazó con zaña y con desprecio. Qué te parece?

ERNESTO—Me confundes.

ANIBAL—Dos o tres veces me ha ocultado que ha venido el Doctor Monzoni. Por qué?

ERNESTO—Por qué no le hablas franca y categóricamente a tu mujer, de tus celos motivados por su inexplicable conducta?

ANIBAL—Te confieso: a veces tengo ímpetus de apostrofarla como a una mujer vulgar y despreciable; de estrangularla entre mis manos; de arrojarla de mi hogar; pero miro sus ojos, y te confieso: hay en ellos raros destellos de candor y de inocencia y hasta de amor infinito para mí, y me contengo; y en vez de proceder como debiera, la tomo con cariño y le digo: Meri, por qué eres tan mala conmigo? Y ella, con una voz que llega hasta el fondo de mi alma, me contesta: Qué te hago Anibal? Y hace esfuerzos para no llorar; pero a veces se produce en una eclosión de llanto incontenible, y yo siento ganas de llorar con ella. Si contara esto a algún otro hombre que no me conociera como me conoces tú, no es cierto que me creería un imbécil y que se reiría de mí viendo que mi mujer me tiene subyugado? Pero, cómo es posible tanta farsa en ella?: ha sido tan buena!

ERNESTO—Cualquiera mujer en el caso en que supones contra Meri, procuraría fingirte mayor cariño, para alejar toda sospecha. No te parece que esto es lógico y humano?

ANIBAL—Y si ella siente repulsión por mí....

ERNESTO—Aunque así fuera; al darse cuenta de tus sospechas, qué le importaría fingir un poco de cariño? Pero ya sale el doctor. Estás un poco alterado y no es prudente que te encuentres con él. Vamos. (Lo coge del brazo y salen).

ESCENA IX

MERI (SOLA)

MERI—(Sale y vuelve a sentarse en el mismo lugar donde estuvo en la primera escena). Todo está igual y todo cuán distinto. Este mismo paisaje que me hizo soñar hace pocos momentos, ya no despierta en mí sino desolación.

ESCENA X

MERI Y LUCY

LUCY—(Entra con demostraciones de indignación). Meri, esto no puede continuar así.

MERI—(Sorprendida). Qué sucede Lucy?

LUCY—Señora, es preciso que hablemos. Hoy ha caído para mí el velo que cubría el misterio de su extravagante conducta de estos últimos tiempos; o más claramente, el velo que ocultaba su farsa.

MERI—Te prometo que no comprendo nada de lo que me dices.

LUCY—(Con sarcasmo). Es Ud. una artista consumada: desempeña su papel a maravilla. Ha errado su vocación: antes que la esposa de un hombre honrado como mi hermano, ha debido ser Ud. una artista de cine, de esas que cambian de amores como de vestidos.

MERI—(Ofendida). Lucy, eres capaz de dudar de mi honradez?

LUCY—No sólo que dudo sino que estoy convencida. Hoy oyó Delia tu coloquio con el Doctor... ..

MERI—(Levantándose) Qué es lo que ha oído Delia?

LUCY—Por qué te preocupa tanto lo que pudo haber oído? qué pudo oír?: tu coloquio amoroso.....

MERI—(Respirando). Ah!

LUCY—Con que no te defiendes? Con que tienes el cinismo suficiente para declarar tácitamente tus relaciones amorosas.....

MERI—Lucy, me crees capaz.....



LUCY—(Ciega de indignación). Infame!, qué mejor esposo querías? Y él tan ciego, tan confiado. Pero hoy lo sabrá todo. Yo no puedo socapar semejante infamia.

MERI—(Desesperada). No es verdad, Lucy las apariencias engañan. Te lo juro.

LUCY—(Con sarcasmo) Ah, has reaccionado y quieres ponerte otra vez tu acostumbrado antifaz. Pero ya es tarde. Sé que eres una infame, una perversa que ni siquiera por compasión de tu hija, supiste defender tu dignidad.

MERI—(Desesperada). No es verdad, no es verdad.

LUCY—Calla, tú no tienes derecho para hablar. En este momento lo sabrá todo Anfbal y te arrojará a la calle con toda tu abyección.

MERI—(Fuera de sí). Nó, mil veces nó. Yo soy honrada. Nunca lo traicioné!

LUCY—(Haciendo ademán de salir). Ahí viene Anfbal.

MERI—(Agarrándola frenéticamente). Nó!, Lucy, nó! Ten compasión de mí.

LUCY—Compasión? Tú no mereces ni eso.

MERI—(Con resolución) Pues bien Lucy, hoy sabrás mi secreto, mi fatal secreto; pero júrame por las cenizas de tu madre, que me guardarás reserva absoluta por unos días, nada más que por unos días. Júrame por Dios, júrame. (Fuera de sí) Mi secreto, quieres saber mi secreto, mi horrible secreto?... Mira!! (Abriéndose convulsivamente la blusa y mostrándole una úlcera en la parte superior del pecho)

LUCY—(Sin comprender). Qué esto.

MERI—Esto es la lepra!!

LUCY—(Retrocediendo horrorizada). Meri, leprosa!!

MERI—(Con desesperación). Leprosa!!

ACTO SEGUNDO

Han pasado pocos días del primer acto.

Escenario: Un saloncito decentemente arreglado. En un extremo está un radio en el cual se oye una música triste.

ESCENA I

MERI (SOLA)

MERI—(Al levantarse el telón aparece Meri escribiendo). Dios Mío!, Dios mío!, ten piedad de mí. (Solloza desesperadamente).

ESCENA II

MERI Y LUOY

LUCY—(Acercándose cariñosamente a Meri) Meri,

MERI—(Dobla el papel que estaba escribiendo y lo coloca dentro de un libro) Lucy, donde está mi hija?

LUCY—Ella está en el jardín. No te desesperes, Meri, aún hay la esperanza de que los médicos puedan estar equivocados.

MERI—(Con profundo desconsuelo). No puede ser. Conozco el diagnóstico de la junta médica que reservadamente reuniste. Para mí no hay remedio. Ya mismo debe empezar el estado de contagio y debo de estar aislada, lejos de Uds....

LUCY—No te parece, Mery, que ya es tiempo de hacerle saber a Aníbal?

MERI—No tengo valor.

LUCY—Se lo diré yo.

MERI—Nó, espera, espera. De todos modos tendrán que sepultarme viva allá en ese horrible antro: el leprocomio; lugar que la crueldad humana ha inventado para prolongar el más atroz de los martirios. Por qué existirán los leprocomios? Por qué los médicos no acabarán con un sentimiento más humano, con estas existencias que ya no pueden ser sino un martirio in.

finito y sin remedio. De todos modos, esto tiene que acabar.

LUCY—Pero qué opina al fin el doctor Monzoni respecto del origen de tu enfermedad?

MERI—Ha estudiado la genealogía de mi familia y no hay ningún ascendiente del que se tenga conocimiento que haya tenido esta terrible enfermedad. Según el médico, yo la he adquirido por contagio.

LUCY—Pero cómo pudo ser eso?

MERI—Seguramente, yo cogí el microbio cuando nos fuimos con Aníbal al balneario de Salinas, hace tres años.

LUCY—Qué horror!! Cuándo te diste cuenta de tu enfermedad?

MERI—Hace dos meses, cuando me lo dijo el doctor Monzoni. Hace cerca de un año que se me presentó en forma de una espinilla. Cuándo hubiera pensado que era la primera presentación de este espantoso mal.

LUCY—Pero cómo pudiste contagiarte?

Fue en ese hotel. Lo recuerdo muy bien: al día siguiente de nuestra llegada, al levantarme de la cama, ví con horror que en la sábana de encima, había una mancha de pus sanguinolenta.

LUCY—Qué horror!! Yo nunca volveré a dormir en cama de hotel.

MERI—Le hice notar a Aníbal. El le reclamó enérgicamente a la hotelera que por qué no había cambiado de sábanas. Al día siguiente, una mujer vecina del hotel me contó que hasta el día anterior a nuestra llegada, había estado hospedada en ese hotel, una mujer que tenía la nariz y las orejas horribilmente hinchadas. Debe haber tenido alguna fea enfermedad, dijo.

LUCY—Oh!, qué criminal es el descuido de algunos hoteleros. Pues, por ahorrarse una pequeña molestia, dejan las mismas ropas de cama que han ocupado otros huéspedes. Cuántas víctimas deben impunemente. Con cuánta confianza nos acostamos en la cama de un

hotel sin pensar que son focos de bacterias de las más horribles enfermedades.

MERI—Oh, sí, Lucy es preferible dormir a la intemperie, que ocupar esos inmundos hoteles en donde, a más de la escandalosa explotación del dinero, se juega con la salud y con la vida de los incautos huéspedes.

LUCY—Oh! qué fatal coincidencia hizo que llegaras a ese maldito hotel.

MERI—Oh, Lucy, Lucy mi vida fué siempre tan triste y tan sombría hasta cuando encontré a Aníbal en mi camino: el me hizo vivir un oasis de felicidad que ha durado cinco años. Sí, era demasiada dicha para mí: no podía prolongarse. De hoy en adelante mi vida no sólo será triste: será horrible!! (Llora)

LUCY—Pobre Meri, nosotros no te olvidaremos.

MERI—Bien sé que lo dices con sinceridad; pero no podrá ser: el tiempo todo lo borra, todo lo olvida. Por qué habrá existencias tan fatales, Lucy? Dicen que existe la ley de la compensación, mentira, mentira!! Mi niñez fue tan triste, tan sombría: sin una caricia, sin un juguete. Cuántas veces soñé con loco anhelo, en la linda muñeca que no llegó jamás Oh!, el anhelo de un juguete. Pero es que yo era huérfana, no tenía madre: quién iba a darme juguetes? Llegó mi juventud, cuánta soledad, cuánta tristeza: sin una distracción, sin un halago.... Así conocí a Aníbal. El despertó mi corazón. Me dió su amor, su nombre y este hogar en el que he vivido tan dichosa... Qué monstruosidad habría sido traicionarlo. El me hizo vivir esta vida de felicidad, pero que ha sido tan efímera. A veces pienso que más habría valido no vivirla, no conocerla. Muy pronto tendré que retornar a esa soledad; pero, qué soledad..... Dejando aquí los jirones de mi alma. Dejando aquí a mi hija al más grande tesoro de mi vida. Con ella me creía recompensada de toda la amargura de mi niñez, de toda la tristeza de mi juventud. Y hoy tengo que dejarla, tengo que abandonarla para siempre!! (Llora desesperadamente)

LUCY—Esto es lo que más me desespera.

MERI—No te parece Lucy que habría sido menos cruel no haber tenido a mi hija. No te parece que habría sido menos desgarrador pasar de la soledad en que vivía al leprocomio, sin haber encontrado este oasis de felicidad?

LUCY—Pobre Meri, mi alma está tan desgarrada como la tuya. Oh, si pudiera hacer algo por tí...

MERI—(Implorando). Lucy, cuida de mi hijita, de mi angelito. Por Dios! Que nada sepa. Dile que me he muerto. Que no sepa jamás que su madre vive en un leprocomio: esto amargaría más su existencia. (Con vehemencia) Oh Lucy, si tú pudieras comprender el dolor infinito que me abruma: ser madre. Amar con delirio, con locura a ese pedacito de mi alma. Sentir los impulsos de un amor infinito que pugna por traducirse en una caricia y tener que contenerse, y tener que crispar furiosamente las manos cuando se extienden en una caricia. Y tener que apretar los dientes como fiera herida para que no salgan los gritos de amor que rebosando en el pecho, sube hasta la garganta. No puedes comprender la desesperación inmensurable de sentir que pesa sobre una, el estigma, la duda ofensiva del ser que más se ama en la vida: el esposo; y tener que ahogar los gritos de justa rebeldía ante las acusaciones injustas; y tener que otorgar con horrible mutismo, la inculpación más detestable.

LUCY—Cuánto has sufrido! Pide, pide mucho a la providencia.

MERI—(Con escepticismo) tanto he pedido que ya no tengo fe. Cuida mucho de mi Aníbal, es tan bueno, tan noble. Cuánto siento haberlo hecho sufrir despertando horribles dudas sobre mí. Pero el amor de mi hijita me obligaba a ocultar la verdad. Sabía que en el momento que Aníbal conociera mi enfermedad, me habría alejado de mi hija. El médico me dijo que todavía no había peligro de contagio y yo oculté mi horrible mal, por estar aquí cerca de mi hijita; por verla siquiera de lejos; por escuchar su vocecita an-

gelical. Oh!, cuánto diera por seguir viviendo cerca de ella..... Después de poco, me sentiré sola, completamente sola. Oh!, si tuviera madre..... Sólo ella sería capaz de acercarse a mí sin escrúpulos; de consolarme en esta infinita desolación.

LUCY—Meri, procura distraer tu atención; no pienses tanto en tu desgracia.

MERI—Lucy, prométeme cuidar siempre de mi hija; darle toda la ternura que le falta. Es tan delicada: se mustiará como una flor sin rocío al sentir la falta del cariño de su madre. Pobre ángel mío. Cuántos proyectos formé para su porvenir.

LUCY—Tú sabes cuánto quiero a la nena. Seré su madre.

MERI—Gracias Lucy!

LUCY—Procura distraerte. Quieres leer algo? (Cogiendo un libro de la mesa) Aquí encontrarás lindos poemas de José Asunción Silva, Amado Nervo, Rubén Darío.... Toma, lee. Voy a volver (Sale)

ESCENA III

MERI (SOLA)

MERI—(Abre el libro y después de hojear un momento, lee)

«De aquellos que con almas engrandecidas,
en luchas desiguales sin fe ni espanto,
deshojaron en horas de hondo quebranto,
como flores sin néctar, sus propias vidas.»

(Repitiendo de memoria)

«deshojaron en horas de hondo quebranto,
como flores sin néctar, sus propias vidas.»

Oh!, si yo tuviera valor para deshojar así esta marchita flor de mi existencia.....

ESCENA IV

MERI Y ANIBAL

ANIBAL—(Entra y se acerca a una mesa en busca de algo). Dónde habrán puesto?

MERI—Qué buscas, Aníbal?

ANIBAL—(Con dureza). Nada.

MERI—No quieres hablar conmigo?

ANIBAL—Hablar contigo, para qué? No se puede hablar con una persona a quien todo le fastidia.

MERI—No digas eso, Aníbal.

ANIBAL—Es que no puedes explicar tu reprochable conducta. Pero felizmente, pasó ya mi necio afán de reclamar tu cariño: hoy ya nada me importa.

MERI—(Resentida). Qué injusto es tu menos precio para conmigo.

ANIBAL—Entonces, habla; justifica en alguna forma tu procedimiento. Si te obstinas en seguir callando, tu silencio confirmará....

MERI—(Alterada). Qué?

ANIBAL—(Con violencia). Tu infamia, tu traición!!

MERI—(Levantándose y con resolución). Aníbal, Aníbal.... Oh!, sí, no puedo más.... Yo debo.... Yo debo. (Arrepentida) Callar....

ANIBAL—(Indignado). Callar? Está bien. Entre los dos todo ha terminado: estoy convencido: te desprecio!! (Sale)

MERI—(Saliendo detrás con ímpetu) Aníbal!!, Aníbal!! (Regresando fuera de sí) Me desprecia!, me desprecia!! (Se deja caer, sollozando, en un sofá)

ESCENA V

MERI (SOLA)

MERI—(Después de un momento en el que sólo se oírán sus sollozos) El tiene razón. Pobre Aníbal. Cómo engañan las apariencias. Tienes sobrados motivos para dudar de mí. Ah!, si él supiera.... Tendría piedad de mí en vez de despreciarme. Cuánto lo amo. Ha sido tan bueno: me dio su amor, su porvenir, su vida....; y sin embargo, (Levantándose con ímpetu). Oh!, corazón mezquino y miserable, tengo ímpetus de inyectarle a él este virus letal. Será esta fiebre atroz

que me domina, amor por tanto tiempo contenido, que quiere estallar en un desbordamiento de locura? NÓ, no es solo amor; a qué engañarme? Es también egoísmo, pero un egoísmo feroz y salvaje que me espanta. Sí, (Con frenesí) quiero estrecharlo locamente entre mis brazos e inyectarle el veneno, para que así enfermo como yo, no huya de mí, no pueda querer a otra mujer sino a mí. (Volviendo en sí) Oh!, que perversos deseos. Cuando yo era feliz, me sentía buena, me creía buena: era incapaz de hacer daño a nadie. Oh!, miserable corazón humano, cuán insondables abismos de maldad ocultas en tu seno. Pero nó, nunca haré nada malo contra él. Aún me queda fuerza de voluntad para luchar contra este inhumano afán -----

ESCENA VI

MERI Y GLADYS

GLADYS—(Acercándose cariñosa). Mamita, mamita verdad que me quieres mucho?

MERI—(Con inmensa ternura). como nadie puede quererte.

GLADYS—Yo también te quiero mucho, mamita. Cuántos deseos tengo de volver a dormir con tigo, como antes. Tengo miedo de dormir solita. Cuando me dormía entre tus brazos, no tenía miedo de la obscuridad. Por qué no quieres dormir conmigo, mamita?

MERI—Tengo gripe fuerte y temo contagiarte.

GLADYS—A mí me gusta enfermar, porque cuando estoy enferma, papá me paga reales para que tome los remedios.

MERI—(Con inmenso amor) Pobre ángel mío!!

GLADYS—(Agarrándose del cuello de Meri y queriendo besarla) Mamita, linda mamita!

MERI—(Rechazándola) Quitaa, quita niña, que me ajas el vestido.

GLADYS—(Alejándose resentida). Qué mala eres, mamita, qué mala. (Sale)

MERI—(Fuera de sí, arrojándose a coger a Gla-

dys) Gladys!!, ángel mío!!, (Conteniéndose con desesperación). Alma de mi alma! (Se deja caer sollozando) Mala!.....Mala!!.... (Con frenesí) Hija mía!, mi amor, mi vida, cómo quisiera estrecharte locamente entre mis brazos y besarte, y besarte hasta ahogarte. Oh!, creo que estoy loca. (Con resolución). Esto no puede seguir así. Es preciso terminar. (Sale resueltamente).

ESCENA VII

LUCY Y GLADYS

LUCY—(Entra por una puerta distinta de la que salió Meri, llevando a Gladys de la mano. Se sienta y coloca a Gladys sobre sus rodillas) ahora si dime Gladysita, por qué llorabas hace un momento?

GLADYS—Lloraba porque mamita se ha vuelto mala conmigo.

LUCY—Mala, por qué?

GLADYS—Porque ya no me quiere. Cuando come algo nunca me dá un pedacito, como antes, ni una cucharita de su taza de café...., nada..... nada.

LUCY—Es que mamá está enferma y no quiere que te pase la enfermedad.

GLADYS—(Con tristeza). Ya no me quiere besar.

LUCY—Papá y yo te besamos. (Besándola en la frente y en la mejilla).

GLADYS—(Esquivándose). No, es que los besos de mamita me gustan más. Pobrecita mi mamita. No es mala. Está enfermita. Verdad? Voy a verla. (Sale).

ESCENA VIII

LUCY (SOLA)

LUCY—(Enjugándose las lágrimas). Oh Dios mío!!, Dios mío!! Qué desgracia tan horrible. Pobre criatura: sólo su corazoncito de ángel ha sido capaz de justificar a su madre, sin saber la verdad. Cuánto la quiere.

ESCENA IX

LUCY Y DELIA

DELIA—(Entra con dos cartas en la mano). Señorita Lucy, la señora Meri, manda estas cartas ...

LUCY—(Sorprendida). Dónde está Meri?

DELIA—En este momento, se va en automóvil, con el doctor Monzoni

LUCY—(Fuera de sí) Oh!, Meri, Meri!!!....

DELIA—(Maliciosamente). Esto ya es el colmo. (Sale)

ESCENA X

LUCY (SOLA)

LUCY—(Abriendo nerviosamente una de las dos cartas, lee) Lucy: Ha llegado el momento fatal. Tenía que llegar inexorablemente. Cómo iba a despedirme? Lucy, Lucy cuida de mi hijita!!!: en tus manos dejo mi alma, dejo mi corazón. No olvides tu promesa!!!! (Llorando). Pobre Meri!!! (Abre la otra carta y lee). Aníbal mío: Todo lo sabrás por Lucy. Siento que tu corazón va a estallar de dolor al saber mi secreto, este fatal secreto que tantas lágrimas me costó ocultártelo. Aníbal, cuida de nuestra hijita: ella soy yo. Allí está mi alma. Mi ser y el tuyo en el florecimiento de nuestro grande amor. Sólo llevo un consuelo en mi dolor sin nombre. Oyelo bien Aníbal, es la frase salida de un corazón en el momento en que agoniza: te amé sólo a tí y jamás la sombra de una traición, empañó el cielo de mi amor. Ya no me verás más, ni lo intentes nunca: todo será inútil. Pronto la vida te sonreirá de nuevo: eres tan joven. Haz de cuenta que pasé por tu vida como un sueño; pero reserva siempre un poquito de amor para ese ente que se llamó .. Meri. (Llorando desesperadamente). Oh mi hermano, mi pobre hermano. (Sale).

ESCENA XI

ANIBAL (SOLO)

ANIBAL—(Entra trastornado y loco de furia) Oh!, la infame se ha marchado, se ha marchado con él. Pero sabré vengar el ultraje! (Buscando en el cajón de una mesa) Mi revólver, creo que se ha llevado mi revólver.

ESCENA XII

LUCY Y ANIBAL

LUCY—(Entra con las cartas en la mano). Aníbal! ...

ANIBAL—Ya lo ves ... Oh!, la infame, la infame, se ha marchado

LUCY—(Interrumpiéndole). Calla Aníbal, no blasfemes: Meri es un ángel.

ANIBAL—(Fuera de sí, agarra por los brazos a Lucy) Qué dices Lucy, estás loca? o es que te burlas también de mí.

LUCY—Toma, lee esta carta (Entregándole).

ANIBAL—(Leyendo nerviosamente). No comprendo. O yo estoy loco, o lo están Uds.

LUCY—(Con la voz apagada por la emoción). Oye Aníbal Meri Tenía que irse .. Debía irse....

ANIBAL—(Con violencia). Pero acaba, o es que te propones volverme loco.

LUCY—Ten serenidad, Aníbal, y oye; (Con la voz apagada). Meri se fué .. al leprocomio ...

ANIBAL—(Fuera de sí). Al leprocomio!! Hoy lo comprendo todo. Ella, mi Meri, leprosa! Por qué no me lo dijeron antes? Cuánto la hice sufrir!! (Cae sollozando, en un sofá).



ACTO TERCERO

Ha pasado diez años del segundo acto.

ESCENARIO: el corredor de la casa de un leproco-mio, donde se verá dos bancas de madera rústica. Al levantarse el talón, se oye en el interior de la casa una música triste.

ESCENA I

MERI (SOLA)

MERI—(Aparece sentada en una banca, en actitud de profunda postración moral. Está pálida y dema-crada). La misma, la misma música de aquella tarde en que me despedí para siempre de mi hogar! (Sollo-za un momento, y luego reacciona con indignación). Oh!, qué despiadada es la humanidad. Prolongar eter-namente este horrible martirio; y a esto llaman cari-dad!! .. Qué cruel caridad!

ESCENA II

MERI Y EL DOCTOR MONZONI

DOCTOR—(Entrando). Buenas tardes, Meri, cómo se siente Ud?

MERI—(Con despaeho). Y Ud. me lo pregunta, doc-tor? Es la costumbre, verdad?

DOCTOR—Qué tiene Ud. Meri? Hoy la encuentro más abrumada.

MERI—(Con vehemencia) Dígame doctor, por qué conservan Uds. estos inmundos antros, en donde la miseria y el dolor humanos, alcanzan el más horrible de los apogeos? No le parece menos inhumano, menos cruel, suministrarnos, sin que nosotros conozamos, una dosis de veneno para que termine este horrible martirio? Por qué, con los fondos con que se sostiene estos siniestros antros, no se crean asilos, donde se atienda a los niños huérfanos, a los niños miserables;

donde se fortifique su organismo para que más tarde no sean pasto de las enfermedades? Qué bien nos hacen a nosotros, con prolongar este martirio irremediable?

DOCTOR—Así es, Meri. Usted siempre tiene razón. Pero, quién es capaz de convencer a la humanidad entera, cuando se cree que la vida humana debe conservarse a toda costa; aún cuando sea un martirio para el ser afectado y un peligro para los que le rodean. «No hay derecho de quitar la vida a nadie». Es un aforismo universal.

MERI—(Con sarcasmo) No hay derecho....Y quién les ha dado derecho para prolongar así esta horrible agonía? Yo creo que sólo es la crueldad la que ha inventado estos asilos.

DOCTOR—Es la humanidad ...

MERI—(Con indignación). Maldita humanidad!!! Doctor, Ud. que tiene un criterio más libre de estos horribles prejuicios sociales, por qué no hace lo que le he implorado siempre, por qué no pone fin a estos dolores? (Suplicante). Doctor tenga piedad ...

DOCTOR—(Calmándola). Oiga Meri, la medicina es tan amplia: cada día hace nuevos inventos....

MERI—(Con despecho). La medicina es una farsa!

DOCTOR—Usted es muy escéptica.

MERI—Qué otra ambición me queda sino la de morir? Doctor, sea Ud. más humano. Imagínese por un momento estas interminables horas de dolor, en donde cada minuto es un siglo; estas eternas noches de desvelo; este perenne taladrar de un corazón martirizado; este martirio físico: esta agonía moral, y todo en la plenitud de la conciencia. Oh!, si siquiera se pudiera enloquecer . Pero Uds. los que viven la vida, los felices, cuándo pueden pensar en el martirio de estos pobres seres?

DOCTOR—Yo convengo en gran parte, con usted; pero en la actualidad, la lepra no es incurable.

MERI—Puedo convenir en que se tengan aquí por

poco tiempo, a los enfermos, hasta agotar los recursos de la ciencia; pero en el momento en que se conoce que no tienen remedio, deben humanamente terminar sus sufrimientos: darles la muerte.

DOCTOR—Yo si creo también que debe haber una legislación social más humana a este respecto. Deben haber leyes que reglamenten mejor y que autoricen.... En fin.... Pero volviendo a su caso, no es cierto que hemos logrado contener el avance de su enfermedad? Fuera de la úlcera del pecho, ninguna otra se le ha presentado.

MERI—Pero en tantos años no se ha logrado curar esta úlcera.

DOCTOR—Quien sabe!... Muchas veces la curación, la verdadera curación, empieza de adentro para afuera. Las últimas inyecciones le están sentando bien, verdad?

MERI—A pesar de todo, le agradezco el interés que Ud. ha tomado por mí.....y el compasivo deseo de engañarme para atenuar mi dolor.

DOCTOR—Qué poca fe tiene Ud.. ...

MERI—En vía de experimentación, todo está bien.

DOCTOR—Vamos, vamos Meri, para ponerle la última inyección. (Salen)

ESCENA III

SOR MARGARITA Y SOR CONSUELO

(Salen ambas conversando familiarmente y se sientan en una banca opuesta a la que estuvo Meri. Están haciendo unos tejidos de crochet).

SOR MARG—Por qué Ud. siendo tan joven, ha venido voluntariamente aquí?

SOR CONSLO—Yo no sé que secreto impulso, me ha conducido aquí. Yo creo que aquí es donde se puede practicar la verdadera caridad.

SOR MARG—Yo vine sólo por obedecer a mi superiora. Por mi voluntad, no habría venido. Qué caro cuesta ganar el cielo!

SOR CONSLO—A mí no me gafa únicamente un interés supraterráneo: yo me hice monja, por humanidad: por aliviar el dolor de mis semejantes.

SOR MARG—No comprendo que sólo por eso se sacrifique tanto.

SOR CONSLO—Hay una satisfacción íntima en aliviar el dolor ajeno.

SOR MARG—Será; pero, ante todo, debemos tener presente la salvación de nuestra alma.

SOR CONSLO—Me parece un egoísmo.

SOR MARGAR—Qué sabe Ud., Sor Consuelo: usted es todavía una niña

SOR CONSLO—Cuánto tiempo está aquí la señora Meri?

SOR MARGAR—Hace como diez años.

SOR CONSLO—Qué hermosa debió haber sido, y qué expresión de bondad hay en su rostro, a pesar de las profundas huellas del dolor.

SOR MARG—Se engaña Ud Sor Consuelo, esa es una mujer mala y orgullosa, y hasta hereje: dice unas blasfemias.

SOR CONSUELO—Qué dice?

SOR MARG—Maldice la caridad, en vez de bendecir a Dios que ha creado éstos asilos.

SOR CONSUELO—Pobrecita, qué inmenso debe ser su dolor.

SOR MARG—No conversa con nadie. No quiere ir a la capilla. No quiere rezar.

SOR CONSUELO—Quien sabe, cuánto habrá pedido a Dios, desde lo íntimo de su alma.

SOR MARG—No crea; esa mujer está condenada: imagínese que pide a gritos una arma, un veneno para quitarse la vida; como si el suicidio no fuera un crimen. No se puede quitar la vida aún cuando la persona esté convertida en un montón de podredumbre.

SOR CONSUELO—Qué horrible debe de ser la vida

para estos infelices.

SOR MARG—Sor Consuelo, Ud. peca mortalmente al justificar el deseo de morir de esa mujer. Lo que es yo la detesto y la trato con dureza. Hasta donde llega la soberbia humana!

SOR CONSUELO—Pero no enseña la religión que se debe tratar con piedad a los desgraciados?

SOR MARG—Otras hay más desgraciadas que ella; están con sus cuerpos deshechos; no tienen quien se acuerde de ellas; y sin embargo, no se desesperan. Esta no tiene sino una úlcera en el pecho. Le mandan ropa sus familiares. Aquí la tratan con consideraciones, y todavía maldice de todo. Cuando recién vino, desde radio le mandaron.

SOR CONSUELO—El sufrimiento depende del grado de sensibilidad y de conciencia que posea cada persona. Los idiotas, por ejemplo, no sienten nada moralmente. (Levantándose) Para acá se acercan unas señoras.

SOR MARG—Son unas damas muy piadosas. Son las más ricas, son de lo mejor de la sociedad.

SOR CONSUELO—A qué habrán venido?

SOR MARG—Pero no sabía Ud.? Estas piadosas damas han organizado un agasajo para las leprosas. Ayer mismo mandaron frutas, pastas, confites..... Ya está todo arreglado para la fiesta.

ESCENA IV

LAS MISMAS, OLGA, DORA Y VIOLETA

(Las tres últimas, entran lujosamente ataviadas, muy alegres y metiendo gran bulla)

TODAS—Buenas tardes, Madre Margarita.

SOR MARG—Cuánto gusto de tenerlas aquí. Qué piadosas, qué buenas son Uds.

OLGA—Es un deber velar por esta pobre gente.

SOR MARG—Les presento a Sor Consuelo. Profesó hace pocos días.

SOR CONSUELO—A las órdenes de Uds., señoritas.

TODAS—Gracias, gracias Madre.

DORA— (Dirigiéndose a sus compañeras). Qué jovencita!

VIOLETA.—Y qué guapa.

OLGA—No le dá miedo venir a vivir aquí?

SOR CONSUELO—He venido por mi voluntad.

VIOLETA—Qué meritorio.

DORA—Sabe, Madre Margarita, que la fiesta de aquí, del leprocomio, nos va a resultar regia. Oscar Ramírez me ha pedido una crónica detallada para publicarla en «El Comercio». Allí van a hacer un elogio de nuestro agasajo y de la grande abnegación de sus reverencias.

SOR MARG—La caridad debe de ser siempre exaltada.

VIOLETA—Para el día del leproso, que ya se aproxima, vamos a organizar una pomposa fiesta. Habrá música, comestibles, licores, todo.

OLGA—Asistirán a ella desde el Presidente de la República y los más altos valores sociales.

DORA—Esto va a resultar sonado.

TODAS—(Metiendo gran bulla). Oh, sí, sí.

ESCENA V

LAS MISMAS Y MERI

MERI—(Desde un extremo del corredor). Señoras...

TODAS—(Retrocediendo sorprendidas). Oh!!

MERI—Mis compañeras de infortunio, me han pedido que os agradezca a nombre de ellas por el agasajo que les habéis brindado.....

VIOLETA—Quién será esta mujer?

DORA—Qué hermosa debe haber sido.

MERI—(Con sarcasmo). Que os agradezca a vosotros que con vuestros deslumbrantes atavíos venís a insultar nuestra miseria... .

TODAS—(Mirándose sorprendidas). Ah!

OLGA—Creo que está loca.

SOR MARG—No es loca sino mala.

MERI—Que os agradezca a vosotras que con vuestra alegría, venís a burlaros de nuestro inmenso dolor. A vosotras que muchas veces, tras vuestra belleza y lozanía ocultáis la lepra moral....

VIOLETA—Qué hostil!

DORA—Como que nosotras fuéramos culpables de su desgracia.

MERI—Que os agradezca a vosotras, mujeres vanidosas, que bajo el hipócrita velo de la caridad cristiana y de una mentida piedad....

SOR MARG—(Colérica) Silencio, atrevida, o se la castigará.

MERI—(Indignada) Ud es quien debe hacer silencio, Madre Margarita. Ud. no tiene derecho de hablar aquí porque es incapaz de comprender, y menos de sentir la verdadera caridad.

SOR MARG—Mejor me callo porque ésta es una blasfemia y puede decir cosas que hieran los oídos de Uds.

OLGA—Qué audacia!

TODAS—Vámonos. (Haciendo ademán de salir)

MERI—(Interponiéndose). Si dan un peso, las detendré por la fuerza.

TODAS—(Retrocediendo horrorizadas) Ay!

MERI—(Con vehemencia) Quiero que me oigan: es el grito del dolor y la miseria que sale por mis labios, para vosotros los grandes, los felices. Para vosotros que en vuestra insaciable sed de explotación, queréis explotar hasta esta insólita miseria, en beneficio de vuestra necia vanidad. Y si no, decidme: no os trae aquí el deseo de hacer gala y ostentación de vuestro espíritu de piedad, para que mañana aparezcan vuestros nombres, como deofais hace un momento, llenos de encomios y de rimbombantes alabanzas? No es esto lo que buscáis? No es esta una forma de miserable explotación? Vosotras pensásteis que yo iba a presen-

tarme de rodillas y con la frente pegada el suelo, implorando vuestra caridad. Eso, la humillación es lo que complace a vuestra ridícula vanidad. (Con altivez). No, yo no os imploro. Os reclamo en nombre de la humanidad doliente y miserable; en nombre de la Justicia Social, y con toda la altivez que me da el derecho, no para mí, porque yo nada necesito, os reclamo pan y vestido para estos seres desgraciados. Aquí se oye a todas horas, horribles alaridos de hambre, porque lo poco que les dan, no les satisface. Aquí hay muchos seres que no tienen con qué cubrir la horrible deformidad de sus cuerpos; os reclamo vestidos para ellos. Yo sé que sois inmensamente ricos: que una de vosotras es dueña de una fábrica de tejidos, que las otras tienen haciendas y almacenes, por qué sin mucha ostentación, no mandáis unas piezas de tela para cubrir la desnudez de estos infelices? Por qué no mandáis mensualmente unas pocas cargas de comestibles para saciar su hambre? Creéis acaso que con un puñado de confites vais a saciar el hambre de tantos años? Si queréis hacer caridad, haced obra, pero obra de verdadera caridad y no vengáis a burlaros de la miseria y el dolor. (Sale)

ESCENA VI

LAS MISMAS, MENOS MERI

SOR MARG—Oh, ya ven Uds., hasta dónde llega el orgullo humano.

OLGA—Cuándo hubiéramos pensado recibir semejante agradecimiento.

VIOLETA—Bien dicen: «Ningún comedido sale con bendición de Dios»

SOR MARG—Ni porque pesa sobre ella el castigo de Dios, ha domado su orgullo, su soberbia. Ustedes disculpen. El cielo devolverá con creces la caridad que hoy han hecho

OLGA—Vamos.

TODAS—Buenas tardes, Reverendas Madres. (Salen todas, menos Sor Consuelo)

ESCENA VII

SOR CONSUELO Y EL DOCTOR MONZONI

SOR CONSUELO—(Pensativa). Cuánta verdad encierra lo que ha dicho esa señora. Es una mujer admirable.

DOCTOR—Sor Consuelo, no está Ud. también abismada por el discurso de Meri?

SOR CONSUELO—Pero Ud. le ha oído, Dr?

DOCTOR—Oh, sí: es una mujer superior, verdad?

SOR CONSUELO—Qué lástima que la ciencia no haya alcanzado a curarla.

DOCTOR—En verdad, es una lástima: una mujer que, seguramente estaba llamada a triunfar en el campo literario.

SOR CONSUELO—(Con interés) Dígame Dr., hay todavía alguna esperanza de salvarla?

DOCTOR—Tengo casi seguridad.....

SOR CONSUELO—(Entusiasmada). De veras?

DOCTOR—Pero no se lo diga a ella: temo hacerle concebir esperanzas que al no realizarse, desesperaría más su existencia.

SOR CONSUELO—Doctor, yo le ayudaré con todo fervor. Entiendo bastante de enfermería. Me dedicaré exclusivamente a cuidar a la señora.

DOCTOR—Hace dos meses, según el examen bacteriológico efectuado en el laboratorio, no arroja ya en la secreciones, el bacilo de Hensen.

SOR CONSUELO—(Entusiasmada). Oh!, entonces....

DOCTOR—Esta es la tercera vez que se ha conseguido suspender la expulsión de bacilos. La primera ocasión se contuvo un mes; la segunda vez, cuarenta días, pero volvió a arrojar. Ahora son dos meses y días que no arroja bacilos y como nunca, va disminuyendo la secreción de la úlcera. Tengo un optimismo ciego, en el triunfo.

SOR CONSLO—Pobre señora! quizá ya Dios se apia.

de de su situación. De manera que ya no hay contagio? Ya no es peligroso acercarse a ella?

DOCTOR—Absolutamente. Como usted sabe, sólo existe el peligro de contagio en tanto haya expulsión de bacilos en la secreciones. Existe un exagerado temor a esta enfermedad.

SOR CONSLO—Por otra parte, la señora es tan aseada, tan pulcra. Se desinfecta las manos a cada instante; desinfecta la ropa cada vez que se cambia....

DOCTOR—Además, yo he conseguido que se le dé a ella una habitación especial, lejos de las demás enfermas. Ella tiene sus cosas de exclusivo uso personal.

SOR CONSLO—Oh, pobrecita!, qué feliz se sentirá cuando se vea libre de semejante reclusión.

DOCTOR—Me voy. Cuide mucho de Meri. Hágale compañía. Usted es capaz de comprenderla. (Salen)

ESCENA VIII

MERI (SOLA)

MERI—(Sale con un album de fotografías. Se sienta. Saca del album un papel y principia a escribir, sentando sobre aquél). Voy a terminar mi poema. Después de todo, el incidente de ahora, no merece mi preocupación. Dije lo que debía. (Sigue escribiendo)

ESCENA IX

MERI Y SOR CONSUELO

SOR CONSLO—(Entra y se queda contemplando a Meri) Señora.....

MERI—(Levantando la cabeza). A mí?

SOR CONSLO—Sí, a Ud. Yo quiero ser su amiga; quiero compartir su dolor.....

MERI—(Mirándola cariñosamente). Oh, qué voz tan dulce tiene Ud. Es la primera vez desde que estoy aquí, que escucho una voz tan buena y cariñosa.

SOR CONSLO—Desde el momento en que la ví, me

inspiró usted, no sólo compasión, sino una ternura inmensa.

MERI—No siente usted horror de acercarse a una leprosa?

SOR CONSLO—Yo vine aquí voluntariamente. Además, me dijo el doctor Monzoni que en Ud. había cesado ya la expulsión de bacilos, y que, por lo mismo, no había temor de contagio.

MERI—Sí; pero será por pocos días, y otra vez tendrán que huir de mi presencia como de un bicho venenoso.

SOR CONSLO—No. Usted está mucho mejor! Pero perdone que haya sido inoportuna: Ud. estaba escribiendo y yo le he interrumpido.

MERI—Usted me ha consolado. A los tiempos he sentido deseos de escribir algo.

SOR CONSLO—Sé que usted escribe lindos versos.

MERI—Escribí cuando vivía. Hoy soy ya un cadáver.

SOR CONSLO—Qué interesante debe ser lo que usted escribe.

MERI—Quiere usted ver?

SOR CONSLO—(Con interés). Oh!, sí.

MERI—Es un poema para el cual no encuentro nombre. Es sólo una parte: aún no lo termino.

SOR CONSLO—Léalo. Se lo ruego.

MERI—(Lee con todo sentimiento)

Desde el antro profundo de mi dolor sin nombre,
cuando mi musa alcanza ahogar mi cruel despecho,
al evocar los dulces recuerdos de mi vida,
siento que aún palpita mi corazón deshecho.

Oh, qué insensato es siempre el corazón humano;
su pertinaz anhelo, su locura me abisma:
si sé que soy un lúgubre espectro que da miedo
que sólo soy un mísero despojo de mí mismo.



si sé que para siempre huyeron mis anhelos;
si sé que ya está muerta mi más grande ilusión;
que no quedó ni el eco de mis dulces canciones;
que sólo es un sarcófago mi pobre corazón.

Bien sé que es insondable este profundo abismo
que me aleja de todo lo que es vida y amor,
y sé que es infinito este cruel ostracismo,
y sinembargo, utópico, espera el corazón.

Qué espera? Es sin duda a la eterna, a la fiel compañera
la que a todos acoge y talvez consolida
de los grandes dolores, sin escrúpulos necios,
recoge los despojos que le arroja la vida.

Oh, sí, la Muerte, la que brinda su lecho
cuando todos nos niegan; la que acoge en su seno
con piedad infinita; la que extiende sus brazos
cuando se nos repudia como a un letal veneno.

Oh, sí, la espero; sinembargo, a veces,
creo que no es a ella; mi alma sensitiva
se repliega doliente como niña medrosa,
y espera todavía, con loco afán, la vida!

(Enjugándose las lágrimas)

SOR CONSUELO—(Con la voz entrecortada por la emoción). Qué hermoso poema. Oh, sí, la vida, la vida es lo que usted debe esperar.

MERÍ—Es una utopía.

SOR CONSLO—Hay grandes esperanzas de salvarla.

MERÍ—No puede ser: Ha pasado diez años.

SOR CONSLO—Tiene usted familia?

MERÍ—La tuve. Hoy no tengo a nadie: es demasiado tiempo para que a una le olviden.

SOR CONSLO—No tiene madre?

MERÍ—Si la tuviera...., ella no me hubiera olvidado. Sólo el amor materno resiste al tiempo.

SOR CONSLO—Oh, sí! Si yo tuviera madre no me habría hecho monja; me habría concretado a amarla, a cuidarla; pero me sentí tan sola y tuve miedo de la vida.

MERI—Ah, usted vino aquí porque tuvo miedo de la vida; yo, en cambio, estoy aquí porque la vida me tiene miedo a mí. Usted y yo hemos venido a este antro de la muerte huyendo de la vida. No le parece que existe analogía en nuestra situación?

SOR CONSLO—Sí. Pero usted sabe decir tan bonito, aún las cosas más tristes.

MERI—De modo que usted es huérfana, huérfana como yo, como mi hijita.

SOR CONSLO—Tiene usted una hija y no viene a verla?

MERI—Para mi hija, yo debía pasar por muerta: esa fué mi última voluntad.

SOR CONSLO—Y su esposo?

MERI—Mi esposo, procedió como proceden todos: se desesperó al principio, se consoló luego, y me olvidó después. Por qué había de ser diferente de los demás?

SOR CONSLO—Pero, no viene a verla nunca?

MERI—En los primeros días, intentó verme por algunas veces; pero yo me negué siempre.

SOR CONSLO—Es usted pensionista?

MERI—Mi esposo pagó pensión durante un año; después, ya no pagó. Debía hacerle falta el dinero para sus compromisos, para sus distracciones. Hoy, de seguro, vive feliz con el amor de otra mujer. Yo, jamás he querido averiguarlo. Y sin embargo, (con vehemencia) en mis eternas noches de desvelo, lo veo cruzar alegre y feliz junto a otra mujer; y entonces, todo el resto de vida que hay en mí, se agolpa a mi cerebro y a mi corazón, y me siento terrible, terrible por los celos. No le parece a Ud. que es una locura la mía? Cómo imaginar siquiera que un hombre en la plenitud de la vida, iba a dedicar su existencia al re-

cuerdo de una mujer que ya no existe, de un espejo, de una pobre leprosa! Y sin embargo, yo lo quiero, lo quiero como antes, más que antes; con toda esta vehemencia por tantos años reprimida; con toda la ternura de mi alma que sólo vivió para él.

SOR CONSLO—Ha sabido algo de su hija?

MERI—Hace un año supe que estaba interna en un colegio. (Con frenesí). Oh!, mi hija, mi amor, mi vida!!! La evocación de su recuerdo es el único consuelo que me resta. Era un capullo en flor, tan linda y tan buenita.... Qué hermosa debe estar. Oh!, si pudiera volver a mirarla aunque sea a la distancia; si pudiera volver a oír su voz, aún podría latir de gozo mi corazón.

SOR CONSLO—Y, cómo se llamaba su hija?

MERI—Gladys.

SOR CONSLO—(Con emoción). Gladys, Gladys ha dicho.

MERI—Quiere ver usted su fotografía?

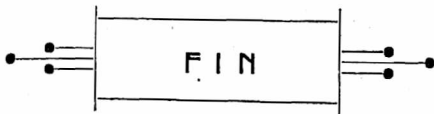
SOR CONSLO—Oh!, sí

MERI—(Buscando en el album). Aquí tengo un grupo: mi esposo, mi hijita y yo.... (Enseñándole un retrato).

SOR CONSLO—(Mira el retrato y exclama fuera de sí). Mi padre!, yo y tú!! (Arrojándose en brazos de Meri). Mi madre!!! Madreíta mía!!!

MERI—(Estrechándola con frenesí). Gladys!!, hija de mi corazón!! Vida de mi alma!!

(Ambas continúan abrazadas sollozando, hasta que baja el telón).



EL ULTIMO BESO DE UNA MADRE

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE:
ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA



PERSONAJES:

Inés, madre de Gonzalo de 55 años
Gonzalo de 23 •
Gloria, novia de Gonzalo de 20 •
Alberto, hermano de Gloria de 25 •
Carola, amiga de Gloria de 22 •
Eduardo, amigo de Alberto de 24 •
Zoila, amiga de Inés de 40 •
Luciana, negra presidiaria de 28 •
Jorge, amigo de Gonzalo de 26 •
Oficial de Policía
Carcelero
Dos gendarmes

ACTO PRIMERO

ESCENARIO: el jardín de una casa. A derecha e izquierda, se verá bancas pequeñas para sentarse.

ESCENA I

GLORIA SOLA

GLORIA—Aparece sentada en una banca, a la derecha, junto a un arbusto, haciendo un tejido de crochet. Deja de tejer y mira inquietamente a la derecha). Qué largas, qué lentas son las horas cuando se espera a la persona amada. (Levantándose y mirando fuera del jardín). No vendrá Gonzalo? (Sentándose de nuevo en la banca). Qué cambiado está en estos últimos días: siempre triste y taciturno. Sus miradas, antes tan amorosas, hoy parece que encierran para mí, una eterna reconvención; sin embargo, nunca le he ofendido. En cuanto a las pretensiones de Eduardo, todo, todo se lo he dicho con la mayor franqueza; pero Gonzalo parece que duda de mí. (Se levanta y mira de nuevo con ansiedad). Ay!, no viene.

ESCENA II

GLORIA, ALBERTO Y EDUARDO

(Aparecen Alberto y Eduardo, por el lado izquierdo del jardín, conversando amigablemente)

GLORIA—(Mirando a los que entran). Oh!, ya viene mi hermano en compañía de ese hombre que viene a turbar mi felicidad. (Regresa, se sienta y sigue tejiendo como que no les ve)

EDUARDO—(Adelantándose hacia Gloria). Espera un momento Alberto, voy a saludar a Gloria.

ALBERTO—Sigue no mas. (Se sienta en la banca de la izquierda y se pone a leer un periódico)

EDUARDO—(Extendiendo su mano a Gloria). Buenas tardes, Gloria.

GLORIA—(Levantando la cabeza con indiferencia). Como está Ud?

EDUARDO—Yo?, mal, inmensamente mal, hasta cuando Ud. quiera que lo esté.

GLORIA—(Con seriedad) Señor Valdez, ya sabe que no me agrada que Ud. haga alusión de mi persona en lo que se refiere a su existencia.

EDUARDO—Gloria, es Ud. muy cruel conmigo. Por qué no quiere oírme siquiera?

GLORIA—No hay para que. Ya se lo he dicho terminantemente: mi amor para Ud es imposible.

EDUARDO—Imposible!..., es que Ud. ama a otro, no es cierto?

GLORIA—Sería una inconsecuencia negarlo y sobre todo a Ud....

EDUARDO—(Con tristeza). Qué desgraciado soy. Quién es el hombre feliz que Ud. ama?

GLORIA—Eso no le interesa saber. Le he dicho lo que debía y nada más

EDUARDO—(Con desolación) He llegado tarde.

GLORIA—(Con altivez). Aunque Ud. hubiese llegado temprano, yo nunca le habría amado. No soy de aquellas mujeres que corresponde al primer hombre que se les presenta. Lo amé a él, porque es el hombre que ha llenado mis aspiraciones.

EDUARDO—Qué feliz debe ser ese hombre; pero quién sabe si será digno de Ud.

GLORIA—(Resentida) Señor Valdez, nadie tiene derecho para dudar de él en mi presencia. (Levantándose). Con permiso de Ud, voy a retirarme (Se va)

EDUARDO—(Con despecho). Todo es en vano. (Se sienta contrariado en el banco en que estuvo Gloria.

ESCENA III

EDUARDO Y ALBERTO

ALBERTO—(Se levanta y se acerca a Eduardo) Qué te pasa, Eduardo?

EDUARDO—Alberto, tu hermana es una mujer superior; pero desgraciadamente, yo debo conformarme con admirarla de lejos.

ALBERTO—Tan imposible te parece su cariño?

EDUARDO—(Con desesperación). Imposible!

ALBERTO—Eduardo bien sabes tú que te quiero como a un hermano. Nuestra amistad data de tantos años. Si tanto te quiero y te distingo, es porque tengo de tí el mejor concepto. Para mí sería una inmensa satisfacción que llegaras a ser el esposo de Gloria; mi verdadero hermano.

EDUARDO—Alberto, esa felicidad no se hizo para mí.

ALBERTO—Yo intercederé con Gloria.

EDUARDO—Todo es inútil.

ALBERTO—Tú eres muy desconfiado. Hoy mismo le hablaré (Cogiéndolo de un brazo y levantándolo alegremente) Vamos señor serio, que la vida no es tan triste como Ud. la ve ahora, a través de su pesimismo.

EDUARDO—(Siguiendo). Vamos; o mejor dicho, me voy. Hasta luego Alberto.

ALBERTO—(Encaminándolo hasta la salida del jardín). Después de un momento me esperas en la esquina de, bueno, tú ya sabes donde.

EDUARDO—Te espero. (Sale)

ALBERTO—(Regresa y se sienta a leer de nuevo el periódico). Pobre Eduardo.

ESCENA IV

ALBERTO Y GLORIA

GLORIA—(Al entrar en el jardín, se detiene un momento) Qué le habrá dicho Eduardo? Tal vez fué una imprudencia de mi parte... (Avanza hasta el lugar donde está Alberto). Qué haces, Alberto?

ALBERTO—(La abraza y la hace sentar junto a él) Ven, tontita linda, por qué te fuiste tan violentamente?

GLORIA—(Riendo) No seas loco, me abrazas tan fuerte que me vas a hacer daño.

ALBERTO—(Bromeando). Es que no sabes cuanto te quiero.

GLORIA—(Riendo). A qué vienen esos cariños, zalamero? Ya te conozco muy bien; cuando quieres que te de pidiendo algo a papá o que te preste dinero de mis ahorros, te pones con un cariñazo tremendo.

ALBERTO—Nada de eso mi nena, ahora quiero hablarte de un asunto muy serio.

GLORIA—(Sorprendida) Asunto serio, Tú? Qué quieres decirme?

ALBERTO—Pues te diré sin rodeos: hoy me ha hablado del cariño que por tí siente Eduardo: es un muchacho excelente.

GLORIA—Sólo por ser tu amigo, le he prestado alguna atención. En cuanto a lo demás, no me interesa saber.

ALBERTO—Gloria, tan indiferente eres para con mi amigo?

GLORIA—No sólo que me es indiferente, sino antipático.

ALBERTO—Háblame con franqueza: cierto, no le quieres ni un poquito?

GLORIA—Nó

ALBERTO—Así son Uds las mujeres: no corresponden al hombre que de veraz las quiere.

GLORIA—Al corazón no se le puede mandar.

ALBERTO—Así es Gloria. Perdóname si te he ofendido. No hablemos más de esto. (Abrazándola) Dame un abrazo y hagamos las paces. Hasta luego nena.

GLORIA—(Con alegría). Te vas?

ALBERTO—Sí, pero volveré pronto. (Saliendo)

GLORIA—(Se encamina y mira hacia la derecha del jardín). Las seis y tres cuartos. (Mirando un reloj de pulsera). Qué triste es tener que vencer tantos obstáculos para poder hablar unos pocos minutos con el hombre a quien se quiere.

ESCENA V

GLORIA Y GONZALO

GONZALO—(Entrando nerviosamente). Gloria,

GLORIA—(Levantándose emocionada) Gonzalo, por qué has tardado tanto? Creí que ya no venías.

GONZALO—(Cogiendo las manos de Gloria, con cariño) Qué poca confianza tienes en mí cariño. Haces mal de juzgarme según el tuyo

GLORIA—Siempre con esas reconvenções indirectas que me ofenden

GONZALO—Acaso no tengo sobrados motivos para ello? Ahora mismo acaba de salir de aquí Eduardo Valdez, tu fiel pretendiente

GLORIA—Es muy amigo de mi hermano y viene con él

GONZALO—Ya lo sé que viene con él; pero viene por tí.

GLORIA—Yo no trato de negarlo; pero sabes muy bien, que el amor que siento por tí, es inalterable.

GONZALO—Quién sabe.

GLORIA—(Con altivez). Gonzalo, dudas de mí? Me crees capaz de una traición? Habla. Si dudas de mí, es porque me crees capaz; y en ese caso, tu cariño no puede ser verdadero; ya que el verdadero cariño, nace del concepto que tenemos de la persona amada.

GONZALO—Yo no quiero dudar de tí; pero crees que no tengo motivo para desesperarme? Crees que puedo mirar con indiferencia que ese hombre entre y salga en tu casa, a todas horas, y con tanta confianza; mientras que yo tenga que estar rondando, como un malhechor; saltando tapias y venciendo mil dificultades para poder hablar cinco o diez minutos contigo, porque tú te opones para que hable con tus padres, para poder entrar libremente?

GLORIA—Cuánta felicidad sentiría si pudieras entrar en mi casa con el consentimiento de mis padres; pero esto es imposible.

GONZALO—Imposible!!.... Tienes razón: no soy digno de ti.

GLORIA—No digas eso, Gonzalo.

CONZALO—(Con despecho) Soy un pobre artesano, un miserable zapatero que quiere ofrecerte su mano; honrada sí, pero encallecida por el trabajo; y esto, para muchas personas, es baldón.

GLORIA—(Conmovida) Gonzalo, bien sabes tú que ante mí, el trabajo te eleva y dignifica; pero mis padres no consentirán nunca en que me case contigo.

GONZALO—(Con violencia) Es verdad: yo fui un insensato al no ver el abismo que me separaba de ti, antes de consagrarte mi cariño. Tú eres rica, ocupas gran posición social....; pero ahora ya es tarde para dejar de quererte. (Con dignidad) Pero no creas tú que me avergüenzo de ser artesano; al contrario, siento profundo orgullo de saber que puedo ganar el pan sin inclinar mi frente ante nadie. Pero protesto con toda mi alma, contra la injusticia de la sociedad que rebaja y menosprecia al trabajador honrado; y protesto más todavía, porque esa injusticia es la que me separa de ti.

GLORIA—Gonzalo!! (Sollozando)

GONZALO—(Con vehemencia). NÓ!, nadie podrá separarme de ti. Tú me has jurado amarme eternamente y tendrás que cumplir tu juramento. Oh! cuando pienso que la diferencia que nos separa a los dos, puede hacer que aceptes un partido mejor, siento que toda mi sangre afluye a mi cerebro en oleajes candentes, y me siento capaz de destruir la humanidad entera, con todas sus leyes, con todos sus absurdos, para que nada me separe de ti..... (En este momento se oyó la voz de carola, que llama desde el extremo opuesto del jardín: Gloria, Gloria).

GLORIA—(Asustada). Me llaman. Andate por Dios Gonzalo.

GONZALO—Hasta mañana Gloria. A esta misma hora estaré aquí. (Sale por la derecha)

ESCENA VI

GLORIA Y CAROLA

CAROLA—(Entra por la izquierda del jardín). Gloria, Gloria

GLORIA—(Saliendo a su encuentro). Cómo así, Carola?

CAROLA—Pero dónde te has metido?

GLORIA—Estaba sentada aquí en el jardín. Qué linda y qué apasible está la noche. Quieres quedarte aquí o nos vamos a la sala?

CAROLA—Aquí está lindo. Mira qué luna tan hermosa.

GLORIA—Vamos a sentarnos acá, junto al naranjo. (Siguen avanzando y se sientan en la banca situada a la derecha)

CAROLA—Oh!, qué aroma despiden este naranjo.

GLORIA—(Muy distraída en su pensamiento) De veraz.

CAROLA—(Con malicia). Pero, por qué estás tan pensativa, tan nerviosa?

GLORIA—(Procurando serenarse) No estoy nada, Carola.

CAROLA—No hija, no niegues: si hace pocos momentos lo he visto salir de aquí.

GLORIA—(Muy asustada). De veraz? Oh!, por favor, Gloria, no digas a nadie que lo has visto. Si llegan a saber aquí en mi casa, me alejarán para siempre de él.

CAROLA—(En tono de reconvención). Es posible Gloria? Yo nunca hubiera creído, si hoy no lo hubiese visto con mis propios ojos.

GLORIA—Por qué no podías creer?

CAROLA—Oh!, pero cómo iba a creer que tú que eres la mejor chiquilla de aquí, que ocupas el primer puesto en la sociedad, correspondas a un miserable zapatero, a un hombre obscuro y pobre.....

GLORIA—(Interrumpiéndole resentida). A ese zapatero, a ese hombre obscuro y pobre, como tú lo llamas, no lo cambiaría yo, por el magnate más poderoso de la tierra.

CAROLA—(Sorprendida) Estás en tu juicio, Gloria?

GLORIA—(Con entusiasmo). Carola, si tú pudieras comprender la grandeza de su alma, la nobleza de sus sentimientos, la altivez de su carácter, de seguro, no me dirigirías esa pregunta.

CAROLA—Pero en la hipótesis de que fuera verdad lo que tú dices, es necesario también ver que clase de persona es la que contiene esas cualidades: tú no tomarías un licor delicioso, en un vaso de barro.

GLORIA—Y tú no tomarías un veneno letal, en un vaso de oro. Pero en cuanto a Gonzalo, no cabe tu comparación anterior, porque es tan aseado y elegante, como cualquier gran señor.

CAROLA—Por qué no buscas esas mismas cualidades, en un hombre que sea más digno de tí, que ocupe una posición social, y que pueda darte las comodidades que mereces?

GLORIA—Muy difícil me parece hallar un hombre que tú dices. El dinero, la vida ociosa y desocupada, los placeres que para ocupar el tiempo buscan los ricos, los vuelve generalmente, viciosos y egófstas. Por eso, no es raro que tras de una cultura exquisita y de una elegancia irreprochable, se oculte una alma de cieno. Yo me creería la mujer más feliz si pudiera compartir con Gonzalo, su trabajo y su pobreza. Pero desgraciadamente, mis padres no lo consentirán.

CAROLA—En caso de que tú cometieras la locura de casarte con ese artesano, no sólo tus padres, la sociedad entera te reprocharía y procuraría aislarte.

GLORIA—Por mis padres, únicamente por ellos, no puedo resolverme. En cuanto a lo demás, qué me importa a mí esa sociedad vanidosa y falaz que, deslumbrada por el brillo del oro, rinde homenaje a la degradación y al vicio, y desprecia la verdadera nobleza: la del alma; sólo porque, no tiene apa-

riencias relumbrantes? Qué me importa a mí esa sociedad voluble e inconstante que, lo mismo que aplaude ahora, vitupera mañana. Esa sociedad que ahora me rinde homenaje porque disfruto de algunas riquezas; pero que si mañana estoy en la indigencia, me despreciará y se burlará de mí despiadadamente. Creedme, Carola, la sociedad no estima a las personas por sí mismas; por sus méritos, por su talento y sus virtudes, sino por las exterioridades, por las circunstancias, que les rodean.

CAROLA—Pero, quién te ha dicho tales disparates?

GLORIA—Es Gonzalo quien me ha enseñado a conocer las realidades de la vida.

CAROLA—Ahora me explico tu cambio de conducta observada en estos últimos tiempos. Es muy natural: a ese artesano no le conviene que frecuentes la sociedad, porque al fin y al cabo, te darías cuenta de la enorme diferencia que existe entre tú y él y lo despreciarías.

GLORIA—(Con vehemencia). Eso nunca!!

CAROLA—Además, en esas reuniones, donde una se ve rodeada de tantos admiradores, podrías tener ocasión de compararlo con otros, y claro....

GLORIA—(Resentida). Calla, Carola. Si eres mi amiga no vuelvas a decir cosas que hieran la personalidad del hombre a quien yo amo.

CAROLA—No seas tan sugestionable, Gloria; aun dada la superioridad de sentimientos que le atribuyes a ese hombre, debes pensar en la realidad de la vida. Acaso en el matrimonio vas a vivir una vida puramente afectiva? Dentro de la vida real, tendrás múltiples necesidades: te hará falta casa, comida, vestuario, etc.... Y si llegas a tener hijos, oh!, que horrible debe ser la pobreza en ese caso. De seguro, tú no has pensado en estas cosas.

GLORIA—En todo, en todo he pensado. Qué mayor felicidad puede haber a una mujer que compartir con el hombre a quien se quiere, sus fatigas y trabajos; atenderle personalmente en todo, y estar segura



de que es siempre noble y digno y de que lo que una hace es un nuevo incentivo a su cariño? Oh!, yo no cambiaría esa felicidad, por todo el oro del mundo. De qué me serviría estar rodeada de lujo y comodidades, sabiendo que mi marido, en vez de salir a trabajar, porque no necesita, sale del hogar en busca de placeres y diversiones, y que en vez del cansancio físico que trae el hombre pobre, después de su rudo trabajo, regrese indigno y miserable, con el hastío que causan los placeres?

CAROLA—(Levantándose) Me voy. Me he estado bastante. Ojalá la reflexión vaya atenuando poco a poco, tu exagerada emotividad. Hasta luego. (Abrazándola).

GLORIA—(Saliendo a encaminarla hasta la salida del jardín) Que pases bien, Carola.

CAROLA—Hasta mañana. (Sale)

GLORIA—(Regresando contrariada) Todos, todos se opondrán a mi cariño, no cabe duda; pero yo lo quiero y lo querré siempre, a pesar de todos. (Se dirige hacia el extremo derecho del jardín, a coger flores, y mientras coge, tararea una canción amorosa)

ESCENA VII

GLORIA, ALBERTO Y EDUARDO

(Mientras Gloria está cogiendo flores, Alberto y Eduardo entran sin ser vistos por Gloria, por el extremo izquierdo del jardín y se quedan conversando detrás de un arbusto)

EDUARDO—Por allá ha estado Gloria.

ALBERTO—Se me ocurre darle una broma pesada. (Riendo). Préstame tu abrigo y tu sombrero.

EDUARDO—Qué piensas hacer?

ALBERTO—(Bromeando). «De noche todos los gatos son pardos» Me pondré tu abrigo y tu sombrero; luego me acerco a Gloria sin que ella me vea, y la abrazo. Te imaginas el sustazo que le voy a dar?

EDUARDO—Entregándole el abrigo y el sombrero).

Toma; pero que no sepa que soy cómplice de tu broma. Mientras tanto, yo me voy a tu cuarto a leer los periódicos.

ALBERTO—Está abierto. Anda no más.

EDUARDO—Allí te espero. (Sale)

ESCENA VIII

GLORIA, ALBERTO Y GONZALO

ALBERTO—(Se acerca cautelosamente a Gloria que sigue cogiendo flores, y la abraza por detrás) Gloria!!

GLORIA—(Da un grito de asombro). Ay!! (Reponiéndose del susto al reconocer a su hermano) Qué loco eres!! Qué susto me has hecho pasar!

ALBERTO—(Abrazando a su hermana). Vamos al otro lado del jardín. Aquí empieza a soplar el aire frío de la calle. Vamos que quiero que me hables sobre la enfática declaración que hoy le has hecho a Eduardo.

GLORIA—(Sorprendida). A Eduardo!

GONZALO—(Aparece en el momento en que Gloria y Alberto se encaminan abrazados al otro extremo del jardín) Ah!, no eran vanas mis sospechas: me traiciona!! me engaña, se burla de mí. (Se queda escuchando)

ALBERTO—Por qué te asustas? A mí no me sorprende tus amores; pero con lo que no puedo convenir, y lo que no puedo creer hasta ahora es que hayas puesto tu cariño en un miserable artesano, en un hombre indigno de tí, que no merece sino tu desprecio. Pero yo estoy resuelto a castigar su atrevimiento.....

GONZALO—(Indignado, enoaminándose resueltamente) Miserable!! Hoy me dará satisfacción de los insultos que sobre mí ha lanzado. (Sacando un revólver)

(Telón rápido)

ACTO SEGUNDO

En el mismo día del primer acto.

ESCENARIO: una pieza de habitación modestamente arreglada.

ESCENA I

DOÑA INES (SOLA)

INES—(Aparece sentada en una silla, remendando unas medias de hombre. Se oye dar las horas en un reloj cercano. Inés deja de coser, y sigue contando las horas con interés). Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Las ocho de la noche y Gonzalo no viene. Qué le habrá sucedido. El no se atrasa nunca, porque bien sabe que yo no como mientras él no venga. (Se levanta y sale a la puerta a divisar). No asoma! (Regresa y se sienta a coser de nuevo)

ESCENA II

DOÑA INES Y DOÑA ZOILA

INES—(Siente pasos y se levanta apresurada). Por fin!

ZOILA—(Entrando). Buenas noches, señora Inesita.

INES—Ah! yo creí que era mi Gonzalo. Venga Zoila. Siéntese.

ZOILA—Cómo así se ha demorado en venir Gonzalo a la merienda? Yo como vecina, veo que no se atrasa nunca.

INES—Por eso estoy muy preocupada. Qué le habrá sucedido?

ZOILA—Y usted, merendó ya?

INES—Sin venir mi Gonzalo, cree que voy a poder comer yo?

ZOILA—Usted es demasiado preocupada, señora Inesita. Lo que es yo, cuando no va pronto mi marido a comer y tengo que irme a alguna parte, echo llave mi puerta y me voy.

INES—Es que Ud. no ha tenido hijos: no sabe lo que es el amor de una madre.

ZOILA—Será por eso que me parece que usted es exagerada en querer a su hijo.

INES—Ay!, es que mi hijo es tan bueno, que creo que no habrá igual en el mundo. O será que a todas las madres nos parece lo mismo. Pero si viera usted, cómo se porta mi hijo cuando estoy enferma; cómo se desvive; cómo me anima para que tome los remedios. Una ocasión me puse de muerte, y mi hijito, mi Gonzalito, llorando como un niño, me acariciaba y me decía: viejecita mía, si te mueres, con quién vas a dejar a tu pobre hijo? (Enjugándose las lágrimas). Y yo, por mi hijo, hice un esfuerzo sobrehumano: luché contra la muerte y la vencí. Sí, la vencí. El amor hace prodigios.

ZOILA—Yo si he deseado tener un hijo: pero en tantos años de casada, no he tenido uno solo. Deben ser un halago los hijos; sobre todo cuando son tan buenos como el suyo.

INES—(Con vehemencia). Toda ponderación es nada. Otra cosa era verlo desvivirse durante mi enfermedad. Como hemos sido tan solos, el en persona iba a la cocina a preparar los remedios y los alimentos que para mí, ordenaba el médico; luego pasaba horas enteras teniéndome en sus brazos para hacerme descansar. (Enjugándose otra vez las lágrimas). Para mi enfermedad había vendido un terno nuevo y un abrigo que recién se hizo, a fin de conseguir dinero para atenderme. Pero lo que más me desgarraba el alma, era ver que mi hijo se pasaba las noches junto a mí, de claro en claro, sin dormir un momento. Quince noches que no cerró sus ojos. Pobrecito mi hijito, parecía que él también estaba convaleciendo de una grave enfermedad: se puso hecho un espectro.

ZOILA—Dichosa usted que tiene un hijo tan bueno y solícito. Los maridos no son así, señora Inesita; pronto se aburren cuando la mujer está enferma y no puede servirlos. En una enfermedad larga que yo tuve, Antonio ya se molestaba y decía que ya no tiene de donde gastar; que los médicos cobran demasiado; que los medicamentos estaban carísimos....en fin, que tuve que procurar sanarme a la fuerza.

INES—Mi esposo fué bueno también; pero más es mi hijo; si él es demasiado bueno; por eso, muchas veces, tengo que ocultarle mis dolores, para no hacerle sufrir.

ZOILA—Qué feliz debe ser Ud., señora Inesita.

INES—Sí; pero en estos últimos tiempos, a pesar de que el cariño de Gonzalo es cada día más intenso; a pesar de que sus cuidados son para mí, cada vez mayores, no soy feliz; porque, por más que él quiere ocultarme, comprendo que sufre; que una tristeza profunda lo domina. Muchas veces, de dormido, suspira y parece que solloza. Yo me estremezco y siento un pesar desconocido, horrible. Desde que él está triste, he perdido yo la tranquilidad. Algunas veces he intentado que me habra su corazón; pero él se manifiesta siempre reservado, y esto me desespera. Oh!, cómo quisiera mirarlo otra vez niño, pequeñito: entonces, nada sabía ocultarme.

ZOILA—Yo creo que la tristeza de Gonzalo, debe ser por algunos amores: está en la edad.

INES—Pero, por qué no me confiesa? Algunas veces yo le he dicho: el día que encuentres una mujer honrada y quieras casarte, yo veré con agrado.

ZOILA—Talvez sea un imposible. Talvez no sea correspondido por la mujer a quien él ame....

INES—(Con ingenuidad), Talvez lo primero. Pero que no le corresponda. Yo creo que no habrá ninguna mujer capaz de rechazar a mi Gonzalo; porque, el talento que tiene mi hijo, es poco común. Desde la escuela, sobresalió siempre entre todos sus compañeros; por eso su padre se desvivía por educarlo. Pero desgra-

oiadamente, murió cuando mi hijo cursaba recién el primer año de colegio. Entonces, por mi pobreza, y en vista de mis circunstancias apremiantes, mi hijo tuvo que dedicarse a un oficio, para poder atender a mi subsistencia. Oh!, si mi hijo hubiera podido terminar su educación!

ZOILA—(Levantándose). Me voy. Ya le he visitado bastante rato.

INES—Gracias Zoilita. Conversando de mi hijo, se ha atenuado por un momento, la inquietud que su tardanza me produce.

ZOILA—Tranquíllcese. Ya ha de venir. (Disponiéndose a salir). Hasta luego.

INES—(Coge un pañolón y se cobija). Yo también me voy a volver comprando una cajita de fósforos para volver a prender lumbre y tener caliente la comida de mi hijo. Desde la seis de la tarde está preparada. Ya debe estar completamente fría. (Sale)

ESCENA III

GONZALO Y JORGE

(Después de un momento de que sale Inés, entran Gonzalo y Jorge. Jorge lleva de brazo a Gonzalo. Este está pálido y trémulo).

JORGE—(Haciendo sentar a Gonzalo en una silla). Ven, siéntate, Gonzalo. Procura serenarte. Ya debe salir tu madre.

GONZALO—(Saca del bolsillo una botella de licor y la coloca en una mesa; luego coge dos copas, las llena, y dando una a Jorge, se dispone a tomar él la otra). Acopáñame a tomar, Jorge. Quiero emborracharme por la primera vez en mi vida, para ahogar en el licor esta infita desesperación que me anonada. Quiero perder aunque sea por un momento, la noción de esta horrible realidad que me rodea. Tomemos. (Alza la copa y toma íntegramente).

JORGE—(Después de tomar). Pero, cómo pudiste cegar así hasta el extremo de confundir al hermano

de Gloria, con su pretendiente: no son ni siquiera parecidos.

GONZALO—Es que no se por qué fatal ocurrencia, el hermano de Gloria se había puesto el abrigo y el sombrero de Eduardo. Yo tenía mis sospechas y espía siempre a Gloria. Hoy llegué en el fatal momento en que Gloria y su hermano, que yo creía ser Eduardo, se encaminaban juntos hacia el extremo izquierdo del jardín. Yo estaba detrás de ellos. Los vi juntos y abrazados. Creí que era él. Me cegaron los celos. Seguí escuchando; oí que él me insultaba; entonces, loco de despecho y de coraje, me fui contra ellos; y en un momento de inconsciencia, disparé con dirección a él. Gloria se interpuso, y mi bala hizo blanco en ella. Dió un grito. El se avalanzó a cogerla; y cual sería mi estupor, al ver que el hombre que yo había tomado por Eduardo, era Alberto, su propio hermano. No se por qué impulso, sin duda por instinto de conservación, salté precipitadamente de allí. No sabía a donde ir. Entré a la primera cantina que encontré abierta. No sé que tiempo estuve allí, ni lo que en ella hice....

JORGE—Yo entré allí a comprar cigarrillos. En este momento, tú te alzabas una copa. Casi no quise dar crédito a mis ojos: tú el refractario insigne del alcoholismo. Me acerqué, y al contemplar tu actitud, creí que estabas ebrio. Luego, por algunas palabras que se te escaparon allí, me di cuenta de que algo terrible te había acontecido.

GONZALO—Oh! sí, es algo terrible, algo sin nombre lo que me ha ocurrido: yo el asesino de aquella mujer, de aquella mujer ideal, que sin merecerlo, supo quererme a través de todos los obstáculos. Yo el asesino de la mujer a quien amo más que mi vida!! Soy un criminal, Jorge, soy un criminal!! (Llena otra vez las copas y dando una a Jorge, se dispone a tomar la otra). Tomemos. Tomemos.

JORGE—(Quitándole la copa). No, Gonzalo, no tomes más. Piensa en preparar el ánimo de tu pobre madre. Piensa en tu fuga: todavía tienes tiempo.

GONZALO—Huír, nó: sería una cobardía.

JORGE—Creo que viene tu madre. Yo no quiero presenciar tu entrevista con ella. Pobre madre! Volveré. No olvides que en cualquier momento estaré listo a servirte. (Sale)

ESCENA IV

INES Y GONZALO

GONZALO—(Con desesperación). Soy un desgraciado!! Soy un criminal!! (En este momento oye los pasos de su madre y procura serenarse). Ya viene. Pobre madre mía!

INES—(Entra y mira a Gonzalo sorprendida). Gonzalo!

GONZALO—(Levantándose). Buenas tardes, madre mía.

INES—Por qué has tardado tanto?

GONZALO—(Nervioso). Estuve ocupado. (Se sienta en una silla junto a una mesa y se queda los brazos apoyados sobre ésta).

INES—(Acercándose con cariño a su hijo). Qué te sucede, Gonzalo? Estás pálido. Te sientes mal? Qué tienes hijo mío? (Cogiendo la botella que está en la mesa). Qué es esto? licor! Pero has tomado tú, hijo mío? No puedo creerlo. (Le coje de la quijada y procura levantarle la cara). No quieres mirarme?

GONZALO—(Con desesperación). Déjame por Dios madre! Soy indigno de llamarme hijo tuyo.

INES—Qué dices? Tú, indigno de mí? Nunca!! (Le quita el sombrero y le acaricia el cabello). Hijito mío, qué has hecho? Tú no eres capaz de nada malo. Yo te conozco. Pero no me hablas? Has perdido ya la confianza que tenías en tu madre?

GONZALO—(Con desesperación). Por Dios, madre mía, no me lo preguntes!

INES—(Enjugándose las lágrimas). Pero que tonta soy. Son cerca de las nueve de la noche, y aún no has merendado. Voy a preparar la mesa.

GONZALO—Gracias madre mfa.

INES—Para que comas y en seguida te acuestes.
(Sale).

ESCENA V

GONZALO (SOLO)

GONZALO—(Con desesperación) Madrecita mfa! tú no me crees capaz de nada malo y sin embargo, soy un criminal. He matado a una mujer; a la mujer que amaba más que a mi vida! He hecho una muerte: una muerte criminal e injusta! Oh!, madre mfa, con cuánta razón me aconsejabas que domine el ímpetu de mi carácter! Oh!, si hubiera sabido oír tus consejos (Pasándose nerviosamente) Pero debo tomar alguna resolución .. Huír?...Nó... Sería una cobardía.... Entregarme a la Justicia.... No tengo valor para arrastrar eternamente una vida de martirio y de ignominia!....(Con resolución). Nó, yo debo morir!! Cómo voy a vivir sabiendo que soy el asesino de Gloria? Su imagen me perseguirá por todas partes. (Reflexionando). Pero es necesario dejar constancia de que yo mismo me quito la vida. (Coge un pedazo de papel y escribe precipitadamente). Hay mi madre! Sólo siento por el abandono en que la dejo. Pero es mi único remedio. (Coge el revólver y se dispone a dispararse). Madre mfa!!

ESCENA VI

INES Y GONZALO

INES—(Corre, se abraza frenéticamente del cuello de Gonzalo y le quita el revólver). Gonzalo, hijo mío!!? Qué ibas hacer?

GONZALO—Madre!! (Se arrima en la mesa y se cubre la cara con los brazos).

INES—(Fuera de sí). Ibas a matarte!!! Ibas a dejarme abandonada para siempre!! Ingrato! Yo que vivía tan confiada de tu cariño....(Llorando desesperadamente).

GONZALO—(Con la voz entrecortada por los sollozos). Madrecita mía!, ten compasión de mí y deja que yo muera! La vida sin ella, me es insoportable! (Sigue sollozando).

INES—Sin ella...., sin ella, de modo que esta pobre anciana que no ha vivido sino para amarte, no significa nada para tí? (Cae en un sillón sollozando).

GONZALO—(Se levanta y va arrojarle a los pies de su madre). Madrecita mía!, madrecita mía, perdóname!, perdóname. Yo viviré por tí y sólo para tí.

INES—(Abrazando a su hijo con todo cariño). Gonzalo, hijo de mi alma! Júrame por tu padre, júrame por el amor que dices que me tienes, jura lo que acabas de prometerme.

GONZALO—(Besando las manos de su madre). Viejecita querida, (Con solemnidad) en nombre del inmenso cariño que te profeso; por las santas cenizas de mi padre, te juro que viviré mientras tú vivas.

INES—(Abrazándolo con ternura). Gracias, gracias hijo mío! Estoy tranquila. Te creo. (Levantándolo con cariño). Levántate hijo mío.

GONZALO—Madre mía, que buena eres.

INES—Tú eres el mejor de los hijos.

GONZALO—(Con inmensa tristeza). Te engañas, madre: no soy digno de tí. (Se sienta con profundo desconsuelo)

INES—(Acercándose a su hijo). Por qué dices eso, Gonzalo? Háblame, háblame por Dios hijo mío, tú me ocultas algo. Díme con franqueza. Qué no podrá perdonarte mi corazón. (Acariciando la cabeza de Gonzalo con ternura). Gonzalo, hijo mío, el único objeto de mi existencia, por qué te obstinas en callar? Por qué me martirizas de este modo? (Llorando). Tú jamás has sabido ocultarme nada. (Quiere besarlo en la frente). Habla, habla hijo mío.

GONZALO—(Retirando suavemente a su madre). Deja, madre, no me beses, no manches tus labios.

INES—(Cogiéndole la cara con cariño y besándolo

en la frente). Aun cuando fueras un criminal, te besaría....

GONZALO—(Levantándose con violencia). Criminal, eso soy yo!!

INES—(Abriendo sus brazos). Hijo mío!

GONZALO—(Arrojándose en los brazos de su madre). Madre soy un criminal: he matado a una mujer!!

ACTO TERCERO

ESCENARIO: El corredor de una cárcel. En el centro y a los lados se verán las puertas de entrada a las celdillas.

ESCENA I

GONZALO Y EL CARCELERO

CARCELERO—(Aparece paseando por el corredor, con unas llaves en la mano. Se detiene junto a la puerta central y abre la celda). Señor Gonzalo, quiere Ud. salir a abrigarse un momento?

GONZALO—(Desde adentro). Gracias Fermín, pero no temes que te reconvengan? Bien sabes que hay orden expresa de que no me dejen salir ni a la puerta.

CARCELERO—No tenga cuidado. El Oficial de Guardia está muy ocupado con el señor Intendente: no lo verá.

GONZALO—(Sale pálido y demacrado con grillos en los pies y en las manos). Estoy rígido.

CARCELERO—(Colocándole un asiento). Vengá siéntese, señor Gonzalo.

GONZALO—Gracias Fermín. (Sentándose).

CARCELERO—Ud. no sabe cuánto sufro por no poder hacer nada para remediar su situación. Como Ud. sabe, un Carcelero tiene que ejecutar ciegamente las órdenes de sus superiores, y como condición esencial, debe ser inhumano y desalmado con los presos; de lo contrario, lo mandan sacando.

GONZALO—Así es Fermín. Demasiado lo sé. Mi suerte mi importa poco. Lo que me desespera es la enfermedad de mi madre. Es imposible que ella sobreviva a mi desgracia. Hace tres días que no ha venido a verme, (con desesperación). Y cuando ella no viene, es porque está mal, muy mal. Ya lo ves, en los tres meses que estoy aquí, no ha dejado de venir un solo día. Pobre madre mía!

CARCELERO—A pesar de estar Ud. incomunicado, consiguió que la dejaran entrar. Fueron tantas sus lágrimas y ruegos, que al fin se compadecieron de ella.

GONZALO—Mi pobre madre ha envejecido por lo menos diez años, en estos tres meses. (Con desesperación). Ay!, si me permitieran ir aún cuando sea escoldado, por un solo momento a verla....

CARCELERO—Eso es muy difícil. Pero no se desespere Ud. Ahora me fui a hacerle una visita.

GONZALO—(Con ansiedad) La viste? Qué dice? Cómo sigue?

CARCELERO—Dice que le duele mucho el corazón, y no hace otra cosa que nombrarle a Ud. Me dijo que le diga que está algo mejor. Que apenas pueda levantarse de la cama, vendrá a verlo.

GONZALO—(Con desesperación). Cuando mi madre no viene a verme, es porque está de muerte.

CARCELERO—Tengo que dar a Ud. otra noticia.

GONZALO—Dí.

CARCELERO—Dicen los médicos que la señorita Gloria está fuera de peligro.

GONZALO—(Con alegría). Oh!, pero será verdad? Quién te ha dicho esto?

CARCELERO—De esto estése completamente seguro: lo sé por los mismos médicos.

GONZALO—Oh!, Fermín, cómo podré recompensarte por el interés que has tomado por mí?

CARCELERO—Es mi deber. Cuando yo estuve en la indigencia, cuando mi familia moría de hambre, Ud. me facilitó trabajo y me prestó sus herramientas. Cree que soy tan ingrato para olvidar estos favores?

GONZALO—Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

CARCELERO—Ojalá todos los hombres tuvieran sus mismos sentimientos. Pero a Ud. tan bueno, a Ud. tan noble cómo pudo sucederle semejante desgracia? Cuando me dijeron que Ud. era el autor, no lo creí; y si

Ud. mismo no lo hubiese confesado, hasta hoy no lo creyera.

GONZALO—Ay Fermín, un hombre de carácter ardiente e impetuoso, no debe nunca andar a traer armas de ninguna clase; porque hay momentos en que cegados por la indignación, uno es dueño de sí, y obra a impulso de fuerzas extrañas, poderosas, irresistibles.... Cuántas veces mi madre me aconsejó que procure reprimir la impetuosidad de mi carácter; que no ande a llevar armas de ninguna clase.... Ah!, si supiéramos oír los consejos de las madres, de seguro, no habría crímenes ni desgracias.

CARCELERO—Pero lo que con Ud. hacen, es una injusticia. Acaso Ud. es un criminal empedernido para que lo tengan siempre aherrado, le prohiban toda comunicación y hasta le impidan que salga de su celda? Ud. no es más que una víctima de la violencia de su carácter. Deben tomar en cuenta que Ud. antes de su desgracia, jamás dió mala nota de su conducta; al contrario, en todo caso se manifestó noble y honrado.

GONZALO—(Con despecho) Imposibilitarme para el trabajo con estos grillos en las manos.... Es el mayor castigo que han podido darme; porque yo trabajaría en mi oficio aquí, para ganar el sustento de mi madre; y así trabajando, disciparía un tanto mi tristeza. Cuando uno se ha criado trabajando, se llega a connaturalizar con el trabajo, tanto que forma parte de la vida misma.

CARCELERO—Esta gente es inhumana, no tiene consideración ninguna. En tres años que estoy empleado aquí, he visto injusticias increíbles. A un magante, por criminal que sea, se le presta toda clase de consideraciones; se le rodea de todas las comodidades; y todos, aquí dentro, estamos encargados de servirlo; mientras afuera, los jueces, se encargan de sacarlo libre. Sin ir muy lejos: hace cinco o seis meses, vino aquí un gran señor, por haber dado muerte a un sirviente suyo, porque éste había tenido la osadía de levantarle la voz....

GONZALO—Ah!, sí: ya sé de quien se trata.

CARCELERO—En mi escaso criterio, me parece que matar a un sirviente, es lo mismo que matar a un magnate. Ambos son hombres. Ambos tienen igual derecho a la vida; y más todavía el sirviente, porque la vida de él, es la vida de su familia: mientras que la familia del magnate tiene lo suficiente para vivir.

GONZALO—Así es, Fermín.

CARCELERO—Pero volviendo al caso que le estuve refiriendo, el tal señor, pasaba aquí tan tranquilo, como si hubiera matado a un perro. El día entero pasaba con sus amigos, charlando, fumando, y hasta bebiendo. Aquí todos tenemos consigna de obedecerle y respetarle. A los pocos meses, salió libre, completamente libre.

GONZALO—Qué injusticia!

CARCELERO—A ese ocioso, que no empleaba sus manos sino para hacer males, por qué no le ponían grillos; en tanto que a Ud. que quiere, que necesita trabajar, le imposibilitan con esas cadenas. Ay señor. En estos tres años que llevo de estar aquí, me he vuelto viejo por la cólera que me causan las injusticias que se cometen. Con los pobres, con los infelices, se estrellan las leyes, los jueces, los agentes de policía, y todos. A un pobre indio a quien se le acusaba de haber robado un buey a su patrón, lo tuvieron aquí más de dos años; unas ocho veces más de lo que estuvo el señor que había matado a su sirviente.

GONZALO—Ay!, mi madre, mi pobre madre, qué será de ella?

CARCELERO—Pronto se mejorará y vendrá a verlo. (Buscándose en los bolsillos). No he tenido ni un cigarrillo para obsequiarle. Voy a comprar al frente.

Ya regreso. (Sale)

ESCENA II

GONZALO (SOLO)

GONZALO—Dios mío, la imagen de Gloria me per-

sigue como una obsesión. Mientras más imposible es para mí, la amo con más fervor. Que ya no corre riesgo su vida....(Con vehemencia). Yo no sé....

ESCOENA III

GONZALO Y JORGE

JORGE—(Entra y se arroja a abrazar a Gonzalo). Gonzalo!

GONZALO—Pero, cómo así has podido entrar?

JORGE—En este momento, pasaba por aquí y le preguntaba por tí al carcelero. El me dijo que si quería, podía entrar a verte por unos pocos minutos, porque el Oficial de Guardia, está sumamente ocupado. Yo que tanto he deseado visitarte, no quise perder esta oportunidad.

GONZALO—Gracias Jorge, tú has sido siempre mi buen amigo.

ESCENA IV

LOS MISMOS Y EL CARCELERO

CARCELERO—(Entrando). Aquí traigo unos cigarrillos para que fume. (Acercándose a quitarle las cadenas). Voy a dejarle libre siquiera la una mano para que pueda fumar.

JORGE—(Mientras el Carcelero quita las cadenas a Gonzalo, saca de su bolsillo un cigarrillo, lo prende y le da a Gonzalo). Toma, fuma Gonzalo.

GONZALO—(Recibiendo el cigarrillo). Gracias, gracias Jorge.

JORGE—Sabías ya la noticia de que Gloria está fuera de peligro?

GONZALO—Sí, me lo contó hace un momento Fermín. No sé lo que siento al saberlo. Siento alegría, pero una alegría siniestra. Siento dolor, pero un dolor que me alegra. Siento amor, pero un amor desesperado; con toda la vehemencia de lo imposible. Sí, ella se mejora, y para qué: para despreciarme, para

burlarse del criminal que quiso matarla y que no pudo.

JORGE—Pero ella de seguro se habrá dado cuenta que tu intención no era matarla a ella, sino a tu supuesto rival. Por otra parte, el hecho de que ella no haya muerto, atenuará el rigor de la justicia.

GONZALO—Esto poco me importa: si muere mi madre, esta vida para nada la necesito.

JORGE—No seas tan pesimista: eres joven; tienes energías y capacidades. Aún puedes rehacer tu vida,

GONZALO—Mi vida .., sin mi madre, sin Gloria. no tendría razón de ser.

CARCELERO—Señor Jorge, sálgase usted rapidito, que ahí viene el Oficial de Guardia.

JORGE—(Despidiéndose rápidamente de Gonzalo). Que pases bien. No conviene que me vean. (Sale)

GONZALO—Gracias Jorge.

CARCELERO—(Asustado). Entrese a la celda señor Gonzalo.

ESCENA V

GONZALO, EL OFICIAL Y EL CARCELERO

OFICIAL—(Entra muy disgustado). Carcelero, con qué derecho ha sacado usted a ese criminal?

CARCELERO—Señor Oficial, este señor se moría de frío: estaba encalambrado: me suplicó que le sacara un momento al sol. Yo he accedido por humanidad.

OFICIAL—(Colérico). Qué me viene usted con zoquetadas. Qué humanidad ni qué humanidad. Hay que atender ante todo al Reglamento, y éste, prohíbe terminantemente toda clase de consideraciones para estos criminales peligrosos.

GONZALO—(Con indignación). Señor Oficial.

OFICIAL—(Con desprecio). No hablo contigo miserable, me degradaría.....

GONZALO—(Con indignación y aparte). Oh!, si no fuera porque este malvado ha de impedir la entrada de mi madre.....

OFICIAL—No se contenta con que se le haga entrar a todas horas a esa vieja quejumbrosa de su madre....

GONZALO—(Se acerca furioso y le da un bofetón en la boca). Silencio!, canalla. (Le da otro golpe y le vuela la gorra). Te has de descubrir para nombrar a mi madre

OFICIAL—(Colérico desenvaina su espada y se arroja amenazante). Miserable!, se ha atrevido a pegarme.

CARCELERO—(Deteniéndolo al Oficial por la fuerza). Mi teniente, yo no permitiré que usted mate a un indefenso.

GONZALO—(Impacible). Déjalo, tiene envainado su valor. Que agradezca que no estoy libre de estas cadenas (señalando las de los pies) que de lo contrario, lo habría aplastado como a un reptil.

OFICIAL—Eres un criminal consumado. Felizmente está dictada tu sentencia. Te mandan a Galápagos como al peor de los criminales. Hoy recibí órdenes de arreglar todo para tu marcha. Pues te irás hoy mismo. (Sale resueltamente)

ESCENA VI

GONZALO Y CARCELERO

GONZALO—Siento por tí. De seguro te harán responsable de lo que hoy ha sucedido.

CARCELERO—Usted hizo muy bien, señor Gonzalo, de hacerle entender a ese canalla.

GONZALO—Ponme los grillos en las manos y enciérrame. Ya mismo deben venir alarmados los jefes.

CARCELERO—(Colocándole los grillos). Yo no nací para verdugo. Pronto dejaré este odioso cargo. Yo haré conocer a las autoridades, la maldad con que ese ocoarde lo ha tratado a Ud.

GONZALO—Eres pobre: tu testimonio de nada valdrá.

CARCELERO—(Hace entrar a Gonzalo a la celda)



cierra la puerta). Bien dicen: «Del árbol caído, todos hacen leña».

ESCENA VII

CARCELERO Y LUCIANA

LUCIANA—(Entrando). Qué fue la *algazá*, ñor Fermín?

CARCELERO—Ay!, Luciana, el pobre señor Gonzalo está arruinado. Ese canalla del Teniente Espinel, insultó sin motivo a la madre del señor Gonzalo, y él que le quiere tanto, no pudo reprimir su justa indignación, se arrojó sobre él y lo abofeteó.

LUCIANA—Qué bien ha hecho el *señó* Gonzalo; *pue* yo en su *luga*, le habría *horcao* como a un perro.

CARCELERO—Hoy ha salido la sentencia del pobre señor Gonzalo. Se la comunicó el mismo Teniente: lo mandan a Galápagos.

LUCIANA—Qué *atrocidad*, pobre *señó*.

CARCELERO—Y de seguro redoblarán el tiempo de la condena, por haber faltado hoy el señor Gonzalo a la autoridad.

LUCIANA—Qué *autoridad* ni qué *autoridad*. Si la persona que manda, es justa y buena, hay que *respetá*; de lo contrario, váyase al diablo con su *autoridad*. Y *pa* cuánto tiempo lo mandan a *esos Galápagos* que dicen.

CARCELERO—Iba para diez años; pero ahora con lo sucedido, con el Teniente Espinel, de seguro le aplicarán el máximo, o sea 16 años.

LUCIANA—Pobre *señó*, ni tanto ha de *viví*.

CARCELERO—Y lo más sensible es que la madre del señor Gonzalo está a las últimas. Los médicos dicen que tiene un aplanamiento al corazón: que morirá sin remedio.

LUCIANA—Qué caso tan *atró*. Pero ese pobre *señó* Gonzalo, siempre tan *apenao*, ni siquiera ha *matao* a esa señorita; yo en cambio, le dejé de *contao* a mi moreno y *eloy* contenta: ni *pa mí* ni *pa naide*. Quiere que le cuente cómo *jus* el caso?

CARCELERO—Bueno aunque ahora estoy preocupado por lo sucedido con el señor Gonzalo.

LUCIANA—Pues sabrá don *Juermín*, yo tenía un moreno muy *huapo* que se llamaba *Telesfro*, a quien quería como a la vida. *Pue llevábamo de quererno má* de un año. *Depué* de un tiempo, *señó*, empezó a *portá* desdeñoso y yo a *sufri y sufrí*. Cuando un día me contaron que *Telesfro* andaba *enredao* en no sé que *amorío* con la Josefa. Me fajé mi puñal y me *juí* resuelta, siguiendo el *ratro*. Mi moreno llegó al cañaberal de patrón Sebastián, y *hay* se plantó, y silba y silba. A poco rato, asomó la Josefa muy *empendujaa* y muy zalamera. Se acercaron los *do* y se abrazaron; yo salí hecha una fiera por la rabia. La Josefa echó a *corré*, mientras el *Telesfro* se encaraba conmigo. *Entonces*, yo sin darle tiempo, me arrojé sobre él y le enterré mi puñal, hasta el cabo, en su corazón *traidó*. A poco asomaron las familias del *Telesfro* y me acarriaron aquí. Pero no me duele: *pue* que si reviviera, lo volvería a *matá*.

CARCELERO—Y si no se corría la Josefa, te endeudabas en ella también?

LUCIANA—*Pue* si la cogía, le regaba la *tripa*.

CARCELERO—Y habiendo querido tanto a tu moreno, no te da pena de él?

LUCIANA—*Pue* a ratos me acuerdo de su zalamería y me hace no sé qué el corazón. Pero al *mimo* tiempo, me acuerdo de su engaño y me hierve la sangre de coraje. Ay!, don *Jermín*, lo moreno *sabimos* *queré* con toda la *fuersza*; pero no *soportamo* que nos *engañe*. Pero volviendo al pobre *señó* Gonzalo, lo llevarán hoy *mimo*?

CARCELERO—Seguro; en lo terrible que es el Teniente Espinel: ha de querer cuanto antes, el placer de vengarse.

LUCIANA—*Malvaos*, dar de *comé* a los pobres *preso* no saben; pero *pa atormentá* si *que la valen*. El día que quieren dan un *bocao*, y si nó hacen *ayuná*. Si a mí no me mandara que *comé* *mis familia*, ya me *viera* muerto de hambre.

CARCELERO—Pobre señor Gonzalo!

LUCIANA—Oiga *ñor Jermín* si ni siquiera ha muerto la señorita, por qué le ponen al pobre *señó* tanta cadena y le tratan con tanta *crueldá*?

CARCELERO—Porque es un pobre, porque no tiene con qué pagar a los jueces para que le defiendan.

LUCIANA—Yo también soy pobre, pero a mí no me ponen cadena.

CARCELERO—Es que el papá de la señorita a quien el señor Gonzalo escapó de matar, es un gamonal de mucho influjo y de mucho dinero. El es quien ha trabajado hasta conseguir que lo manden a Galápagos, temiendo que su hija pueda acordarse de él.

LUCIANA—Así ha de *se*, o *di* no a mí tan me mandarán.

CARCELERO—La ley no faculta para mandar a Galápagos en estos casos; pero cuando les conviene, la Ley es sagrada; y cuando no, no se hace caso de ella.

LUCIANA—Y qué hará en esto la querida del *señó*?

CARCELERO—Qué puede hacer la pobre, aun cuando estuviera muriéndose por él.

LUCIANA—*Pue* yo en su *lugá*, le hubiera *rogao* a mi *taitico*, que no haga *na* contra él; porque al fin y al cabo la *hería* de ella es en el cuerpo, y esas se curan y se puede *perdoná*; pero la mía fue en el corazón y *esa* si que no se curan, ni se puede perdoná.

CARCELERO—Pobre viejita, de seguro morirá en el momento en que sepa que lo han llevado a su hijo.

LUCIANA—Pero, quién tendrá *való pa* avisarle?

CARCELERO—No creas Luciana: hay gente para todo; y sobre todo para dar malas noticias: parecen que se complacen en ello. Hoy sabrá todo el pueblo. La sentencia se ha publicado en los periódicos.

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y EL OFICIAL

OFICIAL—(Entrando). Carcelero, dispón lo necesario para que puedan conducir a ese malvado al lugar

de su confinio. Después de pocos minutos, estará aquí la escolta que debe conducirlo.

CARCELERO—Está bien, mi teniente. (Sale)

ESCOENA IX

LUCIANA Y EL OFICIAL

OFICIAL—Pues no se falta al respeto impunemente a una autoridad.

LUCIANA—(Colérica). *Pue* no se insulta tampoco sin motivo, a una madre anciana. O *e* que *uté* no respeta siquiera a su madre?

OFICIAL—(Colérico). Silencio negra atrevida. Como tú eres una criminal como él, por eso lo defiendes.

LUCIANA—Criminal, sí, pero a descubierta; no como Uds. que cometen *lo crímenes encerrados* entre cuatro paredes.

OFICIAL—(Acercándose amenazante). Callarás mullata infernal!

LUCIANA—(Encarándose). *cuidao*, que yo le arañó *señó* Oficial. *Pue* siempre las *verdades* son amargas.

OFICIAL—(Desenvainando su espada y acercándose amenazante, a Luciana). Silencio o no respondo de mí.

LUCIANA—(Sacando un puñal que llevaba en la cintura y levantándolo en son de amenaza). Acérote *pa cá* adefesio, y verás cómo te bato *las tripa* con este puñal.

OFICIAL—(Retrocediendo). Esta criminal es capaz de todo.

LUCIANA—(Burlándose). Así son *esto mandones*: Con *los indefenso* se vuelven *gatos bravo*; pero cuando hay quien les pare, *se ponen mansito*.

OFICIAL—(Fuera de sí por la cólera). Aguárdate miserable; pronto te arrepentirás de tu atrevimiento.

LUCIANA—Me río de su cobardía. (Saliendo). *Por Dio* que este *condenao* me las paga.

ESCENA X

GONZALO, OFICIAL, CARCELERO Y UNA ESCOLTA

(Entra el Carcelero conduciendo a Gonzalo, y detrás, la Escolta)

CARCELERO—Ya está aquí el preso señor Oficial.

OFICIAL—(Dirigiéndose a Gonzalo). Miserable!, vas a pagar tus crímenes como mereces. (Dirigiéndose al Carcelero). Sácale los grillos de los pies, para que puedan conducirlo. (Sale)

CARCELERO—Está bien. (Se inclina y sigue desaherrojando a Gonzalo)

ESCENA XI

LOS MISMOS, INES Y LUCIANA

INES—(Aparece pálida y demacrada. Tiene el cabello completamente blanco. Entra apoyada en Luciana, andando con mucha dificultad. Al ver a su hijo se arroja a abrazarlo, fuera de sí). Gonzalo!!, hijo mío!!

GONZALO—(Haciendo esfuerzos para arrancar las cadenas de las manos, para abrazar a su madre). Madre de mi alma!!

INES—(Con la voz entrecortada). Yo estaba mal, pero supe que te llevaban y vine a entregarte mi alma, (besándolo en la frente), en mi último beso!!
(Cae exánime en los brazos de Luciana).

LUCIANA—(Llorando). Ha muerto!!

GONZALO—(Cayendo de rodillas junto a su madre). Madre!!

(Telón rápido)

F I N

A TRAVES DE LAS ZARZAS

DRAMA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE:

ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA

PERSONAJES:

<i>Arturo, hijo de Magdalena.....</i>	<i>23 años</i>
<i>Magdalena, madre de Arturo y de Ligia</i>	<i>45 "</i>
<i>Ligia</i>	<i>18 "</i>
<i>Margot, novia de Arturo.....</i>	<i>20 "</i>
<i>Luis, hermano de Magdalena.....</i>	<i>60 "</i>
<i>Esther, sirviente de Luis.....</i>	<i>25 "</i>
<i>Carlos, universitario, amigo de Arturo</i>	
<i>Antbal " " " "</i>	
<i>Oscar " " " "</i>	
<i>Olmedo " " " "</i>	
<i>Dr. Fernando Cortés, Juez del Crimen</i>	
<i>Dr. Ismael Gutiérrez, Agente Fiscal</i>	
<i>Dr. Ignacio Pesantes, Defensor</i>	
<i>Dr. Alberto Villegas, Miembro del Tribunal del Crimen</i>	
<i>Dr. Fermín Morlás, " " " "</i>	
<i>Dr. Agustín Avilés, " " " "</i>	
<i>Vidal, sirviente de Luis</i>	
<i>Un gendarme</i>	
<i>Un grupo de universitarios y varias personas más que for-</i>	
<i>marán la barra.</i>	

ACTO PRIMERO

ESCENARIO: una salita modesta, donde se verá una máquina de coser, una mesa con papeles y libros, un sofá y algunas sillas.

ESCENA I

MAGDALENA Y SU HIJA

(Aparecen pobremente vestidas: Magda, zurciendo unas medias de hombre, y Ligia, cosiendo en la máquina, una prenda de vestir).

LIGIA—(Después de coser un momento, se levanta, se acerca a su madre y le retira suavemente la media que ella está cosiendo). Deja mamá, hoy por la noche, me daré tiempo para arreglar la ropa de Arturo. Tu vista está bastante mala. Tienes que hacer mucho esfuerzo para coser y esto te empeora.

MAGDA—Es verdad, hija mía, desde la trágica desaparición de tu padre, he llorado tanto....., y esto me ha echado a perder la vista.

LIGIA—Además, has trabajado demasiado: yo recuerdo que había noches en las cuales no dormías un solo momento.

MAGDA—Y si así no hubiera hecho, cómo crees que hubiese podido atender a la subsistencia y a la educación de Uds?

LIGIA—Dices bien, madre mía, cuánto te debemos!

MAGDA—Deberme?, nó, hija mía: no he hecho sino cumplir con mi deber. (Coge otra vez la media para zurcir).

LIGIA—(Retirándole con dulzura). No consentiré: los ojos los tienes muy irritados.

MAGDA—(Con tristeza). Ligia, no sabes cuánto sufro al verte trabajar sin descanso, de día y de noche y sin poder ayudarte.

LIGIA—Haces mal, mamá: yo soy joven, tengo energías. Trabajo para ayudar a Arturo en su educación y, la satisfacción inmensa que siento cuando pienso en esto, es mi mejor recompensa. Además, Arturo compensa mis desvelos, con cariñosa solicitud.

MAGDA—Tu hermano sería un ingrato si así no hiciera. Pero te estoy quitando tiempo con mi conversación.

LIGIA—Mientras hago estas bastillas, podemos conversar: así no nos impedirá el ruido de la máquina.

MAGDA—Volviendo a Arturo, a mí me tiene muy inquieta el alejamiento moral que noto entre él y mi hermano. Uds. deben tener gratitud para con tu tío: nos ha dado asilo en su casa; y más aún, nos brinda a todos nosotros la subsistencia.

LIGIA—Mi tío Luis es millonario; no tiene hijos: no hace mucho con socorrernos en esta forma. Esto debe hacer hasta por conciencia, porque, según dice Arturo, mi tío se ha llevado él sólo la herencia de tu madre: te ha perjudicado a tí y, por consiguiente, a nosotros.

MAGDA—(Como abrumada bajo el peso de la verdad). Es verdad.....como yo le he contado siempre, me casé a disgusto de mis padres, por lo que he vivido lejos de ellos. En la época fatal en que murió mi madre, nosotros vivíamos en Riobamba; a mí, no sólo que no se me comunicó su enfermedad, sino que procuraron ocultármela. Cuando mi madre se hallaba cercana a la muerte, a Luis, el único hijo soltero que vivía con ella, le hizo escritura de venta de la casa y la hacienda que poseíamos.

LIGIA—(Exaltada) Oh!, pero esto es una injusticia.

MAGDA—(Nerviosa) Calla, calla hija mía, al fin y al cabo, Luis está reparando el daño que nos ocasionó: nos da la casa y la comida.

LIGIA—Pero si tiene obligación, por qué nos da en forma de caridad, en esta forma de limosna que tanto nos humilla? Por qué se cree con tanta autoridad sobre nosotros y nos trata con tanto despotismo?

MAGDA—Ay!, hija mía, es necesario resignarse; porque si bien es cierto que moralmente, tu tío tiene obligación estricta de apoyarnos, ante la Ley no tiene ninguna. El rato que él quiera puede quitarnos el apoyo que nos da actualmente, y nosotros, no tenemos ningún derecho legal para reclamarle.

LIGIA—Por qué no reclamaste a tiempo, ante los Tribunales de Justicia?

MAGDA—(Con desesperación). Ay! Ligia, la justicia no se hizo para los débiles, para los infelices. La Justicia sólo ampara a los fuertes. Reclamé en nombre de los derechos legales que me asistían, en nombre de la humanidad, en nombre de la Justicia... pero nada: todo fue en en vano. Los Tribunales de Justicia confirmaron la legalidad absoluta de los Derechos de Luis sobre las propiedades de mi madre.

LIGIA—Pero no tenían todos el convencimiento de que tu hermano no tenía dinero para hacer esa compra y de que tu madre le hizo la escritura en un estado talvez de inconciencia?

MAGDA—Todos, todos tenían este convencimiento; pero la Ley amparaba a mi hermano.

LIGIA—Pero, cómo pueden las leyes amparar injusticias como ésta?

ESCENA II

LAS MISMAS Y ESTER

ESTER—(Desde la puerta). Dice el patrón que cierran las ventanas porque el sol está fuerte, entra al cuarto y quita el color del papel tapiz.

LIGIA—Pero es de demasiado. Derrepente nos va a prohibir que respiremos por temor a que se gaste mucho aire.

ESTER—No sé Yo digo lo que me mandan. (Sale)

MAGDA—Calla Ligia, creo que viene tu tío.

ESCENA III

MAGDALENA, LIGIA Y ARTURO

ARTURO—(Entra muy alegre). Buenas tardes, ma-

má. Qué tal Ligia?

MAGDA—Cómo te va, hijito?

LIGIA—Qué hay negro? Qué pronto has salido hoy de la Universidad.

ARTURO—Pero si son cerca de las cinco.

LIGIA—No digas, pero, sino he cosido nada en esta tarde....

ARTURO—(Riéndose) A quién conversas? Si te comprendo: dices esto porque no te moleste y te deje coser a gusto (Fingiéndose seriedad). A ver señorita, yo soy el jefe de la casa: mando o no mando? Desde ahora, le prohibo terminantemente que cosa por las noches.

LIGIA—Pero si tengo obras de compromiso....

MAGDA—(Complacida) Haces bien de prohibirle, hijo mío. A mí no me hace caso. Haz valer tus derechos. Impónle.

ARTURO—(Se acerca a Ligia y la quita de la máquina, por la fuerza) Por lo pronto basta de costuras. Van a oír declamar una linda poesía que vengo aprendiendo.

LIGIA—(Burlándose). Tuya ha de ser; por eso la alabas.

MAGDA—No sabía que eras poeta.

LIGIA—(Burlándose). Poeta, y de esos que hacen llorar a las piedras.

ARTURO—Bueno, basta de bromas y van a oírme. El principio no es muy interesante: voy a declamar únicamente la parte más bonita del poema.

LIGIA—(Riéndose) Es que el principio todavía no has de tener: tú siempre sabes empezar las cosas por los pies.

ARTURO—(Fingiéndose seriedad). Como quiera que sea, van a poner mucha atención, que voy a recitar.

Quiero gritar por todos los que callan ante las injusticias de la vida.

Quiero hacer de mi voz un trueno horrendo
que haga temblar a todos los que oprimen.

Cuántos gritos se ahogan en el pecho!
Cuántas lágrimas se hielan en el alma;
por eso quiero estallar en un rugido
de protesta, de indignación y rebeldía.

En cambio, para el triste, para el débil,
para el que le deparó la suerte impía,
hondos pesares, calcinante acobar,
quiero tener efluvios de ternura,
quiero tener arrullos de paloma.

Yo no canto con reglas literarias.
Jamás me ciño a las fórmulas humanas:
la exhalación que brota de mi pecho
se lanza rauda a fundirse en lo infinito,
sin esperar medidas, que son valles.

(Durante la recitación, Magdalena y Ligia se en-
jugan disimuladamente los ojos).

LIGIA — Muy bien!

ARTURO — (Sorprendido). Pero lloran Uds?; no
creí entristecerlas ...

MAGDA — Arturo, no me gusta ver en tí esos arran-
ques de rebeldía; cada vez que te oigo expresar de
esa manera, me acuerdo de tu padre y tengo no sé
que tristes presentimientos.

ARTURO — (Bromeando). Vaya, Uds. también van a
portarse egófstas como todo el mundo: digan que mis
versos les ha llegado al alma y no quieran disfrazar
las cosas.

MAGDA — No lo niego; aunque no entiendo mucho
de poesía, me parecen hermosos tus versos.

LIGIA — Si te dedicas, llegarás a ser un buen
poeta.

ARTURO — (Riéndose). No es para tanto, no es pa-
ra tanto. (Coge una guitarra y principia a glosar).
Voy a reparar el mal rato que les he dado. (Canta
muy alegre).

Oh! qué alegre es la vida
cuando uno, está de farra
y empiezan a preludiar
los ecos de una guitarra.

(Sigue glosando, silba, zapatea, y grita). Viva el
gustol viva la farra!

LIGIA—(Riendo). Calla negro loco.

MAGDA—Van a creer los vecinos que estamos en
farra.

ARTURO—Viva mi pareja! Viven los que bailan!
Viva la dueño de casa!

ESCENA IV

LAS MISMAS Y ESTER

ESTER—(Desde la Puerta). Dice mi patrón que no
pisen tan duro, que van a quebrar los entablados.

MAGDA—Calla por Dios, Arturo, tu tío está ahora
un poco neurótico.

ARTURO—Eso no tiene nada de particular: lo ra
ro sería que no lo esté. (Bostezando). Ay! mamá,
tengo una hambre que me da al cogote: soy capaz de
comerme esta vida y la otra.

ESTER—Qué ha de haber nada a estas horas?
(Sale).

MAGDA—Voy a ver si hay café. (Sale).

ESCENA V

LIGIA Y ARTURO

ARTURO—(Sentándose junto a su hermana) Mira
nena tengo que hablarte sobre unos asuntos muy
serios.

LIGIA—De veraz?

ARTURO—He notado que hace algunos días, el ca-
dete Rivera frecuenta mucho por esta calle....(Miran-
do a su hermana) pero, por qué coloreas? (Riendo) Qué
chica más tonta ésta. Si yo estoy muy bien informa-

do que de tu parte no hay nada, absolutamente nada. Sólo quiero aprovechar esta ocasión para darte un consejo.

LIGIA—El que gustas, Arturo, ya sabes cuanto respeto yo tus consejos; porque, aunque en apariencia eres loco, en el fondo eres muy circunspecto.

ARTURO—(Riéndose) Gracias, gracias niña, por la galantería. (Con seriedad) Oyeme Ligia, el cadete Rivera es un chico guapo y simpático y no me extraña que haya despertado tus simpatías.

LIGIA—(Asustada) pero quién te ha dicho eso?

ARTURO—(Riéndose) Yo lo sé: soy un gran psicólogo y por consiguiente no se me escapa nada de lo que pasa por tí.

LIGIA—Tú siempre con tus psicologías.

ARTURO—(Con seriedad) Es muy natural digo, que sientas simpatías; las simpatías son el principio del amor (mirando a su hermana); pero no se asuste mi hija, que todavía no hay motivo para ello: Ud. no está sino en el principio. Puede un hombre inspirar simpatías a una mujer; pero es necesario no dejarse llevar de los primeros impulsos. Es necesario antes, conocer bien, estudiar bien a la persona que es objeto de esa simpatía para ver si es digna de ella; en este caso, esta simpatía se transforma en amor. El amor debe nacer del concepto noble y elevado que se tenga de la persona

LIGIA—También yo pienso lo mismo del amor.

ARTURO—Tú eres muy buena, Ligia; pero eres una niña que recién empieza a entrar en la vida, y por consiguiente, desconoces por completo la perfidia y la maldad humanas. El porvenir depende de la buena o mala selección que hagamos en nuestros afectos. Si una mujer deposita su cariño en hombre bueno, noble y generoso, le espera un porvenir feliz; de lo contrario, será muy desgraciada. Yo que te quiero a tí más que a mi vida, no me conformaría sabiendo que no eres feliz.

LIGIA—Arturo, habla sin rodeos; ya sabes que

yo estoy siempre dispuesta a ofrte.

ARTURO—(Con resolución). Pues bien, Ligia, desde que comprendí que Alberto Rivera era tu enamorado, me he preocupado de tomar informes sobre sus condiciones personales para ver si es digno de tí....

LIGIA—(Con interés) Y qué has sabido?

ARTURO—(Con resolución). Que es un perverso, un hombre vil y despreciable.

LIGIA—(Sorprendida) De veraz? (Con firmeza). Basta, basta, Arturo, te juro que jamás volveré a mirar a ese hombre.

ARTURO—(Conmovido). Te conozco, Ligia y te creo.

LIGIA—Siguiendo siempre tus consejos, aunque en verdad he sentido por ese hombre una honda simpatía, jamás le he dado la menor manifestación; porque como tú dices, no se debe corresponder nunca a un hombre, antes de conocer sus condiciones.

ARTURO—Sí, Ligia, porque cuando una mujer llega a amar de veraz, es muy difícil que renuncie a ese cariño, aún cuando sepa que el hombre a quien ha entregado su corazón es un malvado. Por eso yo he querido evitar que ames a ese hombre. Pero no hablemos más de esto. Pasemos a otra cosa. He visto que no tienes ya medias para salir a la calle. Ayer saliste con unas muy remendadas.

LIGIA—No importa: yo salgo rara vez.

ARTURO—Pero eso no es justo. Lo poco que ganas, lo inviertes todo en mi persona: ropa, libros...., y de tí no te preocupas

LIGIA—Pero es que tú tienes mayores compromisos, mayores gastos. En la Universidad es necesario presentarse más o menos bien.

(ARTURO—(Sacando del bolsillo un pequeño paquete). Mira Ligia, de lo que tú me das para gastos extraordinarios, he ahorrado algo para comprar esto.... (En este momento, se siente pasos afuera). Me voy. Ya regreso. (Sale)

LIGIA—Pobre Arturo. Qué bueno es!

ESCENA VI

LIGIA Y MARGOT

MAGDA—(Desde la puerta). Siga Margot. (Sale)

MARGOT—(Entrando). Buenas tardes, Ligia.

LIGIA—(Levantándose a recibir a Margot). Ven Margot, pero, qué milagro has venido?

MARGOT—Pero hija, tú trabajas demasiado. Creo que no descansas nunca.

LIGIA—Siéntate, Margot.

MARGOT—(Sentándose). Gracias. Pero no sabían Uds., Arturo ha obtenido el primer premio en el concurso histórico que se llevó a cabo hoy en la Universidad....

LIGIA—(Entusiasmada). Pero, cómo Arturo no nos ha dicho nada.....

MARGOT—De seguro, Arturo quería darles la sorpresa, presentándoles el premio y el acuerdo; pero todavía no ha de haber podido retirar el acuerdo.

LIGIA—Mi pobre hermano, cuántos sacrificios hace por seguir su educación: no tiene un solo libro en propiedad; se ve obligado a recurrir a sus amigos....

MARGOT—Es muy recomendable la constancia de Arturo; pero yo admiro más tu proceder: a tu edad, privarte de toda distracción, y concretarte únicamente a trabajar para apoyar a tu hermano; francamente, es un procedimiento nada común.

LIGIA—Esto no tiene nada de particular....

MARGOT—Mira Ligia, yo vengo con el objeto de invitarte a pasear a «La Florida».

LIGIA—Qué lástima que no pueda aceptar tu invitación: tengo obras de compromiso.

MARGOT—Vamos, Ligia, ya verás qué lindo pasamos. Hay allí un buen baño.

LIGIA—No es posible Margot.

MARGOT—Qué lástima: yo que pensaba pasar contigo.

LIGIA—Cualquier otro día, tendré mucho gusto.

MARGOT—Entonces, dejemos el paseo para el domingo. Te parece?

LIGIA—Gracias, Margot, para el domingo sí, te prometo que iré con el mayor gusto.

MARGOT—Haz el favor de prestarme el nuevo figurín que te ha llegado.

LIGIA—Voy a buscarlo. Por adentro lo tengo. Ya vuelvo.

ESCENA VII

MARGOT Y ARTURO

MARGOT—(Coge una revista de la mesa y se pone a hojear). Pobre Ligia.

ARTURO—(Entrando). Oh!, estabas aquí, Margot? (Cogiéndole las manos con cariño)

MARGOT—Arturo, cuánto te felicito por tu triunfo.

ARTURO—Apenas salí de la Universidad, te fui a buscar para comunicarte; pero no te encontré en tu casa.

MARGOT—Pero crees que hubiera podido permanecer impasible en casa? Me fui donde Elena, al radio a oír el resultado del debate, que sabíamos iban a difundirlo. El momento preciso me puse tan nerviosa, que no podía disimular mi turbación. No puedes imaginarte la emoción que sentí al saber que el primer premio te había sido adjudicado.

ARTURO—(Abrazándola). Gracias, gracias Margot, si algún triunfo ambicioso, es para tí.

MARGOT—(Con entusiasmo) No sabes Arturo, como repercuten tus triunfos en mi alma.

ARTURO—(Con vehemencia). Oh Margot, tú eres mi émulo. A tí te debo todo: por tí estudio, por tí lucho, por tí trabajo, porque quiero ser digno de tí. Sólo para ponerlo bajo tus plantas, ambicioso alcanzar los laureles del triunfo. Con una sola palabra tuya, con una sola palabra de amor, me creo bien recompensado. Sin tu amor, para qué la gloria? Tú eres mi Norte y seguirás siéndolo siempre, no es verdad, Margot?

MARGOT—Siempre, siempre Arturo mío.

ARTURO—No sabes cuánto te quieren Ligia y mi madre.

MARGOT—Oh!, yo también las quiero inmensamente.

ARTURO—Qué felices seremos, Margot, cuando podamos realizar nuestro matrimonio. Verdad que viviremos todos juntos?

MARGOT—Sería una ingratitud abandonarlas: Tu madre es muy buena, Ligia es un ángel.

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y LIGIA

LIGIA—(Entrando). Perdona, Margot, que te haya hecho esperar. Aquí tienes el figurín. (Entregándole)

MARGOT—No te preocupes. Estaba con Arturo.

LIGIA—(Bromeando). Entonces, perdona que haya venido tan pronto.

MARGOT—(Riéndolo). Por qué? (Levantándose) Ahora si me voy, me he estado bastante. (Despidiéndose). Hasta luego Ligia. Con que quedamos para el domingo, no? Hasta luego Arturo.

ARTURO—(Acompañándola hasta la puerta) A las siete irá

MARGOT—Te espero. (Sale)

ESCENA IX

LIGIA Y ARTURO

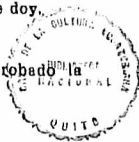
LIGIA—Ahora si, negro, veamos qué es lo que me dabas. (Abriendo el paquete y cogiendo unas medias). Pero para qué te has molestado?

ARTURO—Es tan insignificante lo que te doy.

LIGIA—En cuánto compraste?

ARTURO—En diez sucres.

LIGIA—Qué negro tan tonto. Te han robado la plata; si sólo cuestan siete sucres.



ARTURO—Bueno, qué vamos hacer....

LIGIA—Pero tengo que cobrarte una cosa.

ARTURO—Qué?

LIGIA—Sé que me ocultas muchas de tus necesidades.

ARTURO—Es que me da pena ver como te sacrificas por mí. Son tantos los gastos de la Universidad, que a veces tengo ganas de retirarme y buscar algún empleo.

LIGIA—Qué dices, retirarte, cuando ya no te falta sino un año?

ARTURO—Es que tú trabajas demasiado y veo que tu salud se está quebrantando.

LIGIA—Son aprensiones tuyas, Arturo, yo me siento bien.

ESCENA X

LOS MISMOS Y ESTER

ESTER—(Entrando). Señor Arturo, dice su mamá que venga a tomar el café.

ARTURO—(Burlándose). Niño Arturito has de decir.

LIGIA—No le hagas caso a este loco.

ESTER—(Riendo). Venga pronto que se le enfría el café. No dice que le gusta que esté echando chispas. (Sale y luego regresa)

LIGIA—Anda, anda pronto Arturo.

ARTURO—Ya vuelvo. (Sale)

ESTER—(Regresando). Señorita Ligia, le busca la lavandera

LIGIA—Ya voy. (Sale)

ESCENA XI

LUIS Y ESTER

LUIS—(Entra malhumorado, por una puerta distinta de la que sale Ligia). Arturo, Arturo, (mirando

al suelo) ese energúmeno ya me ha de haber partido unas tantas tablas. (Sale a la puerta y llama) Ester, Ester.

ESTER—(Entrando) Me llamaba patrón?

LUIS—Qué es de Arturo?

ESTER—Ahorita entró a tomar el café

LUIS—(Disgustado) Con que, toma café entre día, ahora que está tan caro. Cuando yo no tomo....

ESTER—Es que la señorita Ligia, compra aparte el café para darle al señor Arturo.

LUIS—Con que esos lujos se gastan y todavía se quejan de pobreza. El gasto en esta casa es una barbaridad. A este paso voy a arruinarme.

ESTER—(Aparte) Razón: el pobrecito no tiene sino cinco millones de sucres. Señor Luisito, los dos mil quintales de papas que trajeron de la hacienda «El Castillo» no va a empezar a vender ya: algunas personas me están preguntando.

LUIS—No todavía. Es necesario esperar un poco. Dican que va haber escasez. Después de unos días, se pondrá a ocho cincuenta la arroba, y entonces se venderá con alguna cuenta. (Se acerca a una mesa y registra algunos papeles).

ESTER—(Aparte) Ay! Jesús, a once cincuenta la arroba. Pobre gente, y tendrá que comprar al precio que a los enhacendados les dó la gana.

LUIS—La leche de la hacienda «La Primavera», ha disminuído enormemente: apenas vienen ciento cincuenta litros diarios. Es necesario también disminuir el gasto diario de la casa: se gastaba litro diario; pues desde ahora, se gastará sólo medio litro.

ESTER—Pero entonces, patrón, necesito que me dé un gotero.

LUIS—Para qué?

ESTER—Para repartir la leche. Cómo voy a enterme con medio litro de leche para cinco personas?

LUIS—Todo está en saber distribuir bien las cosas: de repartir la leche por gramos.

ESTER—(Asustada) Por granos dice? Pero señor, cómo la hago granos la leche? Distinto es los porotos o las habas; pero en cuanto a la leche, usted me pone en un conflicto tremendo. Cómo la hago granos?

LUIS—No seas imbécil, por gramos te digo. Ya te explicaré. Pues desde mañana, el litro de leche lo venderemos a noventa centavos.

ESTER—(Sorprendida) Ay! señor, pobre gente: muchas personas tendrán que privarse de la leche.

LUIS—Por qué van a privarse? El pueblo tiene plata: los artesanos ganan bastante; ahora los empleados, ni se diga.

ESTER—Los empleados mandones, tal vez; pero lo que es los demás, yo veo a las familias que andan, fía por un lado, fía por otro.

LUIS—A mí que me dieran una renta siquiera de unos doscientos sucresitos...

ESTER—Pero señor, dónde pusiera la renta? Si de sus haciendas no mas le entran más de cuatrocientos diarios

LUIS—(Colérico) Atrevida! Quién te ha dicho esto?, cómo lo sabes?

ESTER—(Recelosa) Yo le oí decir al señor Arturo.

LUIS—(Violento) Con que ese tunante se ocupa en hacerme cuentas a mí? Voy a buscarlo. (Sale)

ESCENA XII

LIGIA Y ESTER

LIGIA—(Entra por una puerta distinta de la que salió Luis) Qué haces, Ester?

ESTER—El patrón me cogió aquí para darme órdenes, sobre lo que él dice, la economía de la casa.

LIGIA—Pero, cabe más economía de allí: mi tío es un avaro.

ESTER—Ay señorita Ligia, ahora me ha de considerar, cuánto habré sufrido yo pobre con el patrón. Creen que las cocineras de los ricos pasamos buena

vida. Pero como dicen: «no todo lo que brilla es oro». Ay!, y sobre el hambre de todos los días, las palizas que he llevado!... Pero así hay madres que regalan a sus hijos, miserablemente; tal vez por un poco de dinero.

LIGIA—De veraz, debía haber algún fuerte castigo para esas madres inhumanas que venden a sus hijos.

ESTER—Ay!, pero ya viene el patrón. (Sale apresuradamente).

ESCENA XIII

LIGIA Y LUIS

LIGIA—(Arreglando unos libros que están sobre la mesa) Siga usted tío.

LUIS—(Muy adusto) Ligis, qué es de ese tunante?

LIGIA—De cuál, señor?

LUIS—De tu hermano. Oreo que está perdiendo el juicio. Qué hacía enantes que ya me derrumbaba la casa? Oh!, las tales enseñanzas modernas, como echan a perder a los muchachos.

LIGIA—Pero tío, si nada malo hace Arturo: sus travesuras son inofensivas. Su carácter es así: jovial, expansivo.

LUIS—Tú que dices querer tanto a tu hermano, no te desesperas al ver cómo se pervierte en estos establecimientos impíos, en donde se hace guerra viva a la moral, a la religión y a todo lo santo? No sabes las barbaridades que ha dicho tu hermano, en el tal debate de esta tarde?

LIGIA—Yo sé que Arturo es bueno y esto me basta.

LUIS—(Indignado). Ah!, con que tú defiendes las herejías dichas por tu hermano, sólo por salir abante? Qué bien has aprovechado las lecciones de ese impío.

LIGIA—Ojalá todas las lecciones fueran tan eficaces como las que sabe dar Arturo.

LUIS—(Colérico) Qué dices imbécil, qué lecciones buenas va a dar un hombre criado sin Dios ni ley; pri-

mero en esas escuelas laicas, después en esos colegios ateos, y luego en esas universidades que no se cómo calificarlas.

LIGIA—(Con firmeza). Tfo, creo que usted juzga con mucha pasión, la enseñanza laica. Si bien es cierto, que es independiente de toda religión, pero ella propugna los más altos conceptos de moral y de dignidad humanas.

LUIS—(Alarmado). Basta, basta, infeliz!, no reparas que estás diciendo herejías y que esto va a traer la maldición del Cielo, sobre mi casa? Vas a sacarme de juicio. Me voy. Dí a ese tunante, que me espere: que necesito hablarle. (Sale)

ESCENA XIV

LIGIA Y ARTURO

LIGIA—(Con despecho). Y tener que soportar tantas impertinencias y groserías. (Se sienta a la máquina y sigue cosiendo)

ARTURO—(Entra comiendo un pan) Mira Ligia, qué bien ha premiado mamá mi poema: me dio el café con tres panes.

LIGIA—Oye, Arturo, mi tfo está ahora con un humor insoportable. Dice que quiere hablar contigo. Yo te suplico que tengas prudencia.

ARTURO—(Riendo). No tengas cuidado; yo le sacaré un buen lance.

LIGIA—Todo lo llevas a la broma.

ESCENA XV

LIGIA, ARTURO Y LUIS

LUIS—(Entra muy disgustado y se dirige a Arturo). Por fin estás en casa.

ARTURO—Buenas tardes tfo.

LIGIA—(Hace señas a Arturo, para recomendarle prudencia). Con permiso. (Sale)

ESCENA XVI

LUIS Y ARTURO

LUIS—(Se sienta e indica a Arturo otro asiento, frente al suyo) Señor Dr., es necesario que hablemos seriamente. Esto no puede continuar así.

ARTURO—De qué se trata?

LUIS—Se trata nada menos del famoso debate, de esta tarde, en donde tan campeante ha salido Ud.

ARTURO—Y eso le disgusta a Ud?

LUIS—No seas imbécil. Hace un momento, estuvo aquí mi compadre Isakó, quien vino alarmadísimo a contarme las barbaridades y herejías que has dicho ... Hase visto, decir que las inundaciones, que los terremotos, son producto del desequilibrio de las fuerzas naturales, y no castigos divinos, como atribuye el vulgo. (Levantándose con violencia). Oh!, esto es el colmo: eres un impío, un descreído, un masón.....

ARTURO—(Disgustado). Pero tío, parece que Ud. no hubiese tenido ni siquiera escuela. El fanatismo le ha vuelto a Ud. intratable.

LUIS—(Colérico) Que yo no he estado en la escuela? Ya quisieras saber lo que yo sé. Pregunta a los de mi tiempo lo que yo fui como alumno donde los HH. CC. Todos los días madrugaba para ganar palmeta. En cuanto a las lecciones, las daba siempre como el agua. Que en mi tiempo no había tantas alecántinas; que psicologías, que biologías, y qué se yo; pero en cambio estudiábamos cosas más útiles y provechosas que Uds. desconocen por completo: Historia Sagrada, Moral, Urbanidad.....

ARTURO—Bueno, si yo hubiese nacido en su tiempo, habría aprendido lo mismo; pero felizmente, he nacido en un tiempo mejor: es necesario respetar la evolución.

LUIS—Después de todo, tu madre es la que tiene la culpa, por haberte educado en esos establecimientos laicos que no pueden ser más malos.

ARTURO—(Indignado). Los llama Ud. malos porque

allí se respira un ambiente de benéfica libertad, que hace que se desarrolle ampliamente la personalidad de cada individuo. Los llama Ud. malos; porque no hay opresión; porque se respeta la conciencia; porque se concede la autonomía a que todo ser racional tiene derecho.

LUIS—(Interrumpiéndole colérico) Basta, no quiero discutir con un imbécil como tú. Oyeme, como tú sabes, soy Director Honorario del gran periódico «La Verdad», en donde se defienden principalmente nuestras santas creencias. Qué van a decir mis colaboradores y correligionarios, sabiendo que tú, mi sobrino carnal, quien habita bajo mi mismo techo, y a quien favorezco en toda forma, se ha pronunciado de la manera más audaz y cínica, en contra de los mismos principios que defiende?

ARTURO—Y qué es lo que pretende Ud. con esta exposición?

LUIS—No es que pretendo, sino que te ordeno: En este momento, escribes un artículo para publicar en «La Verdad», retractándote de las malhadadas ideas que has lanzado en el debate.

ARTURO—(Interrumpiéndole con indignación). Está Ud. en su juicio? Con qué derecho pretende Ud. atropellar mi libertad?

LUIS—Con qué derecho? Y no he hecho las veces de padre contigo y con tu hermana; no les doy mi casa para que vivan y la subsistencia necesaria?

ARTURO—(Con dignidad). Si yo le he aceptado a Ud. esto, es porque tengo pleno derecho para ello.

LUIS—De qué derechos hablas? Yo los he mantenido a Uds. por caridad.

ARTURO—Por caridad, nunca me habría humillado a aceptarle. Rapito, que si yo estoy en esta casa, es porque tengo pleno derecho.

LUIS—(Asustado). Pero, estás loco?

ARTURO—Esta casa no es producto de la herencia que le correspondía a mamá, y que Ud. injustamente le arrebató? Los millones que tiene Ud., no

tienen como base la hacienda de la cual, la mitad era de mi madre?

LUIS—(Receloso) De modo que mis millones son tuyos?

ARTURO—Al menos gran parte de ello. Pero no se asuste usted, porque no los necesito.

LUIS—Oh!, qué audacia! Ahí están mis escrituras bien legalizadas.

ARTURO—(Con ironía) Escrituras: farsas amparadas por la Ley. Usted se ha hecho el generoso, el caritativo con nosotros, por cubrir ciertas apariencias; porque usted sabía que todo mundo criticaba su conducta. Pero ya ve, a pesar de ser usted millonario, vivimos como limosneros. La comida que usted nos da es ridícula: todo es apariencia.

LUIS—Mal agradecido

ARTURO—(Con altivez) Pero ya que usted cree que nos tiene en su casa por caridad, yo no puedo aceptar nada por caridad.

LUIS—(Cambiano la voz) Sé razonable: renuncia a tus ideas impías y cambiará tu situación: te daré hasta dinero.

ARTURO—(Con altivez) Yo no vendo mi libertad por todos sus millones: nada hay más grande que una conciencia libre.

LUIS—(Con desprecio) Desde este momento, mi apoyo para ustedes ha terminado: no cuenten más conmigo. (Sale)

ARTURO—(Paseándose agitado) Oh!, el fanatismo, cómo ciega la razón; cómo entorpece la conciencia humana.... Pero debemos irnos hoy mismo de esta casa. Voy a buscar piezas. (Sale)

ESCENA XVII

VIDAL (SOLO)

VIDAL—(Entra Vidal muy contento, por una puerta distinta de la que sale Arturo; abre el cajón de una mesa, y registra apresuradamente) Ah!, por fin se ha

presentado la ocasión que tanto esperaba.... No puede ser más favorable. Todo lo he oído: ellos se marchan. El señor Arturo le ha dicho a mi patrón que le ha perjudicado.... que sus millones le pertenecen. (Coge una llave) Aquí está! Esta llave calza ni qué mandada hacer. Cuando conviene....

ESCENA XVIII

VIDAL Y ESTER

ESTER—(Entrando) Qué haces, Vidal?

VIDAL—(Metiendo rápidamente la llave al bolsillo) Ah!, *sois* vos. Vení Estercita.

ESTER—(Con malicia) Qué *escondís* con tanto apuro. Si no te voy a quitar.

VIDAL—Nada amorcito; yo no tengo secretos para vos. (Abrazándola) No es cierto Estercita?

ESTER—(Rechazándolo) *Quitá antepático*. A ver *mostrá*, qué es lo que escondiste?

VIDAL—(Registrando sus bolsillos) *Fijate*, no hay nada, palomita. Es que yo soy un poco *témido* y como te ví tan brava, me dio susto.

ESTER—*Témido*...., *témido*, quién te cree?, semejante gallito que *sois*.

VIDAL—Pero no con vos, porque ya *vis* cuanto te quiero; aunque no me *correspondás*.

ESTER—Lo que es eso no lo has de ver. Acaso no te conozco? No *vis* el pago que le diste a la Manuela.

VIDAL—Es que con vos quiero casarme. Tengo mis *rialitos* que he *ahurrado*: te compraré un *pañuelón* de fleco de seda y unos *botines* de hulle, y unos....

ESTER—Quién te cree: ahora me *ofrecís* las estrellas del cielo, y después me has de hacer ver, las estrellas por los golpes en los ojos.

VIDAL—Callá, palomita mía, no *hagáis* tanto escándalo. Al fin y al cabo, *Costancia* vence.... y *tenís* que llegar a querermme.

ESTER—Quererte yo a vos?, a *tatay asco*. (Escu-

piendo) Entonces querría decir que no ha habido otro perro que me ladre.

VIDAL—Ya sé que no me *querís* a mí porque diz que *estáis inamurada* del Nico.

ESTER—(Riendo) *Inamurada* del Nico, qué *chascu*.

VIDAL—Pero cómo *tu* has de querer a él que es un limpio.

ESTER—Yo no quiero ni limpios ni sucios: todos son iguales.

VIDAL—(Acercándose a abrazar a Ester) Es que no *sabís* cuánto te quiero, negrita.

ESTER—(Empujándolo disgustada) No te *atrevéis* que le voy avisar al patrón. *Dejá* de molestar la paciencia. No faltaba más, qué te has imaginado?

VIDAL—*Nadis* puede impedir que te quiera.

ESTER—*Vení* breve a pasar agua que *nesito* para la comida y *dejate* de estar *disvariando* (sale).

VIDAL—Ah!, ésta es más sabida que un conejo; pero ya me pagará todas. Pero ahora no tengo tiempo que perder. (Sale)

ESCENA XIX

MAGDALENA Y LIGIA

(Entran por distinta puerta de la que sale Vidal).

LIGIA—Arturo, Arturo, me pareció que en este momento hablaba aquí. Por qué se habrá ido sin despedirse?

MAGDA—Hay Dios mío!, hace un momento me pareció que discutía con Luis: si se habrán disgustado....

LIGIA mi tío es un intransigente. Qué le importa a él que Arturo tenga estas u otras ideas? Al pobre negro lo molesta a todas horas. En el carácter que tiene Arturo, está manejándose prudente.

MAGDA—Siempre he temido un rompimiento entre los dos; lo cual tendría para nosotros, fatales consecuencias.

ESCENA XX

MAGDALENA, LIGIA Y ARTURO

ARTURO—(Alegre). Señoritas, a alistar sus cachivaches, que nos marchamos de esta casa.

MAGDA—Déjate de bromas, Arturo; tú jamás hablas en serio.

ARTURO—Pues ahora les hablo más en serio que nunca; miren las llaves de la nueva casa. (Enseñando).

LIGIA—Pero explícate, hombre, qué quieres decir?

ARTURO—Sencillamente, que nos marchamos ya mismo, porque al señor tu tío, no le conviene tenernos por más tiempo.

MAGDA—(Asustada). Pero por Dios, Arturo, que ha pasado?

ARTURO—Luego les contaré todo. (Bromeando). Esta historia es larga y dolorosa. Pero no hay tiempo que perder. Arreglen no más las maletas. Ya dejé vistos dos cargadores. No deben tardar.

MAGDA—Pero por Dios, hijo con qué vamos a pagar el arriendo? (Disponiéndose a salir). Voy hablar con mi hermano.

ARTURO—(Deteniéndola). No mamá, yo te lo suplico. Tú sabes que cuando he tomado una resolución tan grave como ésta, es porque debo tener motivos suficientes: él nos ha despedida.

LIGIA—Arturo dice bien. Si tú vas hablar con tu hermano, puede creer que es porque nos detenga. Nos despediremos en el momento de irnos.

ARTURO—Pero ya, manos a la obra. (Coge atropelladamente, libros y papeles de la mesa y va colocándolos en un cajón). Ay, cierto: mi bendito tío se ha llevado a su cuarto, un libro ajeno, de Psicología. Es muy costoso para dejarlo. Si se lo pido, tal vez me lo vuelve hecho pedazos. Creo que no está en su cuarto: voy a entrar yo mismo a sacar el libro. (Sale)

ESCENA XXI

MAGDALENA Y LIGIA

MAGDA—Ay!, Arturo no alcanza a medir las consecuencias de esta resolución: le parece cosa de broma.

LIGIA—No creas mamá, en el fondo, Arturo es muy circunspecto y mide las cosas con mayor profundidad que nosotras. Ahora no es sincera su alegría. Sólo por no apenarnos más, se manifiesta así.

MAGDA—(Con tristeza). Ay!, si viviera tu padre, cuándo hubiéramos pasado por estas humillaciones.

ESCENA XXII

MAGDALENA, LIGIA Y ARTURO

ARTURO—(Entra con un libro en la mano y lo coloca en el cajón). En el momento en que buscaba el libro, entró Ester.

LIGIA—Le hubieses dicho que no diga nada.

ARTURO—Sí se lo advertí.

LIGIA—Pero, dónde es lo que nos vamos a pasar?

ARTURO—Es muy cerca de aquí: no dista sino unas treinta cuabras

LIGIA—No se puede tratar contigo.

ARTURO—Bueno, yo me voy a recibir los trastos. Mamá y tú me envían de aquí. Tengan todo listo. Ya mismo están aquí los cargadores. Hasta luego. (Sale)

MAGDA—(Se deja caer desfallecida, en una silla). Dios, mío!! Dios mío!! qué va a ser de nosotros?

LIGIA—(Corre hacia su madre y le abraza). Mamacita mía!

ACTO SEGUNDO

ESCENARIO: la sala de un Juzgado de Letras, en donde va a reunirse el Tribunal del Crimen. Hay allí mesas con libros y papeles, un timbre y sillas para los Jueces. En otro extremo del salón habrá asientos para la barra.

ESCENA I

JUEZ DEL CRIMEN Y FISCAL

JUEZ—(Aparece hojeando unos papeles). Quién hubiera creído....

FISCAL—(Entrando). Buenas tardes, doctor.

JUEZ—(Saliendo a su encuentro). Venga Ud. señor Fiscal. Tome asiento.

FISCAL—(Sentándose). No llegan todavía los Miembros del Tribunal del Crimen?

JUEZ—No todavía; pero no deben tardar.

FISCAL—(Sacando un reloj del bolsillo). Es la una y tres cuartos.

JUEZ—Están citados para las dos de la tarde,

FISCAL—Y el acusado?

JUEZ—He ordenado que lo traigan bien escoltado, porque esos universitarios meten una bulla endemoniada y levantan al pueblo en su favor. Son capaces de atropellar a la policía y libertar al preso. Parece que este Jurado va a ser sensacional.

FISCAL—Si pues; la víctima fue una persona muy conocida y respetada por la sociedad: un archimillonario filántropo, lo que es bastante raro.

JUEZ—El señor Salcedo, sostenía con su peculio, la publicación del periódico «La Verdad», del cual ha sido Presidente Honorario por muchos años.

FISCAL—Y como consta a todo el mundo, sostenía a su hermana y a sus dos hijos. Cuándo hubiera pen-

sado que uno de ellos iba a ser su verdugo!

JUEZ—Su asesino, diga mejor; porque en realidad; se trata de un alevoso asesinato.

FISCAL—De veraz que es inaudita la maldad de ese muchacho. Qué le importaba esperar un tiempo más? Estaba tan viejo y arruinado el pobre don Luis, que no hubiera vivido por mucho tiempo. Según he tenido conocimiento, la madre de Arturo, es hermana única del extinto; la única heredera directa que hay; por consiguiente, ellos, los hijos, tienen que ser los herederos de esa inmensa fortuna.

JUEZ—Y tienen que ser; porque, aun cuando el Tribunal del Crimen llegara a condenar a Arturo, la madre, tendrá que heredar, como hermana legítima del difunto.

FISCAL—Pero ya se han asegurado de todo el dinero en efectivo.

JUEZ—Precisamente, esa ha sido la ambición de Arturo, al dar muerte al pobre anciano.

FISCAL—Y se asegura que don Luis ha tenido en su caja una cantidad fabulosa de billetes de banco, plata y oro, y todo ha desaparecido.

JUEZ—Pero el difunto tiene bastantes parientes que aunque no son herederos directos, tienen derecho a reclamar su parte de herencia.

FISCAL—Se han de repartir las haciendas y las casas.

JUEZ—Pero qué horrible muerte le han dado al pobre viejo: el cráneo ha estado hecho pedazos.

FISCAL—En cuanto al autor de este nefando crimen, la cosa es clara: a quién más que a Arturo podía interesarle la muerte de don Luis?

JUEZ—Eso opino yo. Existen en contra de Arturo Solarte un sinnúmero de presunciones.

FISCAL—Es una lástima que Salcedo haya muerto sin testar: de seguro, habría dejado una gran cantidad para las comunidades religiosas y para algunas instituciones de caridad... ...

ESCENA II

LOS MISMOS, MAGDALENA Y LIGIA

(Magdalena y Ligia llegan vestidas de estricto duelo y con demostraciones de la más profunda tristeza).

AMBAS—Buenas tardes.

JUEZ—(Levantándose a recibir las) Vengan ustedes señoras. Tomen asiento.

AMBAS—(Sentándose) Gracias.

JUEZ—Qué se les ofrece?

MAGDA—(Muy nerviosa) Señores Jueces, señores Jueces!, vengo por la vez última, a implorar humanidad y justicia de ustedes. (Con la voz entrecortada por los sollozos) Mi hijo es inocente!... Mi hijo es incapaz del crimen que se le acusa. Mi hijo es desinteresado: no es, no puede ser autor de semejante crimen. Únicamente la fatalidad ha hecho que recaigan sobre él, semejantes sospechas. Señores Jueces, sean ustedes humanos. No se dejen engañar por las apariencias, (Con desesperación) Por lo que más amen en la vida, no lo condenen ustedes!... Dios que me escucha en este momento, sabe que mi hijo es inocente.

LIGIA—Señores Jueces, Arturo es nuestro único apoyo; él es nuestra única esperanza. Tendrán ustedes valor para arrebatárnoslo?. (Enjugándose las lágrimas).

FISCAL—(Disgustado) Señoras, nosotros no arrebatamos a nadie, no hacemos sino cumplir con nuestro deber. Las madres nunca ven los defectos en sus hijos.....

JUEZ—No los educen como es debido, y después vienen a hacernos responsables a nosotros.

LIGIA—(Con altivez) Señor Fiscal, sea usted un poco más benévolo: respete la desgracia. (Con dignidad) Vamos, mamá.

AMBAS—(Levantándose). Con permiso. (Salen)

ESCOENA III

JUEZ, FISCAL Y UN GRUPO DE UNIVERSITARIOS

UNIVERSITARIOS—(Entrando) Buenas tardes.

FISCAL—(Con tono acre) Qué se les ofrece?

CARLOS—Señores Jueces, hemos tenido conocimiento de que hoy sesiona el Tribunal del Crimen, para juzgar a Arturo So erte. Venimos en representación de todos nuestros compañeros, a reclamar de ustedes justicia para el más noble y generoso alumno de la Universidad. Esperamos que en esta hora decisiva, ustedes con un criterio más amplio y más humano, hagan resplandecer la verdad y la justicia; proclamen la inocencia de nuestro compañero y reparen su deshonra. Nosotros, el pueblo entero que conoce la rectitud de procedimientos de Arturo, no podemos, no puede creer que él sea el autor de semejante crimen.

FISCAL—Yo cumpliré mi deber y jamás falsearé la verdad ni ante las súplicas, ni ante las amenazas....

JUEZ—Como ustedes saben, yo nada tengo que hacer en este asunto. Ahora depende del defensor, de los medios que éste emplee para probar la inocencia del sindicado y para convencer a los Miembros del Tribunal del Crimen, en su favor

OSCAR—En él tenemos bastante confianza.

ESCOENA IV

LOS MISMOS Y EL DOCTOR PESANTES

PESANTES—(Entrando) Buenas tardes.

TODOS—Buenas tardes.

JUEZ—Venga usted Doctor. (Dirigiéndose al Fiscal)
Oiga señor Fiscal.

(Durante esta escena, el Juez y el Fiscal se entretienen en hojear unos papeles).

OLMEDO—(Dirigiéndose a Pesantes) Doctor, en usted tenemos depositada toda nuestra confianza. Aguce todo su ingenio, toda su elocuencia en beneficio de

esta noble causa. Salve de la deshonra y de la muerte moral al más bueno y noble muchacho de este pueblo. No sólo nosotros; la sociedad en general está pendiente de usted.

PESANTES—Es muy laudable la acción de ustedes: haber tomado a su cargo la defensa de Solarte con todos los gastos que ésta ha demandado. Han dado ustedes una muestra muy significativa de compañerismo y fraternidad.

ANIBAL—Es que se necesita conocer íntimamente a Arturo para apreciar sus méritos y la nobleza de su alma. Además tiene un carácter tan simpático: es el compañero más querido en la Universidad. Oh!, no sé de lo que seremos capaces si lo condenan injustamente.

PESANTES—Yo les juro a ustedes que agotaré todo esfuerzo en su defensa. Sólo depende de los Miembros del Tribunal del Crimen.

OSCAR—En cuanto a éstos, en el único en quien tenemos confianza es en el Dr. Morlás: es un hombre amplio de criterio.

CARLOS—Parece que han tenido ingentes ofertas de parte de los herederos, interesados en la condena de Arturo; y, cuándo no ha de haber ejercido influencia la pingüe oferta en alguno o algunos de los Miembros del Tribunal?

PESANTES—(Mirando un reloj). Son las dos de la tarde. En la otra sala deben estar ya los Miembros del Tribunal. Vamos a verlos. (Sale en compañía de los universitarios)

ESCENA V

JUEZ Y FISCAL

JUEZ—Estos universitarios son unos revoltosos: es que toditos son comunistas, socialistas los que menos. De seguro meterán en el debate una bulla atroz.

FISCAL—Usted como Presidente del Tribunal debe imponerse, e imponerles silencio; si insisten, ordenar que los manden sacando.

JUEZ—Esto no sería prudente. No son sólo ellos: el pueblo en general está a favor de Solarte.

FISCAL—Y qué importa? Cuando uno cumple a conciencia su deber, no debe temer a nadie.

ESCENA VI

LOS MISMOS, ARTURO, MAGDALENA, MARGOT, LIGIA, LOS MIEMBROS DEL TRIBUNAL Y LA BARRA

Arturo entra con el Dr. Pesantes. Está pálido, pero altivo y sereno. El Juez se sienta en una butaca, al centro, y hace que se coloquen: el doctor Villegas, el doctor Avilés y el Fiscal, a su derecha; el doctor Morlás, el doctor Pesantes y Arturo, a la izquierda. El Secretario estará a la derecha, en una mesa separada, en la cual se verá el proceso y algunos códigos. La barra se sienta al frente del Tribunal. Magdalena, Ligia y Margot, están también en la barra y en lugar preferente.

JUEZ—(Tocando el timbre que está sobre la mesa). Se declara instalada la Audiencia del Tribunal del Crimen. (Dirigiéndose a los Miembros del Tribunal) Ciudadanos, (éstos se ponen de piés) «Juráis por Dios, por vuestro honor y conciencia, examinar con atención escrupulosa los cargos producidos contra Arturo Solarte; no comunicaros con persona alguna, hasta que hayáis hecho la declaratoria; no escuchar el amor, el odio, el temor ni la prevención, y decir en vista de los cargos y medios de defensa, según vuestra íntima y profunda convicción, con imparcialidad y firmeza»? Dr. Alberto Villegas.

VILLEGAS—«Lo prometo, lo juro».

JUEZ—Dr. Fermín Morlás.

MORLAS—«Lo prometo, lo juro».

JUEZ—Dr. Agustín Avilés.

AVILEZ—«Lo prometo, lo juro».

JUEZ—«Si así lo hiciéreis, Dios os premie; de lo contrario, El y la Patria os lo demanden». (Dirigiéndose al doctor Pesantes) Señor Defensor, (está de



ne de pies) «Promete Ud. en nombre de Dios y de la Justicia, no emplear sino la verdad en defensa de su cliente»?

PESANTES—«Lo prometo». (Se sienta).

JUEZ—(Dirigiéndose a Arturo). «Sindicado, indique usted su nombre y apellido, edad, estado, vecindad y oficio».

ARTURO—Me llamo Arturo Solarte. Tengo 23 años de edad. Soy soltero, natural y vecino de este lugar. Estudiante de leyes en la Universidad.

JUEZ—Acusado, estad atento a la lo que vais a escuchar. Señor Secretario, dígnese dar lectura al auto cabeza de proceso.

STRIO—(Abre un legajo de papeles y lee) «La República del Ecuador, en su nombre y por Autoridad de la Ley», Fernando Cortés, Juez del Crimen de la provincia: Por cuanto ha llegado a su conocimiento, por denuncia escrita presentada por los señores Isaác y Benjamín Salcedo, parientes consanguíneos del que fué señor Luis Salcedo, que ayer, diez de abril, en casa de habitación del señor Luis Salcedo, después de violenta amenaza por parte de su sobrino Arturo Solarte, ha sido encontrado muerto el aludido señor Salcedo con horribles contusiones en la cabeza, y vacía su caja en donde guardaba cantidades ingentes de dinero. Que dicha caja ha sido abierta con llave falsa y que los denunciants tienen pruebas evidentes no sólo para atestiguar, sino para comprobar que el autor de este doble crimen es su sobrino Arturo Solarte, síndese a este último, como autor de los hechos punibles que se persiguen. Como estos hechos constituyen una infracción ante la Ley, levanto el auto cabeza de proceso y ordeno se instruya el sumario respectivo, con citación del señor Agente Fiscal y del Dr. Ignacio Pesantes, a quien se le nombra como Defensor de Oficio del delincuente que pudiera aparecer. Nómbrase, además a los facultativos doctores Ismael Alarcón y Félix Bustamante, para el reconocimiento y autopsia del cadáver, y a los señores Manuel Coral y Alber-

to Pons, como peritos para el reconocimiento del lugar y del mueble de donde ha sido sustraído el dinero. Practíquense todas las diligencias conducentes al esclarecimiento del hecho. Dado en la sala del despacho del Juez del Crimen, a 10 de abril de 1949. El Juez del Crimen (f) Fernando Cortés.

JUEZ—(Dirigiéndose a Arturo). Sindicado, como habéis oído, se os acusa de haber previa amenaza verbal, dado muerte a vuestro tío, el señor Luis Salcado, y sustraído, empleando llaves falsas, de la caja de vuestro citado tío, una ingente cantidad de dinero.

ARTURO—(En ademán de protesta). Señor Juez ...

JUEZ—En este momento, no os es permitido hablar. Tiene la palabra el señor Agente Fiscal.

FISCAL—La Ley y la Justicia exigen de nosotros que, desprendiéndonos de intereses y hasta de sentimientos humanitarios, nos situemos en un plano completamente imparcial: el plano de la justicia; y desde allí observemos con serenidad absoluta, con frialdad imperturbable los hechos que han sido puestos bajo nuestra consideración, y los juzguemos a la luz de la verdad, sin rodeos, sin ambages de ninguna clase. Sólo así podremos cumplir la alta misión que se nos ha confiado. Pero voy a concretarme al caso presente. Imaginaos: es un anciano generoso y bueno: un filántropo. Con cariñosa bondad alberga en el seno de su mismo hogar, a su hermana con sus dos hijos. Estos disfrutan allí de toda clase de comodidades: habitación, subsistencia y todo cuanto han menester. Mes, caso inaudito, uno de estos mismos favorecidos, llevado por insaciable ambición de dinero, en vez de la gratitud que debe a su bienhechor, espía, observa donde guarda su tío, el producto de su improbo trabajo; el ahorro de sus economías de tantos años, y primero con amenazas e insultos le exige que le entregue; y cuando ve que esto no puede conseguir, acude al crimen. Asecha y ve que su bienhechor está solo y confiado; y entonces aquel hombre ingrato y desnaturalizado, con monstruosa saña, con frialdad imponderable, se lanza sobre el indefenso anciano, descargando

sobre su cabeza, cubierta por la nieve de los años, y le acomete terribles garrotezos, hasta dejarlo exánime. Luego, ciego de ambición, abre con la llave falsa que llevó de antemano, la caja donde su tío guardaba el dinero; recoge todo el tesoro y sale como si nada hubiera hecho. Esta es la forma, como señores, cómo el delincuente que tenéis aquí presente, corresponde a la nobleza y generosidad de su bienhechor. (En la barra se oye un murmullo de protesta) Para corroborar la exposición que acabo de hacer, (mirando a un papel) pido se den lectura a las declaraciones de los testigos: Esther Maffa, a fojas 19 y Carmen Morillo, a fojas 21

SECRETARIO—(Abre un legajo y lee después de pasar algunas hojas) Previas las respectivas formalidades de Ley, la sirvienta del que fué señor Luis Salcedo, y de acuerdo al interrogatorio presentado, declara: a la primera, que es verdad que el mismo día del fatal acontecimiento, a eso de las cinco y media de la tarde, oyó que su patrón discutía fuertemente con el señor Arturo y que éste le decía a su patrón que los millones le pertenecen porque él les había perjudicado: a la segunda, que es verdad que después de un rato, encontró al señor Arturo buscando en la mesa de su patrón, y que cuando ella entró, el señor Arturo le dijo que no le diga al patrón que él estaba allí. A la tercera, que no sabe a qué habrá salido el señor Arturo, del cuarto de su patrón, porque ella se ocupó en los quehaceres y no volvió a preocuparse del asunto. A la cuarta, que ella no volvió a entrar al cuarto de su patrón, sino a las ocho de la noche, hora en que acostumbraba llevarle la cena. Que a la hora indicada, entró y vio llena de espanto que su patrón estaba caído en el suelo y echando sangre por boca y nariz, y que la caja donde su patrón guardaba el dinero, estaba abierta y vacía. Que entonces ella salió hacer gente y que luego dieron aviso a la autoridad. A la quinta, que es verdad que de seis a siete de la noche se trasladó la señora Magdalena con sus dos hijos, a la casa que habían arrendado; pero que

la declarante no vio si se despedían o no de su patrón.....

FISCAL—Suficiente señor Secretario. Sírvasse dar lectura a la declaración de la otra testigo.

SECRETARIO—Previas las formalidades de Ley, la testigo Carmen Morillo, declara: a la primera, que ha sido por varios años, lavandera de la casa del señor Luis Salcedo, por lo que conoce las dependencias de aquélla — A la segunda, que es verdad que el día del funesto suceso, vio entrar a Arturo Solarte, a eso de las seis de la tarde, al cuarto de su tío, pero que no vio a que hora saldría.—A la tercera, que es verdad que después de un rato cuando ella estuvo en la cocina, le pareció oír en el cuarto del señor Salcedo, un grito ahogado y como que caía algo pesado....

FISCAL—Gracias señor Secretario. (Dirigiéndose a los Jueces). Como habéis oído, las declaraciones de los testigos, no pueden ser más terminantes, más acordes, y a la vez, más acusadoras para el sindicado.

JUEZ—Tiene la palabra el señor Defensor.

PESANTES—Señores Jueces del Tribunal del Crimen: a vosotros que estáis aquí, en calidad de hombres y que, como tales, vais a proceder de acuerdo al convencimiento íntimo y profundo de vuestras conciencias; a vosotros que no sois autómatas de la Ley, como dice serlo el señor Agente Fiscal. (Aplausos de la barra). No sois, repito, autómatas de la Ley, sino árbitros de vuestro amplio y recto criterio personal, y de vuestra firme convicción; a vosotros que no estáis situados en el marco rígido de las fórmulas legales y de las apariencias materiales, a vosotros me dirijo: (Aplausos de la barra). Veis aquí a este adolescente, de frente altiva; de mirar sereno, que parece desafiar con su inocencia, la malicia inhumana de sus acusadores? Podéis por un momento imaginar que sea culpable del horrendo crimen que se le acusa? El, un joven que jamás ha tenido dinero, y que por consiguiente, no se ha creado la necesidad y el placer de derrocharlo, creéis que pudo descender hasta el crimen para

conseguirlo? La altivez de su carácter, la firmeza en sus contestaciones, la serenidad imperturbable, que tanto ha sorprendido a los Jueces en sus indagatorias, no son Pruebas que pregonan su inocencia? (Aplausos y rumores afirmativos en la barra). Sólo en dos casos se ha visto esta serenidad absoluta: cuando hay inocencia completa, o en caso contrario, cuando se trata de un criminal empedernido. Pero en este caso, no es serenidad, es cinismo. Yo creo que en el caso actual, nunca podréis creer, que este joven que recién empieza la lucha por la vida, y cuyos impolutos antecedentes, son por todos conocidos, sea un criminal empedernido. Pero voy a descender al terreno de las pruebas materiales y legales: En dónde está el dinero sustraído? En qué momento y en dónde pudo haberlo ocultado?, si como consta en la declaración del testigo Carlos Villagómez, Arturo fué a la casa que él le había arrendado, entre las seis de la tarde, y que no volvió a salir de allí, hasta el momento en que fue arrestado? Por qué no fugó con ese dinero habiendo tenido tiempo sobrado para ello? Pido que se lea la declaración del testigo Carlos Villagómez, constante a fojas 28. (Aplausos de la barra).

JUEZ—Señor Secretario, sírvase dar lectura a la declaración pedida.

SECRETARIO—(Leyendo). Previas las formalidades de Ley, el testigo Carlos Villagómez, declara: a la primera, que a eso de las seis de la tarde, Arturo Solarte, fué a tomar posesión del departamento que hacía pocos momentos, le había arrendado; que el declarante salió a recibirlo al señor Arturo, y que puede asegurar que no llevaba objeto alguno.—A la segunda, que es verdad que el señor Arturo Solarte, desde las seis de la tarde, hora en que entró a su casa, no volvió a salir hasta las once de la noche, hora en que fué arrestado; que este particular pueden también confirmar su esposa y sus tres hijos mayores de edad....

PESANTES—Suficiente señor Secretario. Para ser breve, voy a resumir mi exposición en unos pocos, pero irrefutables argumentos legales: primero, no se

ha encontrado en poder de mi defendido, ningún objeto que pudiera constituir cuerpo del delito. Segundo, no hay un solo testigo que afirme que Arturo Solarte es el autor del horrible asesinato. Tercero, mi defendido, no estuvo ya en la casa del señor Luis Salcedo, en el momento en que se presume haberse perpetrado el hecho. Como veis vosotros, no existen en contra del acusado, pruebas materiales para presumir que él sea el autor del crimen; sólo existen meras presunciones, a las que podría llamar yo, fatales coincidencias. (Se sienta. En este momento se oyen estruendosos aplausos en la barra).

FISCAL—Señor Presidente, si me permite la palabra....

JUEZ—Tiene la palabra, señor Fiscal.

FISCAL—Voy ligeramente a rebatir, pero en forma categórica, (en son de burla) los irrefutables argumentos presentados por mi contendor: Primero: Dice que no se ha encontrado en poder de su defendido, nada que podía constituir cuerpo del delito.....y la llave falsa con que ha sido abierta la caja que contenía el dinero, no ha sido encontrada entre los papeles de Arturo Solarte? No constituye esta llave, cuerpo del delito? en este caso, la Ley es terminante. Señor Secretario, sírvase dar lectura al Art. 51, del Código Penal.

SECRETARIO—(Abre un libro, busca y lee). «Art. 51.—La prueba material puede consistir: en el mismo cuerpo del delito, en sus vestigios o en los instrumentos con que ha sido cometido».

FISCAL—Al segundo argumento: el señor Defensor dice no haber testigos presenciales del hecho; no afirmo lo contrario. Es muy difícil que el hechor sea cogido infraganti en un crimen; pero la Ley consulta el caso, al constituir como prueba las presunciones. Es en este caso, muy explícita la Ley, en su Art. 49. Lo que no existe en este caso, según la Ley, es prueba plena; pero en cuanto a presunciones, las hay muchas, y muy acusadoras. El señor defensor lo ha confesado hace pocos momentos. Ahora, en cuanto a que

el crimen se ha perpetrado, no cabe la menor duda. Allí está el informe presentado por los señores facultativos, quienes indican que la muerte del señor Salcedo se ha producido debido a terribles golpes en la cabeza, asestados con arma contundente. Quién pudo ser el autor de semejante crimen? Con qué miras se lo ha perpetrado? Si hubiera sido algún ladrón extraño, seguramente habría esperado el silencio de altas horas de la noche, para efectuar su asalto. Pero por las informaciones de los testigos Mafía y Morillo, sabemos que el crimen se ha cometido antes de las ocho de la noche, hora en que no es dable suponer, hayan entrado ladrones de afuera, a una casa situada en el centro de la ciudad. De lo dicho se desprende, que los autores de este homicidio, no pudieron ser sino algunas o alguna de las personas que cohabitaban con la víctima. Quiénes son esas personas?: la hermana, los dos sobrinos del extinto y dos sirvientes. Los sirvientes, es claro, que podían haber tenido interés, en robar el dinero, y podían ser muy capaces de hacerlo, lo que podían efectuar sustrayéndose las llaves de la caja, o en cualquier otra forma; pero de ninguna manera podía interesarles la muerte de su patrón. A quiénes interesaba, por tanto, la muerte de Salcedo?: a sus parientes más cercanos. Ahora bien, descartadas como se hallan la hermana y la sobrina del extinto, puesto que sobre ellas no ha recaído ninguna de las presunciones, no queda sino las posibilidades en contra del presunto reo. Arturo Solarte, al cual estamos juzgando. (Se oyen gritos de protesta en la barra) Ahora en lo que se refiere a los argumentos morales, la altivez y la serenidad del acusado, tan alardeadas por el señor Defensor, nada tiene de particular. La naturaleza es así: para cada disposición natural, dota también de las aptitudes necesarias. Las personas predispuestas al crimen, son naturalmente audaces y temerarias. (Un murmullo de indignación se oye en la barra).

PESANTES—Señor Presidente....

JUEZ—Tiene la palabra el señor Defensor.

PESANTES—He afirmado categóricamente que no existe ninguna prueba material en contra de mi defendido, y me ratifico en ello. La llave que ha sido encontrada en poder del acusado, no constituye prueba; pues en este momento no estamos considerando el crimen del robo, para el cual talvez habría tenido una pasajera importancia; es el asesinato del crimen que juzgamos en este momento y, francamente, es pueril y risible que tome una llave como cuerpo del delito en un asesinato. Aún si se tratara sobre el robo mismo, hay tantas llaves que alcanzan en tantas chapas.... y si por desgracia, una de las llaves de su casa, señor Fiscal, o de la mía..... (Aplausos y risas). calzaba en el armario del señor Luis Salcedo, según su argumento, estábamos perdidos. (Aplausos de la barra).

FISCAL—Señor Presidente.

JUEZ—(Disgustado). Yo podría desvanecer plenamente los últimos recursos argumentarios de mi contendor; pero me parece que no hay necesidad... (Gritos y silbidos de la barra) Los hechos son palpables y claros y señalan irrefutablemente al criminal. Señores Jueces de Hecho, sobre vosotros pesa la responsabilidad de la Ley y la vindicta de la sociedad. Si dejáis impune este crimen espantoso, a la sombra de su impunidad, cuántos crímenes más pueden cometerse? La sanción es necesaria. El castigo se impone: os lo exige el patriotismo, os lo exige la moral. La impunidad es un crimen de lesa Justicia! (Durante las últimas frases, se oye gritos de protesta en la barra).

PESANTES—Señor Presidente.

JUEZ—Señor Defensor, por última vez se le concede la palabra.

PESANTES—(Con indignación). El patriotismo ha implorado el señor Fiscal? Patriotismo!!, al amparo de esta palabra se han cometido tantos crímenes, que está cayendo en desuso.

BARRA—(Entusiasmada). Bravo!, bravo!!

PESANTES—Patriotismo decís, y queréis arrebatar

a la Patria un hombre que sin duda alguna encarna grandes esperanzas para ella? No os es desconocido el talento singular y la energía de carácter de este joven. Si practicando la Justicia se lo salva, será más tarde un factor potente de reivindicación de nuestro pueblo; de lo contrario.....la historia está llena de ejemplos de esos célebres criminales que en un principio fueron buenos; pero que después, víctimas de la injusticia de unos jueces malvados e inexpertos, en una suprema reacción de rebeldía y de protesta, se hicieron perversos, para vengarse en la sociedad, de sus crueles verdugos. No serán responsables de estos crímenes, aquellos jueces en quienes pudo más el resplandor siniestro del dinero, que la apacible luz de la verdad? (Aplausos frenéticos en la barra) Habéis hablado en nombre de la verdad. Condenáis inexorablemente el asesinato y queréis vosotros asesinar moralmente a un joven inocente. Ah!, es que los cadáveres morales no constituyen cuerpo del delito; por eso se comete estos crímenes tan impunemente. (Aplausos de la barra). Señores Jueces, yo no os suplico, porque la justicia no se la implora: os reclamo en nombre de ella; abrid los ojos a la verdad. No marchitéis esta existencia en flor! (Aplausos frenéticos de la barra).

JUEZ—Tenéis que refutar algo más señor Fiscal?

FISCAL—Yo he sentado argumentos sólidos y terminantes. No tengo para qué recurrir, como el señor Defensor, a discursos literarios. (Gritos y silbidos de la barra).

JUEZ—Se da por terminado el debate. Pido un poco más de corrección a la barra. (Dirigiéndose a Arturo) Acusado, tenéis algo que exponer?

ARTURO—(Nervioso) La indignación que siento al oír las infames acusaciones que se me ha hecho, me impide hablar serenamente. El señor Fiscal ha correspondido muy bien a la pingüe paga que recibió de los interesados, y como tal, ha hecho en contra mía, una fulminante acusación.

JUEZ—(Indignado). Acusado, más respeto para los

señores Jueces: ellos proceden en nombre de la Justicia.

ARTURO—(Indignado). La Justicia...., la Justicia es un mito. Es lo único que os pido: no me condenéis en nombre de la Justicia; condenadme en nombre de la Ley, o de lo que vosotros queráis, pero no en nombre de la Justicia.

JUEZ—(Imperativo). Silencio. Se le prohíbe hablar.

BARRA—Tiene derecho!! Qué hable, qué hable.

ARTURO—Un momento señor Juez, sólo quiero repetir una vez por todas: soy inocente del crimen que se me acusa.

JUEZ—Se suplica a los concurrentes, salgan un momento de la sala; pues el fallo del Tribunal, se os dará a conocer después de pocos momentos.

(Salen todas las personas que forman la barra, inclusive Magdalena, Ligia y Margot. Detrás salen el Defensor y el acusado y luego el Fiscal y el Juez del Crimen).

ESCENA VII

LOS TRES MIEMBROS DEL TRIBUNAL DEL CRIMEN

VILLEGAS.—Qué opina Ud. Dr. Morlás?

MORLAS—Yo creo que en ningún caso, la verdad se ha presentado más clara: estoy firmemente convencido de que ese hombre es inocente del crimen que se le acusa.

VILLEGAS—Usted Dr. Avilés?

AVILES—Mi parecer es completamente distinto de el del Dr. Morlás: tengo el íntimo convencimiento de que Arturo Solarte es el autor del crimen objeto de este debate. El pretendió engañarnos con su audacia. Yo conozco muchos criminales de este género.

VILLEGAS—Yo soy del mismo parecer del doctor Avilés: creo que ese muchacho es un cínico criminal. (Hojeando un Código y después de leer algo, en silencio). Este es el caso. (Lee en voz alta) Art. 426. «Es asesinato, y será reprimido con reclusión extra-

ordinaria, el homicidio que se cometa con alguna de las circunstancias siguientes: 1º, con alevosía; 2º, cuando se ha imposibilitado a la víctima; 3º, cuando se comete el homicidio como medio de consumir otro delito, etc., etc.

AVILES—Creo que en esto no cabe discusión.

MORLAS—Atended siquiera a sus antecedentes personales, muy limpios y muy correctos y atenuad vuestro rigor. Ya que tanto empeño tenéis en condenar a ese hombre, calificad el hecho de homicidio para que le sea aplicada la pena de reclusión menor. Os parece poco?

AVILES—Somos libres de juzgar las cosas según nuestro criterio. Como formamos la mayoría, la sentencia está fallada.

VILLEGAS—(Después de escribir en silencio por algunos momentos) La sentencia queda concebida en estos términos: El Tribunal del Crimen, considerando: 1º. Que Arturo Solarte ha resultado culpable de asesinato y robo del que fué señor Luis Salcedo, según la acusación del Agente Fiscal y declaraciones de testigos idóneos que corroboran dicha acusación; 2º, que el asesinato tiene los agravantes: 1º de haber sido cometido con premeditación y alevosía, y 2º de haberse cometido como medio de consumir un robo escandaloso. «En nombre de la República y por Autoridad de la Ley, este Tribunal declara culpable al sindicado Arturo Solarte y le impone la pena de reclusión mayor extraordinaria, según el Art. 57 del Código Penal de Enjuiciamientos en materia criminal, que a continuación se expresa: «La reclusión mayor extraordinaria es de 16 años. El condenado a reclusión mayor, guardará prisión celular y estará sujeto a trabajos forzados» El Presidente del Tribunal. (Saliendo hasta la puerta) Podéis seguir.

(Entran el Defensor, el Fiscal y Arturo y pasan a ocupar sus lugares. Detrás entran Magdalena, Ligia y Margot y luego la barra. Todos toman asiento. En este momento entra el Juez del Crimen y ocupa su asiento para volver a presidir).

VILLEGAS—(Entregando un papel al Secretario). Aquí tenéis el Veredicto.

SECRETARIO—(Se levanta y lee en voz alta). El Veredicto del Tribunal del Crimen, es el siguiente: (Repite el texto de la sentencia anteriormente expresada).

MAGDA—(Al terminar la lectura, y entre sollozos). Hijo mío!!

LIGIA—(Llorando). Justicia del Cielo, dónde estás?

BARRA—(En el colmo de la indignación). Qué infamia!! Qué injusticia!! Que se apele a la Corte. (En este momento, entra un gendarme con unos rollos de billetes y unas cajas de monedas, conduciendo a Vidal Pantoja).

ESCENA VIII

LOS MISMOS, EL GENDARME Y VIDAL

GENDARME—(Entrando precipitadamente). Señor Presidente. ... (Todos se quedan en silencio).

JUEZ—Qué ocurre?

GENDARME—Pido permiso para hablar.

JUEZ—Si es urgente, tiene la palabra.

GENDARME—(Nervioso). Hace un momento estaba yo de servicio en la esquina del difunto señor Luis Salcedo. De la casa salió una sirvienta llamada Ester y me dijo que vaya a coger un ladrón..... Entré y, efectivamente, sorprendí a este hombre en el huerto de la casa metido en un establo, desenterrando estos rollos de billetes y estas cajas llenas de oro y plata. (Enseñando).

BARRA—(Delirante de júbilo). Bravo!!, bravo!! Qué viva Arturo Solarte! Qué viva!

LIGIA—(Arrojándose en brazos de su madre). Madre mía!!

MARGOT—(Abrazando a Magdalena y a Ligia). Qué felicidad!

BARRA—Qué hable el culpable, qué hable!

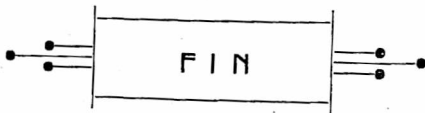
VIDAL—(Temblando). Señores....yo no tuve intención de matar al patrón. El me encontró cogiendo el dinero y me dio un garrotazo....; entonces, como ya me vi perdido, le quité el garrote, y le di con el mismo en la cabeza hasta cuando ya cayó al suelo. Entonces cogí la plata y la fui a enterrar en el establo. Cuando regresé le fui a poner la llave en el cajón de papeles del señor Arturo....

BARRA—Qué viva Arturo! Qué viva!

ARTURO—(Loco de alegría, se arroja en brazos de su madre, de Ligia y de Margot). Madre mía, Ligia, Margot!

MAGDA—(Abrazando frenéticamente a su hijo). Inocente, hijo mío, pero si tenías que serlo!!

(Telón rápido)



EL ABISMO

DRAMA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

ANGELICA MARTINEZ DE VINUEZA

PERSONAJES:

Matilde, hija de doña Delfina y de don Ricardo...de 18 años
Doña Delfina de 40 »
Don Ricardode 45 »
Carlos Peñafiel, novio de Matilde de 28 »
Lucrecia, amiga de Matilde de 20 »
Leonor, sirvienta de doña Delfina.....de 22 »
José, novio de Leonor..... de 30 »
Clara, sirvienta de doña Delfina.....de 14 »
Una niña tierna hija de Matilde

ACTO PRIMERO

ESCENARIO: Una sala decentemente amueblada.

ESCENA I

MATILDE Y LUCRECIA

(Aparecen sentadas en un sofá, conversando familiarmente).

LUCRECIA—Calla, Matilde, no niegues. recuerdas el día que nos fuimos a pasear al ejido?; ya lo ves, nos siguió en carro....

MATILDE—Puede haber sido una coincidencia.

LUCRECIA—(Con malicia). Por qué coloreas? Pero demos que haya sido coincidencia el incidente de ese día; será también coincidencia eso de que él permanezca todas las tardes en la esquina, mirando a tu ventana y que hable continuamente con Leonor, tu sirvienta? No seas egoista, Matilde, cuéntame con toda confianza. Ya ves, yo no oculto a nadie que tengo amores con Fernando, (bromeando) y eso que él no es tan guapo como tu Carlos (Mirando un relicario que pende del cuello de Matilde). De quién es ese retrato?

MATILDE—(Sonriendo). Es de papá.

LUCRECIA—Enséñame.

MATILDE—No se puede.

LUCRECIA—(Pugnando por quitarle). Ah, ya lo ves. Bien decía yo. (Mirando el retrato) Y qué bien está.

MATILDE—Pero si ya estás convencida, para qué quieres que te cuente más?

LUCRECIA—De que Carlos Peñafiel es tu enamorado y de que tú lo quieres, no me cabe duda; pero

derecho que me cuentes esos antecedentes, esos detalles que tanto embellecen el amor.

MATILDE—Perdona mi reserva para contigo, Lucrecia; pero mi amor para Carlos es tan intenso que me faltan términos para expresarlo: es el primer cariño de mi vida y estoy convencida de que será el único.

LUCRECIA—(Maliciosa). Quién sabe, hija mía, esa afirmación es un poco aventurada. Dónde lo conociste?

MATILDE—Lo conocí en casa de Ester Albornoz, la noche en que se festejaba el santo de ella; hace ocho meses. Lo tengo tan presente ese día. ... era un lunes. Estaba tan nublado y lluvioso que ya no íbamos al baile.

LUCRECIA—Y no te parecen de mal agüero esos detalles?

MATILDE—Qué podía importarme a mí el invierno de afuera, si para mí alma empezaba la primavera?

LUCRECIA—Veo que el amor te ha vuelto romántica. Pero no sospechan nada tus papás?

MATILDE—Creo que sí; pero nada me dicen directamente. El otro día, le oí a papá hablar muy mal de Carlos. Me parece que son contrarios en opiniones políticas. Según la forma como se expresó papá, yo creo y estoy convencida de que, si llegara el día en que Carlos pidiera mi mano, le negarían rotundamente. Carlos me ha dicho muchas veces: Yo ya solicitaría el permiso de tu padre para nuestro matrimonio; pero me contiene el despotismo que demuestra para conmigo. Ahora tu mamá, jamás se presta para saludarla.... de allí que el pobre no se atreve a entrar a la casa.

LUCRECIA—Eso es muy grave. Qué piensas hacer?

MATILDE—Nada: esperar hasta cuando salga de menor edad.

LUCRECIA—Cuántos años tienes?

MATILDE—Voy a cumplir diecinueve.

LUCRECIA—No es mucho lo que te falta; además, la vida de enamorados es tan hermosa que se pasa sin sentirla. (Cambiando de voz). Qué tonta, ahora me acuerdo.....

MATILDE—(Con interés) Qué? Dí, dí pronto.

LUCRECIA—Quizá no sea verdad: me dijeron que a Carlos lo cambiaban a Guayaquil....

MATILDE—(Interrumpiéndole nerviosamente). Qué dices?, quién te dijo eso? Será verdad.....

LUCRECIA—Le oí contar a mi hermano. Pero, qué pálida te has puesto. Talvez no sea cierto; de gano te conté. Averigua primero. No sufras con tiempo. (Levanándose) Me voy. Es muy tarde.

MATILDE—Tan pronto?

LUCRECIA—Me he estado más de una hora. (Abrazando a Matilde) Hasta luego. Esta noche volveré para que me cuentes lo que hayas averiguado respecto del cambio de Carlos. (Disponiéndose a salir).

MATILDE—(Acompaña a su amiga hasta la puerta, luego regresa y se sienta pensativa). Dios mío!, será verdad?

ESOENA II

DOÑA DELFINA Y MATILDE

DELFINA—(Entra sin hacer ruido, se queda contemplando a su hija, se acerca y le besa en la frente) Matilde....

MATILDE—(Abstraída en sus pensamientos, no se ha percatado de la presencia de su madre) Madre Mía!

DELFINA—(Cogiendo cariñosamente las manos de su hija) Matilde, qué sería de nosotros el día que llegaras a faltarnos tú, que eres el único objeto de nuestro cariño, el raso de sol que da calor y vida a nuestro hogar.....

MATILDE—(Sorprendida). Pero mamá, por qué me hablas de ese modo?

DELFINA—(Acariciando el rostro de su hija). Ma-

tilde, tú me ocultas algo....

MATILDE—(Ruborizándose). Pero mamá....

DELFINA—(Con firmeza). Sí, hija mía, yo sé que tú sufres: leo en tus ojos, por más que quieras ocultarme.

MATILDE—(Esforzándose por sonreír) Son aprehensiones tuyas. Te engañas mamá, teniendo tu cariño y el de mi padre, qué puedo desear?

DELFINA—Ay, Matilde, las madres nos engañamos pocas veces. (Con ansiedad). Yo sufro mucho, hija mía; sufro porque tú sufres, y más todavía, porque no quieres depositar tu confianza en el corazón de tu pobre madre.

MATILDE—(Cogiendo nerviosamente las manos de su madre) Pero mamá, bien sabes que yo nunca he tenido secretos para tí....

DELFINA—Hoy no dices la verdad, Matilde; por qué tus mejillas, ayer tan sonrosadas, se han tornado tan pálidas? Por qué tus bellos ojos que retrataban con tanta serenidad la imagen de tu madre, hoy se encuentran nublados por un velo de tristezas misteriosas, tras el cual, adivino algo, algo sombrío que me desespera y que tú te obstinas en ocultarme.

MATILDE—(Abrazando a su madre entre sollozos). Madre mía!!

DELFINA—(Estrecha apasionadamente a su hija y llora también) Por qué lloras, ángel mío? (Besándola en la frente) Matilde, por el amor que me profesas, háblame, háblame la verdad; deposita tus tristezas en este corazón que tanto te ama. Ah!, si tú supieras, si pudieras comprender la ansiedad que me devora, de seguro, no te obstinarías en callar....

MATILDE—Pero mamá querida, si yo no te oculto nada; yo sólo lloro porque te veo sufrir sin motivo y porque ahora me has dicho cosas tan tristes.....

DELFINA—(Serenándose y tomando las manos de su hija). Matilde, prométeme contestar ingenuamente a lo que voy a preguntarte.

MATILDE—Te lo prometo, mamá.

DELFINA—(Mirándola con fijeza). Matilde, tú amas a un hombre, no es cierto?

MATILDE—(Bajando la cabeza y confusa) Mamá....

DELFINA—(Levantando la cara de su hija). Hija mía, bien claro habla el rubor que asoma a tus mejillas. Oyeme Matilde: el amor no es un crimen; pero para una niña ingenua e inexperta como tú, tiene tantos peligros.... Por eso me asusta terriblemente y me hace sufrir lo indecible. Antes de entregar el cariño a un hombre, es necesario estudiarlo profundamente; porque muchas veces, tras un mentido amor, se encierra la seducción más baja y miserable. Hija mía, como dijo un escritor: «El porvenir pertenece más al corazón que a la inteligencia», esto puede aplicarse de una manera más acertada y directa a la mujer. Matilde, el amor es un sentimiento superior; quizá el más grande, quizá el más noble; pero también el más decisivo en nuestra vida: nos lleva al paraíso o nos arroja al abismo: todo depende de la persona a quien hacemos objeto de nuestro amor. Tú eres una niña inocente que nada sabe del mundo y sus falsas, por eso me sobresalto y me aterro al advertir en tí el primer brote de cariño, sin saber cuál es el hombre que lo ha hecho nacer....

MATILDE—(Nerviosa). Madre, por Dios, yo te contaré todo; pero no le digas nada a papá....

(Mirando hacia la puerta con angustia) Ya viene.....

ESCENA III

DON RICARDO, DOÑA DELFINA Y MATILDE

RICARDO—(Entra y se queda mirándolas sorprendido). Qué pasa? Ustedes han llorado....

MATILDE—(Acercándose cariñosa a su padre). No es nada, papá, no te preocupes.

RICARDO—(Abrazando a su hija). Matilde, yo no quiero nunca ver tus lindos ojos empañados por las lágrimas.



ESCENA IV

LOS MISMOS Y LEONOR

LEONOR—(Entrando). Con permiso. Señora, se hace tarde, venga un *ratíco* a ver que otra cosa vamos hacer en la merienda. (Mientras Ricardo se acerca a conversar con Delfina, Leonor saca del seno una carta y a escondidas, se la muestra a Matilde).

MATILDE—(Haciendo señas a Leonor). Mamá, yo me voy a ver la merienda.

DELFINA—Bueno, hijita mía.

MATILDE—Ya vuelvo. (Sale con Leonor).

ESCENA IV

DON RICARDO Y DOÑA DELFINA

RICARDO—Dime Delfina, qué es lo que ha pasado con Matilde?

DELFINA—Ay, Ricardo, hoy se han confirmado mis sospechas: Matilde ama.

RICARDO—(Sorprendido). No digas, mujer: yo que creía que no eran sino aprensiones tuyas.

DELFINA—En estos asuntos, Ricardo, las madres nos engañamos pocas veces.

RICARDO—Quién es el hombre que ha despertado el cariño de mi hija?

DELFINA—Aún no he podido descubrir; pero Matilde me ha ofrecido que hoy me contará todo. Ay!, Ricardo, tengo una pena horrible, desgarradora. (Llora).

RICARDO—Calla hijita, yo no encuentro motivo para desesperarse.

DELFINA—Ay!, los hombres son tan falaces, tan engañosos.....

RICARDO—Pero mujer, cualquiera que te oyera, creería que yo.....

DELFINA—No hablo por tí; conozco la vida y me estremezo al pensar en los peligros que corre mi hija. Voy a ver que hace. (Sale).

ESCOENA VI

RICARDO (SOLO)

RICARDO—Ah!, talvez tenga razón Delfina al juzgar así a los hombres: en estas cuestiones, yo que he sido uno de los más formales, sin embargo.... no me hago el santo. (Exaltándose). Oh!, la deshonra de una hija debe ser lo más espantoso. Yo sería capaz de fulminar al infame que se atreviera a mancillar la dignidad de mi hija. (Serenándose) Pero debo desecher estos pensamientos sombríos. Matilde es un ángel: Quién puede intentar nada malo contra ella? (Saca del bolsillo un reloj y mira). Las cuatro y media de la tarde, hora en que tengo que asistir a ese compromiso. (Coge el sombrero y sale).

ESCOENA VII

MATILDE Y LEONOR

(Entran por una puerta distinta de la que sale Ricardo)

MATILDE—(Nerviosa y agitada). Dónde lo viste?

LEONOR—En el parque.

MATILDE—Qué te dijo al entregarte la carta?

LEONOR—(Maliciosamente). Ay, me dijo tantas cosas

MATILDE—(Anhelante). Bueno, pero qué cosas?

LEONOR—Me dijo que si usted aceptaba lo que le propone en esta carta, me llevaría a mí acompañándola.

MATILDE—Esto es muy grave, Leonor, yo no puedo resolverme.

LEONOR—Niña Matildita, si viera usted cuanto sufre el señor Carlitos, tendría piedad de él y se resolvería: es tan guapo, tan bueno, tan generoso....

MATILDE—Mamá me ha dicho ahora cosas tan tristes y talvez tan verdaderas.

LEONOR—Eso dicen todas las mamás. (Aparte). «La vaca nunca recuerda cuando fué ternera».

MATILDE—Tengo una incertidumbre horrible. Nó, yo no puedo resolverme, Leonor.

LEONOR—Si usted lo quisiera de veraz, se resolvería.

MATILDE—Anda a la cocina: mamá se ha de notificar.

LEONOR—No olvide niña Matildita que en sus manos está la suerte o la muerte. (Aparte) Ah!, si logro convencerla, el señor Carlos me ha ofrecido trabajar para que ese pícaro del José se case conmigo. (Sale)

ESCENA VIII

MATILDE (SOLA)

MATILDE—(Cubriéndose la cara con las manos). Dios mío, esta lucha es superior a mis fuerzas. Me parece un sueño horrible....; pero esta carta..... (Saca del bolsillo un papel y lee nerviosamente). Matilde, bien mío:—Ha llegado el momento decisivo. En tus manos está mi vida: con una sola palabra me darás la felicidad o la desgracia eternas.— Por el telegrama que te adjunto, te informarás que mi separación es inevitable. Tengo arreglado todo para tu viaje. (Interrumpiendo la lectura) Qué horror! (Sigue leyendo) Bien sabes tú que sin los obstáculos que se oponen a nuestro matrimonio, yo jamás te obligaría a dar este paso; pero es indispensable para alcanzar nuestra felicidad, porque sólo así, tus padres consentirán en nuestra unión. Creo que no pondrás en tela de juicio mi hombría de bien, dudando de la palabra que, como caballero noble y honrado, te he dado.— En caso negativo a mi proposición, partiré para siempre y nunca volverás a saber nada del infortunado, Carlos.—(Guardando la carta) Oh!, yo no tendría valor para dejarlo partir. (Saca la carta y sigue leyendo). Posdata.—Caso de resolverte, todo está previsto para las seis de la tarde, hora en que tu mamá se va al rezo y tu papá sale a la calle.—Adiós o hasta luego.—(Mete la carta al bolsillo y se deja caer en un sillón, sollozando). Dios mío!, qué lucha tan horrible:

de un lado, el amor de mis padres, de mis padres tan amantes y tan buenos; de otro, el cariño de Carlos: amor frenético que me subyuga y me fascina. Lucha de amores, es lucha de titanes, porque nada hay más grande que el amor. Mi alma, impotente para sostener esta lucha, quiere estallar. ¡Ay!, veo el abismo abierto ante mis plantas; estoy casi a su borde y no tengo valor para retroceder: el abismo me atrae; el abismo me arrastra. Creo que los abismos humanos, entre más profundos, tienen atracciones más fascinantes y sombrías (Reflexionando) ¡Ah!, y si fueran mentidas sus palabras....; pero no, no puede ser; soy injusta con él. Cómo dudar de su cariño cuando me ha dado tantas pruebas?: no he mirado sus ojos, tantas veces empañados por las lágrimas, al advertir en mí la menor muestra de desamor? No he escuchado su voz alterada por la emoción, al hablarme de su cariño?: ¡Ah!, él me ama, me ama. Es verdad que mis padres sufrirán mucho; pero esto será por pocos días, hasta que ellos consientan en nuestro matrimonio; entonces podré volver yo feliz a sus brazos. ¡Oh!, qué dichosa sería: rodeada del cariño de mis padres y del amor de Carlos. (Reflexionando) Si tuviera valor para avisarle todo a mamá... ..; pero Carlos me ha dicho que esto sería una imprudencia temeraria, porque en seguida me encerrarían en un convento y cortarían así nuestras relaciones; y Carlos tiene razón.....

ESCENA IX

DELFINA Y MATILDE

DELFINA—(Entra preocupada y se acerca a su hija). Qué tienes, Matilde? estás muy pálida....

MATILDE—(Procurando disimular su turbación). Nada, mamá, me duele un poco la cabeza.

DELFINA—(Acariciando a su hija). Pobre hijita mía, voy a mandar a comprar una Mejoral. (Sale un momento y regresa) Quizá te pase pronto; tienes que ir esta noche a esa visita.

MATILDE—(Suspirando). Ojalá me alivie la cabeza

para poder ir.

DELFINA—Anda recuéstate un poquito.

MATILDE—Bueno mamá. Aparte) Quiero estar sola y sin embargo, tengo miedo de mi misma. (Sale).

ESCENA X

DOÑA DELFINA (SOLA)

DELFINA—Pobrecita! Cuánto sufre. Pero hoy me ha prometido confesarme todo: sabré el motivo de su pena y podré consolarla. (Se acerca a una mesa, coge de allí un retrato y lo besa con ternura) Angel mío!, es el retrato de su primera comunión. Infancia!, edad feliz en que amamos la vida porque no la comprendemos. Oh!, las madres, cómo quisiéramos estacionar la existencia de nuestros hijos en esta edad, para mirarlos siempre alegres y risueños; para sentir su divino bullicio; para no verlos sufrir nunca. Sí, que vengan sobre mí todos los sufrimientos, todos los martirios, pero que mi hijita no sufra.

ESCENA XI

DOÑA DELFINA Y LEONOR

LEONOR—(Con malicia) Señora, ya deja el rezo.

DELFINA—(Mirando el reloj). Pero si todavía no son las seis.

LEONOR—(Haciendo una mueca). No sé, talvez el señor cura tenga hoy algún asunto urgente porque apresurar el rezo. (Aparte) A nadie le falta trabajos.

DELFINA—De veraz, ahora deben celebrar las vísperas de San José y no debo faltar. Cuida mucho a la niña Matildita.

LEONOR—De eso no se preocupe, señora. Son dos años que estoy sirviendo aquí y en este tiempo he cobrado un grande cariño para la niña: no me separaría de ella por nada de esta vida.

DELFINA—Cuida que la niña no se levante: el aire está muy frío. Hazle compañía mientras vuelvo. (Sale).

ESCENA XII

LEONOR (SOLA)

LEONOR—(Con malicia). En cuanto a la compaña, no se preocupe, mi señora, porque hoy estará bien acompañadita, y pudiera ser que me resulte a mí también (En este momento se oye silbar) Es el silbido del José. (Sale corriendo a la ventana) *Entrá nu más: ahora estoy solita.*

ESCENA XIII

JOSE Y LEONOR

JOSE—Cómo estás, paloma? (Abrazándola).

LEONOR—(Esquivándose). *Quitá, andá a abrazarla a la Carioca.*

JOSE—Pero, qué Carioca?

LEONOR—*Sí, hacete el inocento: a la cocinera de la ña Clemencia.*

JOSE—*Callá, negrita no seas tan maliciosa; cómo creís que me va a corresponder a yo, si ella tiene otros enamorados.*

LEONOR—Entonces, por qué le estabas tirando terrones el otro día?

JOSE—Te has de haber equivocado con algún otro

LEONOR—Entonces ha de haber sido tu ánima.

JOSE—*Vos mismo me has dicho muchas veces que soy tímido, que no entro a verte, y cómo creís que me voy a estar enamorando de la Carioca que es tan encopetada.*

LEONOR—Para eso no hay tímidos: todos son faítes. Como la Carioca es de mucha concha y de mucha paineta te ha de gustar más que yo, y vos con negar lo pagáis todo.

JOSE—Vos también estuviste conversando y *ouquetiando* el otro día, con esé zapatero que le dicen el Ohivilo, y quién te dice *naide* nada?

LEONOR—Eso porque *vís* que mi amistad es *sín-cera* que de no ya te *embravaras*. Por qué no veniste ayer?

JOSE—Estuve empañetando la casa de *ñora* Vicinta; pero denoche vine y estuve silbando, *neto chigua-co*, más de una hora y no saliste.

LEONOR—Qué iba a salir, si mi patrona que es tan beata, y que tiene el resabio de vivir sólo rezando, me *cargó* al rezo. Pero yo con la tentación que has de estar esperándome, qué iba a rezar con devoción: me parecía oír tu silbo por toda la iglesia, y estaba regresa a ver para un lado, regresa a ver para otro: qué *fiero* ha sabido ser llegar a querer así. Cuando vivía yo con mi mama, cuántas *pizas ohupé* por vos; pero *sois* un mal agradecido.

JOSE—(Riéndolo). Vos *sois* una *alabanciuda*, pero yo te quiero con todos tus *defictos*. (Abrazándola).

LEONOR—(Esquivándose con coquetèria). *Quitá*, zalamero, quien te cree.

JOSE—Ay, si no te quisiera, *creís* que te *aguanta-ra* tanto; ya tiempos me hubiera buscado mi comodidad. Cierto, anteayer hice hacer una carta y te mandé, por qué no me mandaste la *contestá*?

LEONOR—Ay, que yo supiera *escrebir*, primores te pusiera; pero qué tu carta me la dió leyendo la Clara; pero como ella lee medio medio, no pude entender lo que decías. Lo único que entendí es que te quejabas que *no tenís* quien te de cooinando y que decías que *querís* sacarme de *cuarto a parto*.

JOSE—Y vos, qué *decís* en eso?

LEONOR—Yo *quihaciendo*, después me has de dar el pago: si *querís*, *casate* y de no mejor me voy a *largar* de aquí.

JOSE—Yo *te* de seguir donde te *vais*. Pero me voy; no vaya a salir tu patrona.

LEONOR—La niña Matilde, aun cuando salga; yo también le hago buenas *paradas* a ella.

JOSE—Ya viene, me voy, hasta luego, palomita, *saldrás.*

LEONOR—Hasta luego, *fiero mudo.*

ESCENA XIV

LEONOR Y MATILDE

MATILDE—(Entrando muy nerviosa) Leonor, he reflexionado; el paso que me proponía dar es horrible; no puedo dar sin mancillar para siempre mi honor y el de mis padres. Felizmente, todavía es tiempo.

LEONOR—Usted verá, niña Matildita; yo lo único que hago es servirla como más puedo. (Aparte) Estos escrúpulos duran un *ratito*; luego vuelven a ocupar sus puestos *nuestros queridos tormentos*: así mismo me sucede a *mí*, con ese pícaro del José.

MATILDE—(Sacando del bolsillo un papel). Esta es mi contestación en la cual le indico mi resolución definitiva. Toma. (Entrega la carta a Leonor y la retira) Nó, trae, voy a leer de nuevo: no sea que haya alguna palabra que pueda ofenderlo. (Desdobra el papel y lee en silencio).

LEONOR—(Aparte) Qué es que dije yo: ya va el señor Carlitos a ocupar otra vez su lugar.

MATILDE—(Se acerca a una mesa y escribe). Esta palabra está muy fuerte: puede resentirse. (Dobra y entrega la carta a Leonor).

LEONOR—(Aparte). Si el señor Carlitos es lidiado en estas cosas no se desalentará con esta contestación. El ánimo de la niña Matilde es bueno para él. (Sale)

ESCENA XV

MATILDE (SOLA)

MATILDE—(Exaltada). Dios mío, qué dirá Carlos al leer mi carta? Si insistiera en irse...., qué horror!: yo no tendría valor para verlo partir. (Se cubre la cara y solloza) Pero me sentó mal, muy mal. Voy a recostarme un ratito. Ya debe venir mamá y es necesario que me encuentre en la cama. (Sale).

ESCENA XVI

CARLOS Y LEONOR

LEONOR—(Entra con precaución). No ha estado aquí. (Haciendo señas a Carlos) Siga no más, señor Carlitos, que enseguida voy a llamarla.

CARLOS—Dile que quiero hablar dos palabras, nada más que dos palabras; que por favor me oiga: que serán las únicas y últimas con que la molesto.

LEONOR—Pero verá señor Carlitos, cuanto he hecho por usted; si no cumple su promesa....

CARLOS—Calla Leonor, no seas tonta. Yo soy hombre de palabra: enseguida que pueda realizar mi matrimonio con Matilde, se hará también el tuyo, porque yo le obligaré al José y les apoyaré con todo. No depende sino de la actividad que despliegues en estos momentos.

LEONOR—(Entusiasmada). Oh!, señor Carlitos, tenga de seguro que se la traigo aquí a la niña Matilde; lo demás, corre de su cuenta. (Sale).

ESCENA XVII

CARLOS (SOLO)

CARLOS—Pues no creí tener tal contestación. (Desdobra la carta y lee) Carlos: si pudieras ver la lucha que sostengo con migo misma y el sufrimiento que esto me produce, tendrías piedad de mí y no me exigirías lo que me exiges. Mi amor para tí es más grande que nunca; pero no puedo, o mejor dicho, no debo acceder a lo que tú me pides: el amor de mis padres y mi honor me lo impiden.—Perdóname. No puedo coordinar las ideas. Quisiera hacerte comprender el estado de mi alma; pero estoy fuera de mí .. Te amo, te amo Carlos. No te vayas. Espera.—Matilde. (Dobra la carta y la guarda en un bolsillo) De su cariño no puedo dudar: soy su primer amor y cuando la mujer ama de veras es capaz de todo. Pero ya viene. Es necesario.....

ESCENA XVIII

CARLOS Y MATILDE

MATILDE—(Entrando, con abatimiento) Carlos!!

CARLOS—(Con tristeza, cogiendo las manos de Matilde) Matilde, perdona que me haya atrevido a entrar en tu casa, sin tu consentimiento; pero no tuve valor de partir sin darte mi último adiós.

MATILDE—(Suplicante) Carlos, no te vayas.

CARLOS—Matilde, yo no vengo a reconvenirte por la contestación que acabas de enviarme; ante el convencimiento de tu desamor, ante la indiferencia con que miras que me aleje de tí, yo no puedo nada; ni siquiera suplicarte: no me gusta el amor por compasión.

MATILDE—Carlos, serías capaz de dudar de mi cariño?. (Saliendo a la puerta con inquietud). Leonor, verás si viene mamá.

CARLOS—En cuanto a tu cariño ya no me queda ni el triste recurso de la duda: tengo la certidumbre de que tú no me amas.

MATILDE—Qué injusto eres.

CARLOS—Dices que es tu honor quien te impide acceder a mi proposición. Esta es la mayor afrenta que puedes hacerme; eso es tanto como dudar de mi caballerosidad. O es que talvez consideras como un deshonor llevar mi humilde apellido?

MATILDE—(Sollozando). Por piedad, Carlos, no me martirices.

CARLOS—(Suplicante, cogiendo las manos de Matilde) Matilde, un destello de esperanza ha producido en mi alma tus últimas palabras y tus lágrimas, y por eso me atrevo a suplicarte, por la vez última: Matilde, apiádate de mí; no me hagas el más desgraciado de los hombres. (Cae de rodillas y se lleva el pañuelo a la cara) Matilde! Matilde!

MATILDE—(Conmovida, levantando a Carlos). Carlos, levántate: haré lo que tú quieras.

CARLOS—(Fuera de sí). Oh! (abrazando a Matilde). Qué feliz me haces, Matilde mfa!!

MATILDE—Sólo te exijo una condición.

CARLOS—Qué no haré yo por tí, Matilde?: yo que soy la altivez personificada y que jamás me he humillado, no he doblado ante tí mis rodillas reverente? Mándame lo que quieras; eres mi diosa, yo soy tu esclavo.

MATILDE—(Nerviosa). Júrame que me amarás siempre.

CARLOS—(Con solemnidad). Te juro por Dios, por mi madre y por mi honor amarte eternamente y ha certe mi esposa, en el momento mismo en que tus padres den el consentimiento.

MATILDE—Gracias, Carlos, te creo. Ahora, anda espérame en el lugar que me indicabas en tu carta. Voy arreglar algunas cosas.

CARLOS—(Con emoción). Hasta luego Matilde, apresúrate, puede venir tu madre. Después de cinco minutos estará listo el carro en la esquina.

ESCENA XIX

MATILDE Y LEONOR

MATILDE—(Muy nerviosa). Leonor, alista todo lo que creas conveniente; en este momento nos vamos.

LEONOR—(Muy contenta). Está bien niña Matildita (Aparte). No deca ya; si este señor Carlitos tenía cara de vivo. (Sale)

ESCENA XX

MATILDE (SOLA)

MATILDE—(Muy nerviosa y agitada). Dios Mfo!, qué he hecho? Pero, cómo resistir a sus lágrimas, cómo permanecer impasible a sus ruegos? Dicen que los hombres cuando lloran es porque sufren lo indecible; y él ha llorado; he sentido caer sus lágrimas en mis manos. (Coge los retratos de su padre y de su madre; los coloca juntos en una mesa y se arrodilla llorando). Padres mfos, perdonadme: harto he luchado; pero una fuerza irresistible y ciega me arrastra a

pesar mío. Será el amor o la fatalidad? (Coge el retrato de su madre y lo estrecha frenéticamente y lo besa). Madrecita mía, ten piedad de mí, no me maldigas. (Coge el retrato de su padre y lo besa también). Padre de mi alma!, reprimid tu justa indignación y perdoname. (Mirando a todos los lados como fuera de sí). Adiós objetos queridos, testigos de mi inocente dicha; adiós nido de amor, en donde se desarrolló mi infancia alegre y risueña en medio de mimos y caricias.

ESCENA XXI

MATILDE Y LEONOR

LEONOR—(Entrando apresuradamente). Niña Matildita, el carro está listo. Vamos. Ya misma sale el rezo y viene su mamá

MATILDE—(Cogiendo unos retratos de la mesa). Vamos. (Se deja llevar maquinalmente por Leonor).

LEONOR—(Sale con Matilde y luego regresa). Por fin seré feliz. Con el señor Carlitos no hay vuelta a luegos y el José no me ha de dejar burlada. Pero ya repican las campanas: el rezo debe haberse terminado. (Va de un lado a otro). Pero, qué me dijo que lleve? No me acuerdo, no me acuerdo. Me voy. (Sale apresuradamente).

ESCENA XXII

CLARA (SOLA)

CLARA—(Entra precipitadamente). Niña Delfinita, niña Delfinita, a la niña Matildita se la llevan en carro. Pero aquí no hay nadie. Y ahora, qué hago? (Sale corriendo).

ESCENA XXIII

DOÑA DELFINA Y CLARA

DELFINA—(Entra gritando desesperadamente). Matidel!, Matidel!, Leonor, Clara, por Dios, qué ha sucedido? (Va de un lado a otro como una loca). Dios

mfo!, su cuarto está en desorden; mi hija!, dónde está mi hija?

OLARA—(Entra muy agitada). Niña Delfinita, un señor vino en carro y se la llevó a la niña Matildita.

DELFINA—(Retrocede horrorizada). Matilde!!, Matilde!!, hija mfa! (Cae sin sentido)

OLARA—(Llorando). Y ahora, qué hago yo, Dios mfo!, qué hago?

ESCENA XXIV

DOÑA DELFINA, DON RICARDO Y CLARA

RICARDO—(Entra tranquilamente; de pronto ve a Delfina sin sentido y retrocede sorprendido). Qué es esto? Dónde se encuentra Matilde que no está atendiendo a su madre?

CLARA—(Temerosa). La niña Matildita....se fue de la casa....con un señor....

RICARDO—(Fuera de sí, agarrando a Clara por los brazos). Qué dices? Estás loca?

CLARA—(Llorando). No me agarre tan fuerte, niño Ricardito, que yo no tengo la culpa. Un señor vino en carro y se la llevó.....

RICARDO—(Exasperado). Será posible? Maldición!! (Saca de un cajón un revólver y pone al bolsillo). Ay del criminal que se ha atrevido a tanto! (Sale precipitadamente).

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

ESCENARIO: Una pieza de habitación modestamente arreglada.

ESCENA I

MATILDE Y SU HIJA

MATILDE—(Aparece vestida de negro, sentada en un sofá, con una niña en los brazos y con demostraciones de profundo abatimiento) Son más de las tres de la tarde y Carlos no viene al almuerzo. Esto es de todos los días. Dios mío!, qué tarde he comprendido la triste realidad de la vida: el amor es un mito. (Abrazando a su hija y enjugándose las lágrimas) Pobre hijita mía!, por qué naciste mujer?

ESCENA II

MATILDE Y LUCRECIA

LUCRECIA—(Desde la puerta) Se puede?

MATILDE—(Enjugándose rápidamente las lágrimas) Entra, amiga mía. Ven. Siéntate.

LUCRECIA—(Abrazando a Matilde) Qué es eso, Matilde?: hoy has llorado también. No hay un solo día que no te encuentre llorando. Voy a dejar de venir a verte. Me estás volviendo nerviosa. Ten resignación, Matilde: Carlos te quiere.....

MATILDE—(Suspirando con amargura) Ay Lucrecia que distinta es la realidad de las ilusiones que forjamos en nuestra loca fantasía: el amor es un mito. En los primeros días, qué solícito, qué cariñoso se mostraba Carlos; pero ahora, no sólo que le soy indiferente, sino que le fastidio.

LUCRECIA—Exageras, Matilde.

MATILDE—No creas Lucrecia. Pero al fin, si esta indiferencia sólo fuera conmigo, me resignaría; pero

esa displicencia con mi hija, (estrechándola contra su corazón) con este pobre angelito, me parte el alma, y no puedo, no puedo resignarme....

LUCRECIA—(Conmovida) Pobre Matilde, ten resignación: al fin y al cabo Carlos tiene que reconocer la magnitud de tu sacrificio, tu bondad y tus virtudes, y pronto remediará tu situación.

MATILDE—(Con amargura) No te burles, Lucrecia, Carlos no me ama, no me ha amado nunca: me engañó miserablemente. A los pocos días que salí de mi casa, le exigí que escribiera a papá, como me había prometido, disculpándose y pidiendo consentimiento para nuestro matrimonio; pero Carlos dijo que nunca podía humillarse a tanto. Desde aquel día, empezó mi calvario: dudé de su cariño y nada hay más terrible que la duda. Desde el momento mismo en que abandoné mi hogar, no he tenido un instante de tranquilidad. Oh!, el amor culpable no puede dar sino remordimientos y desesperación. Carlos me engañaba diciendo que el día que cumpla yo los veintidós años, nos casaríamos; hace tres meses que los he cumplido y ahora no se da por notificado.

LUCRECIA—Pero tú debes exigirle.

MATILDE—Todo sería en vano. Pero no es éste el motivo principal de mi desgracia: hay algo más terrible y doloroso; algo que me desespera y con lo que no podré conformarme nunca: es la muerte de mi madre de la que soy yo la única culpable. (Con desesperación) Soy una criminal, Lucrecia: con mi deshonra ocasioné la muerte de mi madre, de mi madre tan buena; de mi madre tan santa, de ella que me adoraba hasta el delirio. (Entre sollozos) Para mí no hay, no puede haber consuelo.

LUCRECIA—(Abrazando a Matilde) Oalla, Matilde no te desesperes. Exageras demasiado tu falta. Bien está que te acuses por tu debilidad; pero no por la muerte de tu madre: tú no tienes la culpa de eso.

MATILDE—Hay Lucrecia, si yo no hubiese cometido esta falta, de seguro, mi madre viviría feliz. En

vano tratas de atenuar mi dolor.

LUCRECIA—Supiste tú el día en que murió tu madre?

MATILDE—Ay si hubiera sabido!: sin miramiento alguno me habría ido a postrar ante su cadáver; a besar sus hiertos ojos; a regar con mis lágrimas esas manos que tantas veces me acariciaron; a implorarle perdón.... Ella me habría perdonado porque el corazón de las madres palpita de amor para sus hijos, aún después de muertas. Pero me informé tarde. Carlos supo ocultarme hábilmente la muerte de mi madre, y como yo no salgo nunca a la calle, nadie pudo avisarme. A las tres semanas, supe por Leonor, mi antigua sirvienta que rara vez me visita.

LUCRECIA—Pero ~~veo~~ que te pones mal. No hablemos más de esto. Yo creo que tú tienes por todo lo acontecido, pleno derecho para reclamar a Carlos el cumplimiento de su promesa.

MATILDE—Ya le he reclamado muchas veces, más que por mi situación, para tener derecho de ir donde mi padre, a postrarme a sus plantas, a implorarle perdón.

LUCRECIA—Y qué dice Carlos?

MATILDE—Dice que no quiere convertir en deber nuestro cariño y otras fútiles evasivas por el estilo. Ay Lucrecia, no te fíes nunca del cariño de los hombres. En vano dicen que las mujeres sabemos fingir: ellos fingen hasta el llanto.

LUCRECIA—(Levantándose). Me voy. Puede venir Carlos y no quiero que me vea. Ayer no más me encontró aquí. De noche volveré un ratito para hacer-te compañía.

MATILDE—Gracias, Lucrecia, te espero. Ven sin recelo. Ya sabes que por las noches, Carlos nunca está aquí.

LUCRECIA—(Abrazando a su amiga). Hasta luego Matilde. (Acariciando a la niña) Cuando despierte hazle caricias a mi nombre.

MATILDE—(Acompañando a su amiga hasta la puerta). No olvides que te espero.

ESCENA III

MATILDE Y SU HIJA

MATILDE—(Pone a la niña en un sofá, la besa y la acomoda). Angel mío! (Acercándose al tocador) Voy a quitar con un poco de polvo, las huellas de mis lágrimas. A los hombres disgusta siempre el llanto de sus víctimas. Cuando Carlos era enamorado y veía que yo había llorado, solía decirme que así le parezco más hermosa; pero ahora dice que me pongo fea. Oh!, la mutabilidad del corazón humano.

ESCENA IV

MATILDE Y CARLOS

CARLOS—(Entrando disgustado). Buenas tardes.

MATILDE—Buenas tardes, Carlos. Por qué has tardado tanto?

CARLOS—(De mal humor). Ya te he dicho que me disgustan esas preguntas. Bonita idea: uno va a dar cuenta de todos sus actos. Si me he tardado, razón habré tenido para ello.

MATILDE—No te disgustes, Carlos; si mi pregunta te ha incomodado, no volveré a hacerla. (Se enjuga los ojos disimuladamente).

CARLOS—Harás bien; así hemos de pasar menos mal. (Mirándola). Pero ya estás con esos lloriqueos; si supieras cuánto me disgusta, no volverías a llorar en mi presencia.

MATILDE—(Sin darse por aludida). Vas a almorzar?

CARLOS—Sí, pero te advierto que ahora no tengo buen humor; si no está buena la comida, mejor será que no me la presentes.

MATILDE—Pero tú sabes que ya no me quedaba casi nada de los treinta sucos que me diste hace veinte días, por lo que la comida no está muy buena.

CARLOS—(Contrariado). Tú has nacido para mujer de un millonario: gastas sin medida.

MATILDE—Por muchas economías que hago, no me alcanza lo que me das. Para docientos cincuenta sures que ganas mensualmente, me parece muy poco los cincuenta sures que me das para los gastos de la casa.

CARLOS—(Colérico). Vaya pues, ahora has estado con ganas de tomarme cuentas no sólo del tiempo, sino del dinero. (Despreciativamente). Para el caso que te hago.....

MATILDE—Mientras voy a prepararte el almuerzo, te suplico, veas si se despierta la niña.

CARLOS—Eso es; ahora voy a estar hasta de nodriza. (Matilde sale sollozando);

ESCENA V

CARLOS (SOLO)

CARLOS—Qué fastidio me causa esta mujer, con su cara de Magdalena, con sus eternas lágrimas, es capaz de despechar a cualquiera. Qué contraste tan brusco hace con Gloria: ella tan jovial y encantadora. Junto a esa mujer si debe ser dulce la vida; a pesar que todo cansa, hasta la alegría; cómo no ha de cansarme a mí la perenne tristeza de esta mujer?

ESCENA VI

CARLOS Y LEONOR

LEONOR—(Entra con la cara vendada). Buenas tardes, señor Carlitos.

CARLOS—(De mal humor) Qué se te ofrece muchacha? Cómo estás?

LEONOR—(Con acento lastimero) Yo, mal, muy mal, señor Carlitos: ese pícaro del José, porque apodóse le cogí en una cita con la Carioca, diciendo que lo he seguido, me dió una paliza tan tremenda que casi me deja por muerta.

CARLOS—Bien hecho: quien te manda a meterte en esas cosas.

LEONOR—(Aparte) Claro como él anda en lo mismo.....(Dirigiéndose a Carlos). Señor Carlitos, *dónde* están sus promesas? No dijo que me iba hacer casar con el José, que le iba a dar trabajo a él y a mí, no se que tantas otras cosas....Todos son lo mismo: hasta pasar el río.....

CARLOS—(Disgustado) Yo qué tengo que meterme en asuntos ajenos. Acaso no tengo suficiente con los disgustos que me da tu patrona? (Coge un periódico y se pone a leer).

LEONOR—(Aparte). Cuando con ella no tuvo ley, peor conmigo. (Dirigiéndose a Carlos) Vea señor Carlitos

CARLOS—Bueno, *dí* al fin, qué es lo que quieres?

LEONOR—Lo que quiero es que usted lo llame al José, y le aconseje que no me trate tan mal; le amenaza, o lo que usted vea conveniente: yo quiero que usted remedie mi situación.

CARLOS—(Disgustado). No seas imbécil; él es libre y no he de ser yo quien, sin ningún derecho vaya a poner trabas a su voluntad.

LEONOR—(Con altanería). Bueno señor, no haga el favor pero no muestre ese mal modo. Con las pobres mujeres todos son lo mismo. (Aparte) Pero de éste yo sé cómo me desquito.

ESCENA VII .

MATILDE, CARLOS Y LEONOR

MATILDE—(Entra con una servilleta y un par de cubiertos en la mano, pone en una mesa, luego sale y regresa con un plato de comida). Ven Carlos, el almuerzo ya está servido.

CARLOS—(Sin contestar, se acerca a la mesa, se sienta y empieza a comer; de pronto, se levanta colérico y tira los cubiertos al suelo) Esto no sirve: frío, feo....(Dirigiéndose a Matilde). Tú no sirves sino pa-

ra molestarme.

MATILDE—(Cogiendo los cubiertos del suelo). No te pongas colérico, Carlos; si está frío, iré a calentar de nuevo.

CARLOS—(Colérico) No necesito: a tí te ha de hacer más falta.

MATILDE—Ya te dije que no tenía dinero para hacer una cosa mejor.

CARLOS—Es que no sirves para nada.

LEONOR—(Santiguándose) Ave María! éste si ya le venció al José

MATILDE—(Coge a la niña en sus brazos, la acaricia y disimuladamente se enjuga las lágrimas). Vida mía!

CARLOS—(Cogiendo el sombrero) Me voy; aquí no encuentro sino motivos de disgusto.

MATILDE—(Acercándose a Carlos con la niña en los brazos) Mira Carlos, no te vayas, ve como extiendes sus manecitas la nena para contenerte.

CARLOS—(Empujándola) No me molestes. Déjame que me vas a sacar de paciencia. (Sale).

LEONOR—(Saliendo también) Voy a ver para donde se va.

ESCENA VIII

MATILDE Y SU HIJA

MATILDE—(Estrecha a su hija entre sus brazos y solloza) Hija mía!, tu padre te desprecia. (Besándola) Bien mío, por qué naciste mujer? Cómo quisiera arrancarte el corazón para que no ames nunca. Oh amor, maldito amor, quisiera arrancarte de mi pecho como se desprende una planta venenosa. (Solloza).

ESCENA IX

MATILDE Y LEONOR

LEONOR—(Entrando) Niña Matildita.

MATILDE—Ven Leonor.

LEONOR—(Llorando) Ay, niña Matildita, qué desgraciadas somos las mujeres que nos dejamos engañar por estos perversos. Si viera de qué modo me ha tratado ahora, el pícaro del José....

MATILDE—Ay Leonor, qué cara se compra la experiencia. Somos culpables es verdad, pero la sociedad es muy injusta con nosotras: castiga a la víctima y absuelve al verdugo.

LEONOR—Así es niña Matildita: a las pobres mujeres aun cuando nos maten los maridos, no nos hacen justicia. El otro día que el José me acabó de pegar, fui a dar parte a la policía, y sabe lo que me dijeron?: derecho ha de tener sobre vos cuando te ha pegado.

MATILDE—(Besando a su hija) Pobre ángel mío, está dormida. (La acuesta en un sofá, la acomoda y vuelve a sentarse).

LEONOR—Niña Matilde...., (indecisa) nó, mejor no le digo.....

MATILDE—(Sorprendida) Leonor, qué es lo que quieres decirme?

LEONOR—Lo que le voy a decir, es que no vale la pena de que se ponga usted así.

MATILDE—Dime, dime Leonor, todo lo que sepas, sin rodeos, que ya nada me asusta.

LEONOR—Nó, yo no le digo.

MATILDE—(Nerviosa) Yo te suplico Leonor, por Dios, dime.

LEONOR—Sabe niña Matildita que el señor Carlos está en unos amores locos.

MATILDE—(Se levanta fuera de sí) Leonor!, qué es lo que dices? Con quién?

LEONOR—Con la señorita Gloria Manzoni.

MATILDE—(Nerviosa) Pero, cómo lo sabes? Quién te ha dicho? Dios mío!, será posible?

LEONOR—De eso no tenga duda, porque yo le he visto conversando muchas veces con la señoaita Gloria.

MATILDE—Estás segura, Leonor?

LEONOR—Con estos ojos que se han de hacer tierra, lo he visto conversando con ella en la ventana de su casa. También he visto que le manda ramos de flores y papeles con la criada. El otro día vi que la señorita Gloria, le ponía un clavel rojo en el ojal del saco, al señor Carlos.

MATILDE—(Con ansiedad). Cuándo fué eso?

LEONOR—Hace tres días.

MATILDE—(Recordando) Es verdad: el martes vino puesto un clavel rojo. Pero a tí te consta lo demás?

LEONOR—Pero, qué necesidad tengo de mentirle, niña Matilde? Ah!, usted no sabe lo que son estos hombres. El mío que apenas gana dieciocho reales diarios se da sus modos con la Carioca, que es tan aseñorada, qué será estos señores encopetados que tienen plata para todo? (Levantándose). Me voy, no sea que venga el señor Carlos: tan bravo que ha sido. (Sale).

ESOENA X

MATILDE (SOLA)

MATILDE—(Va de un lado a otro desesperadamente) Dios mío!, Dios mío!, será posible? Pero, por qué dudo. No es esto lo que he temido siempre, o mejor dicho, lo que he esperado? Acaso Carlos no es capaz de eso y mucho más? (Se sienta y reflexiona un momento) Pero esto no es posible. Leonor se disgustó hoy con Carlos; oí su disputa; puede ser que haya dicho por vengarse de él. (Levantándose con desesperación) Oh!, monstruosa duda, incertidumbre abrumadora, conviértete en realidad tangible; por horrible que seas, debes ser menos cruel, menos desgarradora: habrá martirio más atroz que la duda? Qué no haría por tener una prueba convincente, la certidumbre plena de su traición. (Con resolución) Yo lo sabré. Lo sabré en cualquier forma; aun cuando para ello sea preciso descender hasta el espionaje. Me disfrazaré; me pondré junto a la ventana y podré oír sus colo-

quios amorosos; aun cuando mi alma quede desgarrada y mi cuerpo petrificado; pero sabré la verdad. (Se acerca a un escritorio y busca nerviosamente entre los papeles que hay allí. Coge una carta y la desdobra). Es letra de mujer. (La acerca nerviosamente). Está perfumada (Lee en silencio) Oh!, sí.... (Con siniestra alegría) Es de ella!: ya no podré dudar. (Leyendo en voz alta). Carlos mío: (dejando de leer, con indignación), mío, mío (Sigue leyendo) Ven a verme un poco antes que de costumbre: necesito hablarte urgentemente Tu amada, Gloria. (Estrujando la carta con desesperación). Corazón estúpido, que necesitas de estas pruebas; aún con esto no querrás convencerte? (Fuera de sí va de un lado a otro) Buscaba con avidez loca, la realidad para huir de la duda, y esta realidad está en mis manos, y esta realidad me mata, me anonada, me enloquece, y quisiera volver a dudar; pero no puedo!! (Estrujando la carta) Ay!, parece mentira que estos pocos rasgos, pudieran desgarrar así una existencia. (Se deja caer en un sillón, sollozando)

ESCENA XI

MATILDE Y LUCRECIA

LUCRECIA—(Entrando) Matilde, no he dejado aquí.... (Mira a Matilde, corre hacia ella y la abraza) Matilde, qué ha pasado?

MATILDE—(Con la voz entrecortada por los sollozos) Lucrecia, hoy se ha consumado mi desgracia....

LUCRECIA—Pero qué sucede?

MATILDE—El, él, el infame se casa....

LUCRECIA—Qué dices? Con quién?

MATILDE—Con Gloria Manzoni

LUCRECIA—Pero, será verdad?

MATILDE—Mira. (Entregándole la carta).

LUCRECIA—(Leyendo) Oh!, esto es una infamia. Quién hubiera creído en Gloria.

MATILDE—Gloria, hasta con el nombre me insulta..... Ella es hermosa, es rica y feliz, y yo.... Dios

¡míol, qué soy yo?: soy una triste ruina de mí misma; però una ruina que sufre: un espectro con corazón....

LUCRECIA—No te desesperes, Matilde, aún no se ha consumado el hecho.

MATILDE—Dices bien, Lucrecia, por qué sufro?: no es un desengaño; esto es algo esperado; algo que tenía que suceder irremediabilmente. En mis largos insomnios, en mis noches de soledad y de tristeza, al pensar en la posibilidad de que Carlos pudiera traicionarme, he sentido algo indecible; he sentido celos; pero unos celos horribles, espantosos. Que con sólo imaginarme me he desesperado; ahora que no es imaginación; ahora que palpo la realidad, una realidad más aterradora, más monstruosa que la que pudo concebir mi mente, no sé lo que siento, Lucrecia. (Con desesperación). Y sentir la impotencia... ..(Llora a sollozos).

LUCRECIA—(Enjugándose las lágrimas y abrazando a Matilde). Ay!, Matilde, si pudiera hacer algo por tí.....

MATILDE—Y pensar todo lo que he sacrificado al amor de este canalla....

LUCRECIA—Qué infamia, qué injusticia; y la sociedad no sólo mira con indiferencia estos crímenes sin nombre, sino que los socapa. Los hombres hacen gala de sus conquistas múltiples: el mundo los aplaude; y a la mujer?: a la mujer la condena, la relega, la aísla despiadadamente. Por qué no se aísla, por qué no se condena también al infame que, muchas veces como ésta, valiéndose de farzas y de engaños, la deshonra? (Dirigiéndose al público) Oh! sociedad injusta, eres la responsable de la prostitución de muchas vidas: en vez de dar la mano a la mujer caída, la pisoteáis y la hundís más en el abismo. La mujer es culpable, es verdad; merece castigo; pero el hombre que la engaña, el hombre que la seduce falazmente, por qué ha de quedar impune? Castigadnos, castigadnos sí, pero con equidad: a ellos por perversos; a nosotras, por débiles!

MATILDE—(Abrazando desesperadamente a su amiga). Ay Lucrecia, qué va a ser de mi hija?

LUCRECIA—Pobre Matilde, procura serenarte. Estás muy exaltada. (Levantándose) Voy a volver trayéndote algún calmante nervioso. Ya vuelvo. (Sale).

ESOENA XII

MATILDE (SOLA)

MATILDE—(Reaccionando súbitamente). Infame!, Infame! He sido una imbécil al soportar de él tantas groserías y desprecios. (Con resolución) Qué vengo: Ahora le haré entender de lo que es capaz una mujer ofendida. Siento la embriaguez extraña de la indignación y de la rebeldía: nada temo (Reflexionando) Pero, qué le importa a él mi desprecio? El hombre se burla siempre del desprecio de la mujer vencida. (Si-gue registrando los papeles). Veamos qué más hay aquí. (Alzando un retrato) Un retrato! (Lo mira y lo arroja).

ESOENA XIII

CARLOS Y MATILDE

CARLOS—(Entra disgustado y se acerca al escritorio). Qué significa el desorden de mis papeles? Con qué derecho registra usted, señorita?

MATILDE—(Indignada). Y tienes el cinismo de preguntarme, malvado?

CARLOS—(Sorprendido) Hola, de dónde acá tanta osadía? A qué se debe tanto atrevimiento?

MATILDE—(Colérica). Se debe a que la víctima que ayer convertiste en autómata, recobra hoy su conciencia y reclama sus derechos.

CARLOS—(Burlándose). Qué derechos reclama la señorita?

MATILDE—Búrlate cuanto quieras, infame. Todo lo sé por esta carta. (Enseñándole).

CARLOS—(Sarcásticamente). Ya lo sabes?, vaya, me alegro: eso me evita el disgusto de comunicarte.

MATILDE—(Indignada). Descarado!

CARLOS—(Colérico). Menos insultos, señorita: entre los dos todo ha terminado. Sepa usted que después de ocho días me caso con Gloria Manzoni; ya ve que por esta vez, no he tenido mal gusto: es hermosa, rica.....

MATILDE—(Con desprecio). Comprendo que cuando tú te resuelves a casarte, ella ha de ser rica, ya que para los hombres mezquinos como tú, no hay mayor atractivo que el dinero. Ya nada me importa: Ha caído el velo de mi loca ilusión, y te veo tan miserable, como eres. Siento tanto desprecio por tí que aún cuando te viera postrado a mis plantas, como cobardemente lo hiciste para engañarme, te rechazaría.

CARLOS— Eres muy tonta para recordarme estas sandeces.

MATILDE— Te repito que a mí nada me importa, infame.

CARLOS— (Amenazándole). Silencio, ni una palabra más. Imbécil, qué tienes que reconvenirme? Acaso yo te he sacado por fuerza de tu casa: saliste por tu voluntad.

MATILDE— Qué más fuerza que el engaño; qué más fuerza que la súplica falaz para una mujer sensible e ingenua como yo?

CARLOS— (Suavisando la voz). Sé razonable alguna vez y óyeme: Gloria me ha impuesto como condición que me separe hoy mismo de tí. Puedes irte donde tu padre, el cual, estoy seguro que te recibirá con los brazos abiertos; porque yo te engañé al decirte que tus padres no daban contestación a tus cartas. (Entregándole un papel). Mira, es una carta que escribió tu madre.

MATILDE— (Cogiendo precipitadamente). Mi madre... (Mira y besa la carta). Madre mía!! madre mía!! (Lee en silencio). Parece mentira que hubiera hombres tan perversos como tú.

CARLOS—(Sin darse por aludido). Si te vas voluntariamente, sin formar escándalo, yo te pasaré todo lo necesario para tu subsistencia. Toma para los prime-

ros gastos. (Entregándole un rollo de billetes).

MATILDE—(Con altivez e indignación, arrojando los billetes al suelo). Miserable, de tí no quiero nada. Prefiero mendigar de puerta en puerta, antes que aceptar tu dinero.

CARLOS— Qué orgullo. Debes comprender, infeliz, que no lo hago por tí, sino por mi hija.

MATILDE— Por tu hija has dicho? (Con dignidad) Pues en nombre de ella, yo te rechazo. Mi hija no puede aceptar nada de un criminal, de un malvado como tú. Te prohíbo que vuelvas a decir mi hija. Ella no tiene padre.

CARLOS— (Con sarcasmo). Tanto mejor. Tú tienes razón de saber.

MATILDE— (Con desprecio). Tus insultos no me hieren: te desprecio.

CARLOS— Una mujer en tus circunstancias no tiene más que resignarse.

MATILDE— (Indignada). Miserable!!

CARLOS— (Acercándose amenazante). Basta de insultos. Esta noche hasta las siete, desocupas mi casa.

MATILDE— Lo haré antes, en este momento mismo, porque no llevaré ni un átomo de lo que tú me has dado; pero sólo por lo que tú me ordenas, no me iré ahora.

CARLOS— (Furioso y amenazante). No te irás?

MATILDE— No me iré

CARLOS— (Furioso agarra del brazo a Matilde y le da una bofetada en la cara). Pues te mandaré sacando por la fuerza.

MATILDE— (Fuera de sí por la indignación). Cobarde!, pegar a una mujer

CARLOS—(Amenazándole de nuevo). Si hasta después de media hora, no desocupas mi casa, te arrojaré por la ventana, junto con tu hija. (Sale)

ESCENA XIV

MATILDE (SOLA)

MATILDE—(Llorando desesperadamente). Dios mío!, y es por este hombre criminal y despreciable, por quien me he deshonrado. Y es a este monstruo a quien he sacrificado mi dignidad, mi porvenir, mi vida. Habrá martirio más atroz que el mío? (Con desesperación) Siento desprecio hasta por mi misma, por haberlo querido. (Con resolución). Yo debo irme de aquí. Iré a arrojarme a los pies de mi padre; a implorar su perdón; a llorar en sus brazos mi desgracia. Tengo tanta necesidad de reclinarme mi frente en su pecho cariñoso. Sí, mi padre me perdonará; estoy segura; el amor de los padres es el único verdadero. (Siente pasos, asustada corre y coge a su hija). A pesar mío, tengo miedo. Debo sobreponerme; ese cobarde abusará de mi debilidad. (Estrechando a su hija). Tengo miedo por mi hija: este hombre es capaz de todo.

ESCENA XV

RICARDO Y MATILDE

RICARDO—(Entra severo y conmovido y se presenta a su hija). Matilde!

MATILDE—(Arrojándose de rodillas a sus pies y sin levantar los ojos). Perdón!!, perdón padre mío, soy muy desgraciada!!

RICARDO—(Conmovido). Levántate, Matilde: todo lo sé.

MATILDE—(Se levanta y abraza conmovida a su padre). Padre de mi alma!

RICARDO—(Abrazando a su hija). Hija mía! (Solloza sin poder contenerse).

MATILDE—(Con la voz entrecortada por el llanto). No soy digna de estar en tus brazos. (Después de un momento en el que sólo se oirán los sollozos de ambos). Pero, cómo has venido?

RICARDO—Leonora, nuestra antigua sirvienta, fue en este momento a enterarme de todo. (Cogiendo la cara de Matilde). Matilde, no eres ni la sombra de tí mismo.

MATILDE—No me mires padre mío; tengo vergüenza.

RICARDO—(Mirándola fijamente). Pero, qué tienes en la cara?

MATILDE—Nada papá.

Ricardo—(Indignado). Malvado!, cobarde, se ha atrevido a pegarte; pero hoy me dará satisfacciones de su conducta.

MATILDE—(Muy nerviosa agarra del brazo a su padre). Padre mío, vámonos, vámonos de aquí.

RICARDO—(Con resolución). No me iré hasta no hablar con ese hombre.

MATILDE—(Suplicante). Padre mío, en nombre de mi madre te lo suplico. Te lo suplico en nombre de esta criaturita inocente. (Presentándole a su hija)

RICARDO—(La rechaza indignado). Quitá, es el fruto de tu deshonor; es la hija de ese malvado; no me la presentes: no quiero verla nunca.

MATILDE—(Estrechando a su hija con desesperación). Hija mía!, todos te rechazan, y tú no tienes la culpa de haber nacido!

RICARDO—(Arrepentido, coge a la niña en sus brazos) Tráela: es tu hija. (Mirándola nerviosamente, la estrecha y la besa). Matilde!, eres tú misma! (Besando otra vez a la niña). Hija mía, yo soy tu padre.

MATILDE—(Siente pasos, con angustia coge a su hija y al mismo tiempo el brazo de su padre) Vamos, vamos por Dios papá, ya viene ese hombre.

RICARDO—No temas Matilde: aquí estoy yo.

MATILDE—(Esforzándose por hacer salir a su padre). Vamos papá. te lo suplico.

RICARDO—(Resueltamente). Necesito hablarle.

ESCENA XVI

RICARDO, MATILDE Y CARLOS

CARLOS—(Desde la puerta). Todavía estás aquí? Te arrojaré por la ventana.

RICARDO—(Trémulo de indignación, se coloca delante de Carlos). Todavía estamos aquí.

CARLOS—(Retrocede sorprendido; pero al mismo tiempo, recobrando su serenidad, se encara con Ricardo). Con qué derecho ha penetrado usted en mi casa?

RICARDO—(Mirándolo con desprecio y con ira). Con qué derecho?: con el derecho de padre ofendido que viene a exigirte satisfacción por tu infame conducta.

CARLOS—Ya comprendo: usted viene con la necia pretensión de exigirme que me case con su hija....

RICARDO—(Con mayor indignación). Miserable!, consentir yo, que mi hija se case contigo, antes la mataría.

CARLOS—Entonces, qué pretende usted?

RICARDO—(Sacando un revólver y acercándose amenazante). Matarte!

CARLOS—(Retrocede horrorizado). Maldición!

MATILDE—(Deja a la niña en un sofá y corre a interponerse entre los dos). Padre mío!, piensa en tu hija.

RICARDO—(Empujando a Matilde y dirigiéndose amenazante a Carlos). Cobarde!, pegas a una mujer y retrocedes delante de un hombre. Saca tu revólver y hablemos.

CARLOS—(Se abalanza a quitarle el revólver). Estoy inerme.

RICARDO—(Loco de furia). Ya que no quieres luchar como hombre, te mataré como a un perro. (Hace ademán de disparar).

CARLOS—(Sale de huida y dice fuera del escenario:) Socorro!, socorro!

RICARDO—Cobarde! (Sale detrás de Carlos).

MATILDE—Coge a su hija y la estrecha convulsivamente). Dios mío!, Dios mío!, apiádate de nosotros!!

(Se oye afuera una detonación)

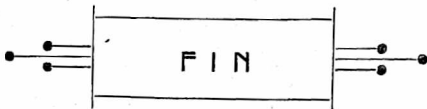
MATILDE—Fuera de sí). Ay!!!

(Entra Ricardo Trémulo y sereno)

MATILDE—(Arrojándose en sus brazos). Padre mío! qué has hecho?

RICARDO—(Guardando el revólver en el bolsillo). Lo que debía: vengar tu deshonor!!

(Telón rápido)



LA ETERNIDAD DE UN INSTANTE

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE
ANGELICA MÁRTINEZ DE VINUEZA

PERSONAJES:

<i>Aydé</i>	<i>de 20 años</i>
<i>Ofelia, madre de Aydé.....</i>	<i>de 40 »</i>
<i>Fernando, padre de Aydé y esposo de Ofelia ..</i>	<i>de 45 »</i>
<i>Elba, amiga de Aydé.....</i>	<i>de 23 »</i>
<i>Jaime, novio de Aydé.....</i>	<i>de 28 »</i>
<i>Judith, amiga de Jaime.....</i>	<i>de 30 »</i>
<i>Cristóbal, pretendiente de Aydé</i>	<i>de 30 »</i>
<i>Luzmila, sirvienta de Ofelia</i>	<i>de 22 »</i>

ACTO PRIMERO

ESCENARIO: Una sala decentemente arreglada.

ESCENA I

OFELIA, FERNANDO Y AYDE

(Aparecen: Fernando, leyendo un periódico; Ofelia, haciendo un tejido, y Ayde arreglándose frente a un espejo. Ofelia levanta la vista a cada momento y mira complacida a Ayde).

AYDE—Qué flor me pondré en la cabeza, mamá?

OFELIA—Ponte un clavel rojo obscuro.

AYDE—Y tú, papito, qué flor prefieres que me ponga?

FERNANDO—(Dejando de leer) Yo poco se de modas, hijita, (bromeando) pregúntaselo a tu mamá: ella está siempre al día.

AYDE—Mamá dice que me ponga un clavel rojo.

FERNANDO—Muy bien: el color rojo es el mejor de los colores.

AYDE—(Después de colocarse un clavel rojo en la cabeza) Me sienta?

OFELIA—Ya lo ves: estás encantadora.

FERNANDO—Bien, bien estás, hijita.

AYDE—Ahora voy a terminar de arreglar mi vestido. (Sale)

ESCENA II

OFELIA Y FERNANDO

FERNANDO—Qué bien se está poniendo Ayde

OFELIA—Es el amor que florece.

FERNANDO—Tú siempre con tus romanticismos; y lo peor es que Ayde ha sacado tu esencia,

OFELIA—Cuánto mejor. No me conformaría que

mi hija sea una mujer prosaica.

FERNANDO—Ni a mi me agradaría que lo sea. Pero el romanticismo exagerado es también un peligro en la vida.

OFELIA—Por qué?

FERNANDO—Las personas demasiado románticas no viven la vida real y por lo mismo, perdiendo el positivo sentido de la vida, fracasan siempre dentro de la realidad. Visten a las personas y a las cosas que les rodean, con los colores y las fantasmagorías que les inspira su imaginación descontrolada y ardiente. Mas como la vida se compone de realidades y casi siempre de duras realidades, cada día encuentran motivos de grandes decepciones.

OFELIA—En realidad es como tú dices. Yo recuerdo cuando era tu novia, creía sinceramente que el matrimonio era una ilusión, un ensueño prolongado, donde se vivía únicamente del amor. Después de casada, cuan duras y prosaicas me parecieron luego las obligaciones de la casa.

FERNANDO—Es que tú creías que el amor lo llenaba todo. Que no se necesitaba comer, vestirse....

OFELIA—Y eso que tú has sido siempre bueno y considerado conmigo.

FERNANDO—Por eso te decía yo que no me gusta que cultives en mi hija un exagerado romanticismo. Tampoco me gustaría que Aydé sea prosaica. Una mujer exageradamente prosaica me parece detestable. Pero es necesario que haya equilibrio entre el romanticismo y la realidad de la vida. Muy triste debe ser el despertar cuando se tiene sueños de color de rosa.

OFELIA—Pobre mi hijita!

FERNANDO—Ya vez lo que pasó con Aydé: entregó su cariño a un forastero; sin conocer ningún antecedente de su vida; sin estudiar siquiera sus peculiares condiciones. Llevada únicamente por su romanticismo, le rodeó con todos los atributos de su fantasía, y ella cree sinceramente que es él el único hombre en la humanidad: que es la encarnación de sus ideales.

OFELIA—Pero que puedes decir de Jaime: es un muchacho inteligente, simpático, correcto y un buen contabilista.

FERNANDO—Sí, pero nadie conoce su familia, la genealogía de ésta. Habrá personas criminales, enfermas, etc., entre sus antecesores.

OFELIA—Oh, si vamos a eso, no habría matrimonios: cuándo en una familia no ha de haber algún inconveniente de esos.

FERNANDO—Claro que se debe conocer siquiera a los parientes más allegados. El objeto del matrimonio es la formación de la familia; ésta no debe formarse al acaso; sino conscientemente; sobre bases psíquicas y biológicas perfectamente definidas. Así la sociedad no estaría apestada como está, de criminales, dementes, tuberculosos, etc. Por otra parte, fíjate en el caso de nuestra hija: ella cree que Jaime es el hombre perfecto; que sólo él es capaz de comprenderla; que es, en una palabra, el hombre ideal. Ahora bien, si por cualquier circunstancia, llegara a romper su compromiso con Jaime, a alejarse de él, qué sería de Aydé?

OFELIA—Pero peor que fuera una muchacha coqueta que correspondiera a uno y al otro.

FERNANDO—Ya te he dicho que en todo debe haber equilibrio: nunca me gustaría que mi hija sea una coqueta. Pero es necesario que tenga un sentido real de la vida y de los hombres. Es necesario que vea en su prometido, un hombre como hay muchos: simpático, inteligente, elegante, no voy a negarlo; pero no que lo considere como a un prototipo de todo lo bueno, de todo lo ideal. Es necesario que Aydé comprenda que, si por cualquier circunstancia, no llegara a efectuarse su matrimonio con Jaime, su juventud, su belleza, sus condiciones intelectuales y morales, le harían pronto acreedora a un matrimonio mucho mejor. Pero quién sería capaz de convencer a Aydé?

OFELIA—Ay, mi pobre nena. Dios no quiera que encuentre una decepción; ella que a nadie encontraba digno de su cariño, antes de conocer a Jaime.



ESCENA III

LOS MISMOS, AYDE Y ELBA

AYDE—(Desde la puerta). Sigue, Elba.

ELBA—(Entrando). Buenas tardes.

FERNANDO—(Levantándose a recibir a Elba). Hola Elbita, cómo ha llegado?

ELBA—Bien, gracias.

OFELIA—(Levantándose al mismo tiempo). Qué guapa que ha venido Elbita.

ELBA—Y usted, cómo ha estado señora Ofelita?

AYDE—Ya les conté, el día que me fui a visitarte, que estabas guapísima.

ELBA—Favor de ustedes.

AYDE—Siéntate. (Indicándole un asiento).

ELBA—(Sentándose). Gracias.

FERNANDO—Vamos Ofelia, a dar un paseo por el jardín. Para las chicas es un estorbo la compañía de los viejos.

ELBA—Nó, ustedes nunca pueden estorbarnos.

AYDE—Todo lo contrario.

OFELIA—Eso lo dicen por galantería. Vamos. (Salen riendo).

ESCENA IV

AYDE Y ELBA

ELBA—Qué buenos que son tus papás.

AYDE—Oh, sí. Ya lo ves, todos te encuentran guapa.

ELBA—Tú lo estás mucho más. Pero yo tengo que cobrarte una multa.

AYDE—Por qué no me la cobraste el día que fui a visitarte?

ELBA—Y tú, por qué no me contaste?

AYDE—Contigo guardo la misma confianza de siempre; pero no recuerdas? Allí estuvieron tus pri-

mas y con ellas no tengo la misma confianza.

ELBA—Conque de novia no? Casi no quise creer cuando me lo contaron. Tú que has sido siempre tan exigente para los amores. Sin duda has encontrado al príncipe azul de tus sueños.

AYDE—No tanto como eso; pero si creo haber encontrado al hombre ideal, al hombre a quien esperaba mi corazón.

ELBA—(Burlándose). Será lo que tú dices, hija; pero yo creo que no existen tales predestinados. Creo que cualquiera mujer puede querer a cualquier hombre que esté a su mismo nivel social y cultural; esto es todo. Ya lo ves, yo quise a Jorge, después a Oswaldo y ahora quiero a René

AYDE—Yo creo que en la vida no se puede amar más que una sola vez.

ELBA—(Riéndose). Bien estaría.... Ya lo ves, Jorge me dejó a mí por otra y que yo le consagre mi cariño para toda mi vida y viva sufriendo y llorando, mientras él está feliz. Ne te parece que esto es absurdo e inconcebible. Pero felizmente, «Acciones borran pasiones». Sufrí al principio de mi decepción; pero luego conocí a Oswaldo; me quiso, lo quise y olvidé todo lo anterior. Oh, si así no fuera, que sería de nosotras, las pobres mujeres, dada la inconsecuencia de los hombres, estaríamos condenadas a un eterno martirio.

AYDE—Yo, en cambio, creo que no podría volver a amar a ningún otro hombre.

ELBA—Así creía yo; pero a Oswaldo lo quise más que a Jorge. Tú has debido nacer en la India en donde la mujer debe vivir consagrada eternamente a su marido, aún después de muerto. Qué hicieras tú si te olvidara Jaime?

AYDE—No se lo que haría.

ELBA—Convéncete, hija, que el tiempo todo lo cambia, todo lo borra.

AYDE—Yo creo que la generalidad de los amores son frívolos, precisamente, porque se quieren al acaso,

porque no existe la debida comprensión.

ELBA—Es que muchas veces nos engañamos.

AYDE—El corazón no se engaña, cuando se le deja plena libertad para que escoja.

ELBA—Ojalá no estés equivocada, porque en tí si creo que sería una verdadera desgracia la equivocación. Pero cuéntame algo de tu novio.

AYDE—Es lojano. Ha venido hace un año y medio, como Contador al Banco Central,

ELBA—Bueno, eso ya lo sabía. Quiero que me hagas la descripción de su persona.

AYDE—(Soriendo). No quiero hacer su apología porque de seguro, te burlarías de mí. Es mejor que lo conozcas personalmente y te formes el concepto por tí misma.

ELBA—Ojalá me des pronto el placer de conocerlo

AYDE—Hoy debe venir. (Mirando un reloj de pulsera). A las tres estará aquí: es muy puntual.

ELBA—Me lo figuro. Qué es de tu antiguo pretendiente, Cristóbal Gavilanes?

AYDE—Nunca tuvo mi correspondencia.

ELBA—Ya lo sé; pero el te quería tanto....

AYDE—No era él el hombre a quien yo esperaba.

ELBA—Tú siempre soñadora. Pero no puedes negar que habría sido un matrimonio muy ventajoso.

AYDE—Para el amor no hay cálculos.

ELBA—Pero para el matrimonio debe haberlos. Todavía te visita Cristóbal?

AYDE—De vez en cuando. No es ya sino un amigo. Yo nunca le di opción a nada más.

ELBA—Eres invulnerable.

AYDE—Ahora que he consagrado mi cariño a un hombre, con mayor razón.

ELBA—Eso digo yo: si antes no pudo conseguir tu aceptación Cristóbal, hoy es imposible. Pero sé que él te quiere aún.

AYDE—Yo querría que Cristóbal se enamore

de alguna otra; tiene sus buenas condiciones y podría hacer feliz a la mujer que llegara a quererlo.

ESCENA V

LAS MISMAS Y JAIME

JAIME—(Desde la puerta). Se puede?

AYDE—(Saliendo a su encuentro). Ven, Jaime.

JAIME—Dándole la mano). Como estás, Aydé?

AYDE—Ven, Jaime, te voy a presentar a mi mejor amiga.

JAIME—Jaime Chiriboga, un amigo suyo. (Dándole la mano).

ELBA—Elba Sarasti, a sus órdenes

JAIME—Es la amiga de quien tanto me habías hablado?

AYDE—Sí. Pero siéntate, Jaime.

JAIME—(Después de sentarse). Creen que usted ha pasado algún tiempo ausente de aquí.

ELBA—Sí, señor Chiriboga, he pasado en Cuenca cerca de un año. Quito cansa a veces.

JAIME—Lo que es yo vivo encantado en Quito, y cada día le cobro más cariño.

ELBA—(Con malicia). Se explica.

JAIME—(Dirigiéndose a Aydé). Cómo sigue tu mamá? Supe que estaba un poco indispuesta.

AYDE—Ya está bien, gracias

ELBA—Muy bien la encuentro a la señora Ofelita.

JAIME—Y qué nuevas ha encontrado usted en Quito?

ELBA—Algunas y muy interesantes; por ejemplo el noviasgo de ustedes....

AYDE—Un noviasgo no es cosa de llamar la atención.

JAIME—Es lo más natural.

ELBA—Es que otra cosa es haber conocido las exigencias de Aydé para creer que un novio sea aceptable.

JAIME—Pero, precisamente, el hecho de haber sido yo con la aceptación de Aydé, dice muy claro que no ha sido exigente.

ELBA—Por el contrario, la aceptación para usted ha confirmado la exigencia de Aydé.

JAIME—Usted me confunde, señorita Elba.

AYDE—Dice bien Elba: yo no soy de las que cedian fácilmente en sus aspiraciones.

ELBA—Aydé, confirmando mi aserto, ha cerrado la discusión.

JAIME—(Riendo). Pero me parece que usted es muy fuerte para defender aún lo que carece de fundamento.

AYDE—No te has equivocado, Jaime, al reconocer en Elba las dotes de insigne debatiente. En el Colegio, salía siempre abante en las discusiones aún con las profesoras. Tiene una lógica abrumadora.

ELBA—Pero que no convence, verdad? (Riendo)

JAIME—Parece que antes de mi llegada, ustedes habían estado en alguna acalorada discusión.

ELBA—Sí, y francamente, me agradecería oír su parecer al respecto.

JAIME—Por mi parte, oro que jamás podría servir de árbitro de una discusión, entre personas tan competentes como ustedes ...

AYDE—Si hablas por Elba, está bien; pero por mí, nó....

ELBA—Verá señor Chiriboga: le decía enantes a Aydé que en el amor no existe una exclusividad absoluta; que esta exclusividad puede ser temporal....

JAIME—Yo estoy de acuerdo con usted. Pero, por lo que en mí ha pasado, puedo decir, que si no existe exclusividad absoluta en el amor, existe al menos, un nivel de intensidad a donde no es dable ascender sino a una sola persona. Yo por ejemplo, no podría decir que no he querido a ninguna otra mujer: he amado a algunas; pero a ninguna la he querido tanto como a Aydé.

ELBA—En eso de la intensidad del cariño estamos de acuerdo; pero no en lo que se obstina Aydé: que no se puede querer sino una sola vez en la vida.

AYDE—Juzgo por mí, y no podría sentar como un principio general.

ELBA—(Riendo). Lo que quiere decir que te retiras de la discusión.

AYDE—No soy muy fuerte para discutir: más se sentir que pensar.

ELBA—(Levantándose). Ahora sí, me voy. Me he estado toda la tarde.

AYDE—No es una hora de lo que viniste.

ELBA—(Despidiéndose de Jaime). He tenido mucho gusto de conocerlo.

JAIME—Para mí es el honor.

AYDE—Sigue sentado, Jaime. Me perdonas un momento. (Sale acompañando a Elba).

ELBA—Está bien, hija: es guapo e inteligente.

AYDE—Me alegro por el concepto que de él has formado.

ELBA—(Abrazando a Aydé) Que pases bien Aydé.

AYDE—Te espero el domingo para irnos a la mañana.

ELBA—Gracias. Buenas Tardes. (Sale)

ESCENA VI

JAIME Y AYDE

JAIME—(Se dirige a encontrar a Aydé y la abraza con cariño). Sabes bien mío, que hoy más que nunca me he sentido orgulloso de tu cariño.

AYDE—Yo en cambio, estoy resentida contigo.

JAIME—(Invitándola a sentarse junto a él). Por qué?

AYDE—Es que no depende de mí: cuando te oigo decir que has querido a otras mujeres, y más aún, cuando comprendo la posibilidad de que vuelvas a querer; sufro lo indecible. Bien sé que esto es un absur-

do; pero no lo puedo remediar.

JAIME—Aydé mfa, por lo mismo que te quiero, debo serte sincero: cómo voy a engañarte, diciéndote que no he querido a ninguna otra mujer? Pero si puedo asegurarte que a nadie he querido tanto como a tí: y es que ninguna otra mujer puede ser más digna de cariño que tú.

AYDE—(Cogiendo las manos de Jaime con cariño) Gracias, Jaime, te creo. Necesito creerte para poder vivir. Yo no quisiera tener estas absurdas extravagancias; quisiera ser como todas las demás.....

JAIME—(Con entusiasmo). Como todas?, no. Yo te quiero así, así como eres; con todo lo que tú llamas tus extravagancias. Es que tú eres una mujer ideal; pero desgraciadamente, a veces, no alcanzo a llegar hasta tí.

AYDE—Nó, Jaime; nó. Es que yo tengo verdaderos absurdos. Imagínate: a veces pienso que una mentira, cuando no se la conoce como tal, puede hacer vivir tanto como una realidad. Por ejemplo; si tú me hubieras dicho, aunque así no sea, que no has amado nunca, que me has vivido esperando como a la encarnación de tus sueños.....Me habrías hecho tan feliz....Las realidades son a veces, tan amargas....

JAIME—Mira Aydé, eres tan romántica, tan delicada que a veces temo herir tu susceptibilidad, y me abstengo de contarte cosas que tú debieras conocerlas..

AYDE—Eres tan noble, tan bueno, y sobre todo, te quiero tanto! Pero a veces, no se por qué, tengo tristes presentimientos.....

JAIME—Si tienes fe en mi cariño, qué puedes temer?

AYDE—Jamás he dudado de tu cariño, y sin embargo, yo no se por qué, en algunas ocasiones me siento tan lejos de mí, sin embargo de estar tan cerca; como si mi vida fuera sólo un sueño y la tuya, una realidad

JAIME—(Con todo carino). Aydé, tiene tu alma exquisiteces tan sutiles, tan delicadas que, a veces, temo parecerte. prosaico.

AYDE—Nó, eso nó. Tú sólo has sido capaz de despertar en mi alma sentimientos de amor hasta hoy ignorados.

JAIME—Yo creo que existen en el alma fibras tan recónditas que sólo pueden vibrar a la voz de una persona capaz de llegar hasta ellas. Tu voz ha despertado en mí sentimientos inefables, desconocidos.... Mi amor para tí es tan diferente del que he sentido en otras ocasiones. No me resignaría jamás si llegara a perderte,

AYDE—Y qué crees que haría yo?

JAIME—Por qué hemos de pensar en estas cosas? Nuestras almas están plenas de amor; nuestros cuerpos, plenos de juventud. La vida nos sonrío. «El porvenir es nuestro». Verdad, mi amor.

ESCENA VII

LOS MISMOS Y LUZMILA

LUZMILA—(Desde la puerta) Señor Jaime, dice el cartero que lo llaman al teléfono urgentemente.

JAIME—Gracias. Dile que voy en seguida.

LUZMILA—Está bien. (Sale)

ESCENA XIII

AYDE Y JAIME

AYDE—Quién te llamará?

JAIME—Seguramente, el Gerente del Banco. Se fué a pasear al Tingo.

AYDE—Debes ir pronto.

JAIME—(Abrazándola) Me desocupo y vuelvo. Hasta luego, mi bien.

AYDE—(Sale a dejarlo hasta la puerta) Te espero.

ESCENA IX

AYDE Y JUDITH

AYDE—(Mira un momento por la ventana, luego

regresa y se sienta pensativa). La vida nos sonríe....
«El porvenir es nuestro».

JUDITH—(Entra decentemente vestida) Buenas tardes.

AYDE—(Levantándose sorprendida) Siga, siga Ud. señora. Tenga la bondad de sentarse.

JUDITH—(Sentándose) Gracias. Hablo con la señorita Aydé de los Monteros?

AYDE—Con la misma. Y yo, con quién tengo el honor de tratar?

JUDITH—(Saca de la cartera una tarjeta y entrega a Aydé) Aquí tiene usted mi tarjeta.

AYDE—(Leyendo) Judith de Chiriboga.

JUDITH—Soy la esposa de Jaime Chiriboga.

AYDE—(Turbada) Pero...., será posible?

JUDITH—Por qué no le parece posible? Si quiere usted más pruebas, aquí tiene usted la cartas de Jaime. (Enseñándole algunos papeles) Verdad que esta es su letra?

AYDE—(Mirando maquinalmente) Sí, es letra de él.

JUDITH—Ahora mire esta fotografía. (Enseñándole)

AYDE—El....y Ud.

JUDITH—Esta otra. (Enseñándole) Es un grupo de nuestros cinco hijos.

AYDE—(Fuera de sí) Cinco hijos!

JUDITH—Está usted convencida?

AYDE—Sí.

JUDITH—Conozco su compromiso con Jaime. Ud. ignoraba que él era casado. Con usted no debo guardar rencor; pero con él....Oh, qué infamia....Abandonar a sus hijos, engañarla a usted....

AYDE—Pero será él capaz de tanta maldad?

JUDITH—Usted es una chiquilla ingenua que no conoce todavía de lo que son capaces los hombres. Yo supe del compromiso con usted por una carta suya que llegó a mi poder hace algunos meses. No quise escribirle a usted haciéndole conocer la verdad; pero

eres oportuno venir personalmente para evitar que se consuma una infamia, un escándalo social.

AYDE—Yo no sabía. No podía imaginarlo. (Con desesperación) Si sabiendo, no puedo creerlo....

JUDITH—(Con la voz conmovida) Sé que usted tiene una alma noble y delicada y que, olvidándose de su propio desengaño, pensará en ayudarme en este trance. (Llorando) Usted pueda salvarme y salvar a mis hijos. Se lo suplico en nombre de ellos!

AYDE—(Conmovida) Oh, sí, yo haré todo lo posible

JUDITH—Gracias, gracias señorita. Usted conoce a Jaime; sabe que no es un hombre vulgar: tomará muy a mal que yo haya venido donde usted. (Suplicante) El no debe saber que yo he venido. Por favor, no debe saber.

AYDE—No sabrá.

JUDITH—Gracias, Señorita, usted comprende que él no puede hacerla feliz.

AYDE—La felicidad es un mito.

JUDITH—Pero usted lo rechazará, verdad?

AYDE—Haré más de lo que usted me pide: le haré creer a él que lo olvido, que lo traiciono, que lo desprecio: él me rechazará.

JUDITH—(Alegre) Oh, qué buena es Ud.

AYDE—El no debe seguir amándome.

JUDITH—Pero cree usted en el cariño de un hombre que ha querido engañarla?

AYDE—Dice usted bien. Pero confíe en mí: esto no será.

JUDITH—No me había equivocado en el concepto que me formé de usted a través de su carta. Usted es joven, es hermosa: puede ser feliz con cualquier otro hombre.

AYDE—No se preocupe usted de mí señora. Lo que importa es salvar su situación, la de sus hijos.

JUDITH—Gracias! en sus manos queda el porvenir

de mi hogar. Y ahora, (levantándose) no le quito más tiempo. Perdón que haya venido a importunarla; pero usted comprende....

AYDE—Está usted en su derecho.

JUDITH—(Despidiéndose) Que sea usted feliz, señorita.

AYDE—A usted es a quien le deseo eso, señora.

JUDITH—Buenas tardes (Sale)

AYDE—(Fuera de sí) Dios mío!, Dios mío! es esto realidad o estoy soñando? Oh, sarcasmo cruel: «la vida nos sonríe». «El porvenir es nuestro»! (Cae sollozando en un sillón)

ACTO SEGUNDO

ESCENARIO: el mismo del primer acto.

Ha pasado algunos días del primer acto.

ESCENA I

OFELIA (SOLA)

OFELIA—(Entra con unas flores y las coloca sobre una mesa) Qué lentas pasan estas horas. (Saca de una caja una carta, la abre y se pone a leer) Mamacita: Cuánto mejor he pasado en esta tierra: es un inmenso vergel: las flores son tan hermosas; el ambiente es siempre tibio.....La brisa perfumada me trae tus amorosos besos que son el mejor lenitivo para mi alma. (Dejando de leer) Vida mía! Oh!, a pesar de lo que dice en su carta, no puedo engañarme: ella sigue sufriendo. Habla de lenitivo porque lo necesita. Oh!, hijita mía! (Llorando)

ESCENA II

OFELIA Y FERNANDO

FERNANDO—(Entrando) Qué hay, hijita?

OFELIA—(Enjugándose rápidamente las lágrimas) Nada, nada.

FERNANDO—(Medio disgustado) Pero esto es el colmo: llorando hasta en el momento en que debe llegar Aydé. Ya verás como viene completamente bien; alegre y feliz como antes. Ambato es una tierra privilegiada.

OFELIA—El corazón de las madres no se engaña: a través de sus cartas adivino que mi hija no es feliz.

FERNANDO—Ya ves, ya ves el estado de ánimo en que se ha colocado Aydé; no es sino consecuencia de su exagerada afectividad, de su romanticismo. Esto es lo que temía.

OFELIA—Si siquiera supiéramos la causa de su pesar....

FERNANDO—La cosa es clara: ha roto las relaciones con su novio, y como yo te decía hace poco, ella que le había rodeado con todos los atributos positivos que pudo forjar su fantasía, cree que es el único hombre en la vida. Que no podrá volver a amar. Que ya no podrá ser feliz.

OFELIA—Pobrecita mfa!!

FERNANDO—Cualquiera otra mujer en las circunstancias de Aydé, habría procurado atraer la atención de algún otro para remplazar a su novio con ventaja; pero ella no es capaz.

OFELIA—No es capaz. Ya ves, a pesar de la insistencia de Cristóbal, nunca ha querido aceptarlo: y él es hombre de muchos méritos.

FERNANDO—Y quién es capaz de convencer a Aydé? Ella es toda corazón, toda sentimiento, y para el corazón, no hay lógica posible.

OFELIA—Si al menos se pudiera conocer la causa que ha motivado el rompimiento con Jaime, talvez se podría provocar una reconciliación.

FERNANDO—Motivo muy fundado debe haber tenido Aydé para proceder como proceda. Mi hija tiene un alto concepto de dignidad. De seguro preferiría morir de pesadumbre, antes que ceder ante un mal procedimiento.

OFELIA—(Desesperada) Si sigue así, mi Aydé va a morir.

FERNANDO—Yo confío en que vendrá mejor. El cambio de ambiente es un reactivo muy eficaz contra la tristeza.

OFELIA—Para la generalidad, sí; pero para Aydé, quién sabe....

FERNANDO—Eres muy pesimista y tu tristeza no hace sino aumentar el sufrimiento de Aydé.

OFELIA—(Mirando un reloj) Ya mismo debe llegar el carro. Anda, anda a esperar.

FERNANDO—(Asomándose a la ventana) De aquí se ve perfectamente. Iré el momento preciso. De la estación tomaremos un automóvil y en dos minutos estamos aquí.

OFELIA—Para tres cuadras de distancia no hace falta coger automóvil.

FERNANDO—Pero es que hay mucho polvo y se llega de los viajes como desenterrados.

OFELIA—(Mirando desde la ventana) Mira, mira Fernando, ya llega un carro.

FERNANDO—De veraz? Me voy. (Sale apresuradamente).

ESCENA III

OFELIA Y LUZMILA

OFELIA—(Saliendo a la puerta). Luzmila.

LUZMILA—(Entrando). Mande, señora.

OFELIA—Ya llegaron los carros. Ya mismo está aquí mi hija.

LUZMILA—(Asomándose a la ventana). De veraz! Ya llega a la estación el señor Fernandito.

OFELIA—Tendrás listo un fresco y también café para que Aydé elija lo que desee tomar.

LUZMILA—El café le gusta tanto. En los días de irse a Ambato, no quería comer nada. Lo único que tomaba era café. Qué cambio de la niña Aydé. Antes tan alegre que era; pero después, daba pena verla

OFELIA—Quizá venga mejor.

LUZMILA—Ojalá señora. El señor Jaime me encontró ahora y me preguntó cuándo venía la niña Aydé.

OFELIA—Y tú, qué le dijiste?

LUZMILA—Al principio, le dije que no sabía; pero después.... El me regaló cinco suaves y entonces ya me comió la boca y le avisé que ahora venía.

OFELIA—(Con interés). De veraz? Entonces saba que Aydé viene ahora?



LUZMILA—Sí, si viera el pobre también está tan flaco que parece ánima bendita.

OFELIA—Anda, ten todo listo.

LUZMILA—Qué gusto, hoy me traerá los zarcillos que me ofreció la niña Aydecita. (Sale).

ESCENA IV

OFELIA (SOLA)

OFELIA—(Colocando las flores que estaban en la mesa, en unos floreros) Oh!, los claveles rojos, los preferidos por Aydé para su peinado. Hoy, ya no le gustan. (Asomándose a la ventana). En ese carro debe venir mi hija. Ya vienel!, ya vienel! (Coloca bien los floreros y sale apresuradamente a la puerta, en donde se encuentra con Aydé).

ESCENA V

OFELIA, AYDÉ Y FERNANDO

AYDÉ—(Entra en traje de viaje; antes de aparecer en el escenario, se oye su voz) Mamacita mía!!

OFELIA—(Estrechándola entre sus brazos). Cómo estás, mi vida?

AYDÉ—Bien estoy, y tú, como has pasado en estos días?

OFELIA—Extrañándote un mundo. (Se sientan una cerca de otra),

FERNANDO—De veraz que nos han parecido siglos los días que has estado lejos de nosotros.

OFELIA—Mes veinte días. Me parecía que faltándonos tú, faltaba aire, luz y calor en esta casa. (Acariiciando el rostro de Aydé) Pero estás palideciendo. Creo que los colores que te asomaron al rostro, han sido sólo por la emoción de vernos.

AYDÉ—Si estoy bien, completamente bien.

OFELIA—Qué prefieres tomar, hijita: café o un vaso de fresco.

AYDÉ—Mejor un fresco, mamacita: Tengo sed.

OFELIA—Ya está preparado. Voy a traer. (Sale).

ESCENA VI

FERNANDO Y AYDE

FERNANDO—(Acariciando a Aydé). Con que, pica-ruela, nos has abandonado cerca de dos meses.

AYDE—(Sonriendo). Tú mismo prolongaste el permiso sin que yo te lo pidiera.

FERNANDO—Es que tu tía escribió diciendo que era necesario que pases unos días más, hasta que te restablezcas; pero parece que poco hemos conseguido.

AYDE—Pero papito, yo nunca he sido gorda en extremo. Por qué ese empeño....

ESCENA VII

LOS MISMOS Y ELBA

ELBA—(Muy alegre). Hola, hola, (abrazando a Aydé) Señorita turista.

AYDE—Qué grande placer medas deverte.

FERNANDO—(Acercándose a Elba) Qué tal Elbita?

ELBA—Excuse señor Fernando, que por la emoción de ver a Aydé.. ...

FERNANDO—Lo comprendo. Pero siéntense.

ELBA—(Sentándose). Y qué tal viaje?

AYDE—Sin novedad.

ELBA—Y por allá, cómo te ha ido?

AYDE—(Procurando aparecer contenta). Muy bien, hija: he pasado unos días deliciosos.

FERNANDO—Sí, hace buena liga con las primas. (Dirigiéndose a Aydé). Pero no se resolvió a venir ninguna de ellas?

AYDE—Iba a venir Blanquita; pero le atacó una gripe atroz.

FERNANDO—Pobre sambita. Bueno habría sido que venga a pasar aquí unos días.

ESOENA VIII

LOS MISMOS Y OFELIA

OFELIA—(Entra con unos vasos de fresco en una fuente). Sírvese un vasito de fresco, Elbita.

ELBA—(Cogiendo un vaso). Gracias.

OFELIA—(Dirigiéndose a Ayde). Sírrete, hijita.

AYDE—Primero a papá.

FERNANDO—Sigue no más, hijita.

AYDE—(Cogiendo un vaso). Gracias mamacita.

OFELIA—Sírrete Fernando.

FERNANDO—(Cogiendo dos vasos). Toma, éste es el tuyo. (Dando un vaso a Ofelia).

OFELIA—Sírvanse.

TODOS—Salud. (Toman).

ELBA—Salud por la buena llegada.

AYDE—Gracias!

TODOS—(Terminan de tomar y entregan los vasos a Ofelia). Gracias, gracias.

ELBA—Ha estado exquisito.

AYDE—Siempre que llevo de alguna parte, mamá me espera fresco de frutas. Ella sabe que cuando viajo, no como nada; sólo tengo sed.

FERNANDO—Lo que es yo, en viaje tengo gran apetito.

LUZMILA—(Desde la puerta). Señor Fernandito, lo buscan unos señores.

FERNANDO—(Levantándose). Me perdonan un momentito. Tengo una urgente ocupación a esta hora.

ELBA—Siga, siga no más; señor Fernando.

FERNANDO—Con permiso, (Sale)

OFELIA—A mí también me perdonan un ratito, Ya regreso, (Sale)

ESCENA IX

AYDE Y ELBA

ELBA—Has venido sana de tu enfermedad?

AYDE—Si era cosa pasajera.

ELBA—(Con malicia). No parece.

AYDE—Todo en la vida es pasajero.

ELBA—Hasta el amor?

AYDE—Eso es lo más efímero. El amor es un mito.

ELBA—Quién se hubiera imaginado que tú, la propugnadora, hace algunos días, del amor absoluto, habías de colocarte en el polo opuesto. Pero, de vez, ya no le quieres a Jaime?

AYDE—Nó.

ELBA—Cuál es el motivo?

AYDE—Ninguno.

ELBA—Jamás puede creerse en un cambio así: intempestivo y sin causa.

AYDE—Cree que lo quería; pero me equivoqué

ELBA—Qué raro.

AYDE—Te ruego, Elba, que cambiemos de conversación: me disgusta hablar de él.

ELBA—Qué poca confianza tienes en mí....

AYDE—Por qué dices eso?

ELBA—Porque creo que me ocultas la verdad?

AYDE—Es que yo soy extravagante: nunca debí querer a nadie....

LUZMILA—(Desde la puerta). Niña Aydecita, dice el señor Cristóbal que si puede visitarla.

AYDE—(Con displicencia). Que siga. (Dirigiéndose a Elba).—Qué inoportuno es este hombre.

ELBA—Al contrario, creo que es el momento oportuno para visitar.

AYDE—Si supiera el disgusto.....

ESCENA X

LAS MISMAS Y CRISTOBAL

CRISTOBAL—(Entra saludando). Buenas tardes.

AYDE—(Levantándose a recibirlo). Siga, siga us-

ted señor Villalba.

CRISTOBAL—(Dándole la mano). Cómo está, qué tal viaje ha tenido, señorita Aydé?

AYDE—Sin novedad, gracias.

CRISTOBAL—(Dirigiéndose a Elba). Cuánto gusto de verla, Elba.

ELBA—Cómo está Cristóbal.

CRISTOBAL—Bien, gracias.

AYDE—Permítame el sombrero. (Le recibe el sombrero, a Cristóbal y lo coloca en una mesa). Siéntese, señor Villalba.

CRISTOBAL—(Sentándose). Gracias señorita Aydé, Se ha paseado bastante.

AYDE—Sí, me he estado algunos días.

CRISTOBAL—Y no ha extrañado Quito?

AYDE—Un poco.

CRISTOBAL—Ha mejorado en su salud?

AYDE—Sí, bastante.

ELBA—Ambato tiene un clima excelente

AYDE—Es una linda tierra: yo he pasado encantada.

ELBA—En dónde se ha perdido en estos días, Cristóbal, que no lo he visto?

CRISTOBAL—Me fui a pasar unos días en Machachi. Quito empezó a cansarme.

ELBA—(Con malicia). Pero hoy ya tiene de nuevo atractivos, verdad?

CRISTOBAL—Oh!, sí.....

AYDE—Me perdonan un momento. (Sale).

ESCENA XI

..... ELBA Y CRISTOBAL

ELBA—Tiene todavía alguna esperanza?

CRISTOBAL—Aydé es inexorable: no llegará a quererme nunca.

ELBA—Pero hombre, si usted tiene ese convencimiento, por qué insiste?

CRISTOBAL—Es que usted no se imagina cuánto quiero a Aydé. Es la única mujer a quien he amado de veraz.

ELBA—Y Marta, y Elena, y Blanca.....

CRISTOBAL—Fueron cariños pasajeros, sin importancia. Son simpáticas, tratables; pero no pudieron inspirarme sino un cariño fugaz, el que se extinguió con la correspondencia.

ELBA—Es que ustedes los hombres son mal llevados: anhelan el amor de una mujer, con ilusión, con vehemencia; pero en cuanto obtienen correspondencia, ya empiezan a portarse indiferentes. Apuesto a que si Aydé le correspondiera, después de poco, empezaría a atenuarse la pasión que siente por ella.

CRISTOBAL—Eso nunca. Creo que Aydé es la única mujer capaz de hacerme sentir toda la idealidad del amor: su alma es tan noble, tan delicada. Me consideraría el más feliz de los hombres si Aydé llegara a quererme.

ELBA—Pero eso es imposible. Sabía usted que ella estaba de novia?

CRISTOBAL—Sí; pero supe que había roto sus relaciones y creí llegado el momento para insistir; pero en vano: ella no me ama. No me amará nunca.

ELBA—Pero entonces es inexplicable su insistencia.

CRISTOBAL—Nó, Elba, no es que yo espere correspondencia, sino que no puedo pasar sin verla; sin oír su voz, aunque sea indiferente y a veces hasta despectiva para conmigo.

ELBA—Es digna de mejor suerte su constancia.

CRISTOBAL—(Suplicante) Elba, usted que es tan amiga de ella, procure interesarla en mi favor: hágale ver que mi cariño se ha conservado incólume a pesar del tiempo, de la distancia, de su indiferencia y su desprecio.

ELBA—Yo creo que Aydé, aun cuando haya roto sus relaciones con Jaime, lo seguirá amando: según ella, el amor nace una sola vez.

CRISTOBAL—(Con desconsuelo) No se qué hacer.

ELBA—Debe viajar, debe alejarse de aquí.... Por qué no procura enamorarse de alguna otra mujer?

CRISTOBAL—Ya lo he intentado; pero todo es inútil: la imagen de Aydé me persigue como una obsesión.

ESCENA XII

LOS MISMOS Y AYDE

AYDE—Me excusan por haberme demorado.

ELBA—Estábamos entretenidos conversando.

CRISTOBAL—Sí, precisamente, hablábamos de Ud.

AYDE—Han elegido mal tema.

CRISTOBAL—No diga eso.

ELBA—Yo te esperaba para despedirme. Mamá debe estar esperándome. Debíamos salir de compras.

AYDE—No te vayas, Elba, quédate a merendar conmigo.

ELBA—Muchas gracias, Aydé. Mejor regreso después de avisarle a mamá. (Dirigiéndose a Cristóbal y dándole la mano) Que pase usted bien, Cristóbal.

CRISTOBAL—(Levantándose) He tenido mucho gusto de verla, Elba.

AYDE—Voy a acompañarte hasta la puerta. (Dirigiéndose a Cristóbal) Con permiso. (Sale con Elba hasta la puerta)

ELBA—Hasta luego Aydé. Me alegro que hayas llegado bien.

AYDE—No te olvides que te espero a la merienda.

ELBA—Regreso.

ESCENA XIII

AYDE Y CRISTOBAL

(Aydé regresa y se sienta frente a Cristóbal)

CRISTOBAL—Qué bien le ha sentado Ambato. Ha venido más encantadora.

AYDE—(Con seriedad) Usted sabe que poco me agradan las galanterías.

CRISTOBAL—Es que de mi parte le desagrada todo.

AYDE—Nunca he tratado de ocultar mis sentimientos: por usted no he sentido sino la estimación de amiga.

CRISTOBAL—Nunca debo esperar nada más?

AYDE—Nunca.

CRISTOBAL—Es que usted sigue amando a Jaime?

AYDE—(Con dignidad) Señor Villalba, creo que ningún derecho tiene usted para investigar respecto de mis íntimos sentimientos.

CRISTOBAL—Es el interés que me inspira su cariño. Es el deseo de que usted sea feliz, y francamente, constituye para mí un motivo de sufrimiento, saber que el hombre a quien usted ha consagrado su amor, no alcance a comprender....

AYDE—(Interrumpiéndole) No puedo permitir que nadie haga una alusión desventajosa o que entrañe una injuria, aunque sea vedada, para el hombre a quien amo.

CRISTOBAL—(Después de un momento de silencio) Parece que mi presencia es inoportuna. Usted debe estar cansada por el viaje. Volveré en otra ocasión.

AYDE—(Con indiferencia) Cuando guste.

CRISTOBAL—(Despidiéndose) Le ruego excusarme si alguna impertinencia he cometido.

AYDE—No tenga usted cuidado.

CRISTOBAL—Que pase usted bien, señorita Aydé.

AYDE—Así le deseo señor Villalba. (Entregándole el sombrero)

CRISTOBAL—Buenas tardes. (Sale)

ESCENA XIV

AYDE Y LUZMILA

AYDE—(Con marcado disgusto) Cuándo me libraré

de las impertinencias de este hombre.

LUZMILA—(Entrando) Niña Aydecita dice el señor Jaime que si puede visitarle un ratito.

AYDE—(Sorprendida) Pero, cómo ha sabido mi llegada?

LUZMILA—No se.... Afuera está esperando.... Lo viera, pobre señor: si parece alma en penas.

AYDE—Dile que no puedo recibirlo.

LUZMILA—Pero niña Aydecita.....

AYDE—(Violenta) Dile que no puedo, que no quiero recibirlo. (Sale a la ventana)

LUZMILA—(Aparte) No entiendo: se está muriendo por él y está haciéndose la gata brava. No una; cuando quiere, quiere, y «pan, pan, vino, vino».

AYDE—No me has oído?

LUZMILA—Sí, sí le oí; pero tanto que ruega el pobre señor....

AYDE—Dónde está?

LUZMILA—Afuera está esperando. Pobrecito; en la esquina se ha permanecido desde la madrugada. (Aparte) Mentira: reciencito se asoma.

AYDE—Cómo ha sabido mi llegada?

LUZMILA—No se.... Yo no le he dicho nada. Me quiso dar dinero, pero no le recibí. (Aparte) Tan tonta que soy para no recibir.

AYDE—Tanto mejor: habrías hecho muy mal en recibirlo.

LUZMILA—Claro. (Aparte) Ojalá lo pueda agarrar a la salida. Qué le digo? Le digo que entre?

AYDE—(Violenta) No seas imbécil. Dile que no puedo recibirle.

LUZMILA—(Saliendo) Así le digo?

AYDE—Sí

LUZMILA—(Desde la puerta y aparte) Después ha de estar llorando.

AYDE—(Saliendo con ímpetu) Luzmila.

LUZMILA—(Regresando contenta) Mande niñita. (Aparte) ¡Yal, yal!

AYDE—Dile que siga.

LUZMILA—(Saliendo rápidamente) Está bien.

AYDE—(Con resolución) Que entre. Es necesario terminar para que no vuelva más. (Se arregla nerviosamente el peinado)

LUZMILA—(Desde la puerta) Siga, siga señor Jaime. (Sale)

ESCENA XV

AYDE Y JAIME

JAIME—(Con emoción dirigiéndose a Aydé). Aydé!!

AYDE—(Conmovida). Jaime!! (Recobrando su serenidad). Siga, siga Tome asiento.

JAIME—(Conmovido) Aydé, pero eres tú, eres tú misma?

AYDE—Ya no soy la misma: Aquella mujer ingenua, romántica y soñadora, murió. Hoy no queda en mí sino la mujer que reflexiona fríamente.

JAIME—Por favor Aydé, dime qué es lo que sucede, qué hay. Pero explícame algo. Tu procedimiento me desconcierta.

AYDE—(Con fingida calma). Entre los dos, todo ha terminado.

JAIME—(Con angustia). Pero, por qué?

AYDE—Porque así debe ser.

JAIME—(Con vehemencia). Aydé, por lo que más quieras en la vida, háblame categóricamente, sin ambigüedades; por dura que sea la realidad, lo será menos que esta cruel incertidumbre.

AYDE—La cosa es sencilla: creí que lo quería a usted; pero he visto que he estado equivocada....

JAIME—Nó, no es posible. Tú no eres capaz de fingir así. Aquí se encierra algún siniestro misterio.

AYDE—(Con fingida calma). He pensado seriamente y he visto que no me conviene aceptar su mano: desconozco a su familia, sus antecedentes personales.



les. . .

JAIME—Pero no decías que el corazón no necesita sino amor?

AYDE—Le he dicho que no soy ya la mujer de ayer: hoy la reflexión ha venido.... Bueno, veo que no me conviene casarme con usted y he resuelto terminar nuestras relaciones: eso es todo.

JAIME—Pero así, intempestivamente y sin causa alguna: es inconcebible.

AYDE—Por qué? Una mujer que va a decidir con el matrimonio, el porvenir de toda su vida, es muy natural que reflexione y escoja el partido que más le convenga.

JAIME—(Resentido). Ah!, y decías que en el amor no hay cálculos. Pero es que has escogido ya un mejor partido?

AYDE—(Trémula). Sí

JAIME—(Fuera de sí) Oh!, pero esto no es posible! (Cogiendo las manos de Aydé frenéticamente). Mientes, mientes Aydé! No eres capaz, no eres capaz!

AYDE—(En un impulso). Y tú, Jaime, has sido capaz...

JAIME—(Interrumpiéndole). De qué, de qué?

AYDE—(Arrepentida). De nada.

JAIME—(Con angustia). Habla!, por favor, habla Aydé.

AYDE—Para qué? Ya lo sabes, después de pocos meses, me caso....

JAIME—(Fuera de sí). No puede ser!, no puede ser! Con quién?

AYDE—(Trémula). Con Cristóbal Villalba.....

JAIME—(Con indignación). Basta! He sido un imbécil al creer en tu farsa de ayer. (Con desprecio) Eres una mujer, una mujer como todas! (Sale)

AYDE—(Fuera de sí, avanza hasta la puerta, gritando) NÓ!!, nó!, Jaime!... (Regresa y se deja caer, sollozando, en un sofá). Una mujer como todas, como todas!..

ACTO TERCERO

Ha pasado tres meses del segundo acto.

ESCENARIO: el mismo del acto anterior.

ESCENA I

OFELIA Y AYDE

OFELIA—(Estrechando la cabeza de Aydé contra su pecho). Hija mía, no ves como mi vida se va extinguiendo lentamente: por qué crees que es?

AYDE—Es que tú te empeñas, mamacita, en creer que no soy feliz.

OFELIA—Y crees que puedes engañarme? Tú sufres, sufres mucho, Aydé. He velado tu sueño, y aún de dormida he sentido que sollozas. Y así, de dormida, cuando tu voluntad no puede poner ese velo de fingida complacencia, con que tratas de ocultar tu dolor. Así de dormida, he mirado tu semblante y he observado las huellas de un dolor infinito; y he visto entre tus pestañas, la última lágrima que quedó aprisionada entre tus párpados. (Cogiendo las manos de Aydé con angustia). Aydé, Aydé mfa!, mira que me estás matando con ese silencio desesperador. Habla, háblame, quién más que tu madre puede consolarte?

AYDE—(Conmovida). Pero mamacita mía, qué quieres que te diga?

OFELIA—Cuál es la causa de ese perenne sufrimiento que te ha quitado el hambre, el sueño, la dicha del vivir. Amas a Jaime?

AYDE—(Turbada). Nó Cref que lo amaba; pero me equivoqué.

OFELIA—Entonces, por qué sufres?

AYDE—Tal vez mi equivocación me ha causado, como es natural, un poco de malestar, de contrariedad; pero ya está pasando.

OFELIA—(Moviendo la cabeza negativamente). Nó, no es verdad, hija mía. Tú lo amas, pero es que tal vez has comprendido que él no es digno de tu cariño....

AYDE—Jaime es intachable.

OFELIA—O es que no corresponde a tu cariño con la intensidad que tú has anhelado?

AYDE—No mamacita: él me quiso mucho.

OFELIA—Tal vez en un momento de ligereza, te ofendió con alguna frase.....

AYDE—(Interrumpiéndole). Nunca me ha ofendido.

OFELIA—Serán Celos?

AYDE—No sé; pero el todo es que estoy completamente decepcionada de él.

LUZMILA—(Desde afuera). Señora Ofelita, la buscan.

OFELIA—(Levantándose). Ya vuelvo, (Sale).

ESCENA II

AYDE (SOLA)

AYDE—(Sollozando). Oh!, no puedo más!, no puedo más! Mi corazón va estallar. Qué horrible farsa estoy representando: sentir que las lágrimas me ahogan y tener que sonreír. Sentir que mi alma va hacia él, como el manantial se dirige a la fuente a la cual debe unirse, y tener que cambiar de ruta. Sentir que el amor sube del corazón a la garganta en palabras de ternura, y tener que despreciarlo; y lo que es peor, ver que mi madre se va muriendo de tristeza, no poder hablar, no poder consolarla! (Reflexionando). Qué adelantaría con decir la verdad? Con esto no haría sino aumentar la desesperación de mi madre. Oh!, no puedo más, no puedo más! (Sollozando). Ah!, pero ya viene mamá, (Sale rápidamente).

ESCENA III

OFELIA Y FERNANDO

(Entran conversando)

FERNANDO—Te ha confesado algo?

OFELIA—(Con desconsuelo). Nada, nada: guarda un ermetismo abrumador. Si sigue así, mi hija va a morirse! (Se sienta sollozando)

FERNANDO—Pero qué se puede hacer? Si a tí que eres madre, no ha abierto su corazón, menos lo hará conmigo. (Se queda arrimado en un sillón, con demostraciones de profundo abatimiento. Después de un momento se levanta y se acerca cariñosamente a Ofelia). Calla, calla hijita no te desesperes así. Piensa en la forma de descubrir la verdad para ver si cabe remedio.

OFELIA—(Dejando de llorar). Pero cómo, si ella se obstina en ocultar?

FERNANDO—Si mi hija no fuera lo que es, sería capaz de pensar ...

OFELIA—(Interrumpiéndole con violencia). Fernando, serías capaz de dudar de Aydé, de ese ángel de bondad y de inocencia?

FERNANDO—No seas mal pensada, Ofelia: lo que iba a decir es que sería capaz de pensar en que Jaime haya intentado burlarse de ella, engañarla....y que mi hija, como es natural, lo haya rechazado con toda la dignidad, con toda la altivez que le caracterizan.

OFELIA—No creo: Jaime parecía un caballero. Demostraba tener tan buenas intenciones....

FERNANDO—Esto es desconcertante. Por qué no intentas hacer descubrir con Elba, que es tan íntima amiga de Aydé?

OFELIA—Ya lo he intentado. Elba tampoco ha podido descubrir nada. Cuanto ha hecho ella por calmar mi sufrimiento. Oh!, es que yo me voy a volver loca. (Llora).

FERNANDO—(Cogiendo de un brazo a Ofelia, con cariño). Vamos, hijita. Ya viene Aydé y no conviene que te encuentre llorando. (Salen)

ESCENA IV

AYDE (SOLA)

AYDE—(Sale y se sienta con demostraciones de infinita tristeza) Oh!, si nada de lo que es, fuese como es.... Pero qué locura la mía: si la realidad es tan clara! (Se queda pensativa)

ESCENA V

AYDE Y ELBA

ELBA—(Entra de puntillas y se queda mirando a Aydé, luego le toca suavemente el hombro) Aydé.

AYDE—(Asustándose) Ay! Eres tú, Elba?

ELBA—Pero qué nerviosa estás Qué palida. Aydé, no eres ni la sombra de tí misma.

AYDE—Me siento un poco enferma. Me duele mucho la cabeza. Siéntate Elba.

ELBA—(Sentándose junto a Aydé y cogiendo sus manos con cariño) Aydé, crees en mi amistad?

AYDE—Sí.

ELBA—Pues en nombre de ella, Aydé, yo te lo ruego: ábreme tu corazón; quizá pueda consolarte.

AYDE—Consolarme, de qué. Si yo soy feliz....

ELBA—Ves, Aydé como tus labios se niegan a pronunciar la palabra feliz. (Con vehemencia) Aydé, compadécete de tí misma; ten piedad de tu pobre madre que ya no vive: que agoniza lentamente. Habla!, habla! Aydé.

AYDE—(Arrojándose en los brazos de Elba, sin poder contenerse) Elba!, Elba!, qué desgraciada soy!! (Entre sollozos)

ELBA—(Abrazándola) Que sufres, ya lo sé. Pero, cuál es el motivo?

AYDE—Ay!, si tú supieras, Elba....

ELBA—Dí, por Dios, Aydé.

AYDE—(Fuera de sí) Elba, él...., Jaime, el hombre a quien consagré todo mi amor, es casado!

ELBA—(Sorprendida) Qué dices? N6, no puede ser.

AYDE—SÍ, es casado y tiene cinco hijos....

ELBA—Oh!, pero qué infamia: engañar a una mujer honorable como tú. Ese hombre es un canalla a quien debes despreciar.

AYDE—Qué fácil es decir, debes despreciarlo SÍ, yo sé muy bien que debo despreciarlo; pero la realidad es que lo amo, lo amo más que antes.

ELBA—Esto es muy grave, Aydé. Tú no debes volver a hablar con ese hombre.

AYDE—Claro que no debo volver a hablar. No es siquiera de imaginarse que yo siga manteniendo relaciones que serían criminales; pero no puedo, no podré dejar de amarlo. He hecho más de lo que debía; le he hecho convencer a Jaime, no sólo que lo desprecie, sino que he aceptado la mano de Cristóbal.

ELBA—No se podía esperar otra cosa de una alma tan noble, tan buena como la tuya.

AYDE—(Con despecho) N6, no soy buena, Elba: siento que todo mi ser, toda mi vida, todas mis energías, se agolpan en mi corazón y se levantan en torbellino sordido para protestar; y entonces me rebelo locamente, furiosamente, contra las leyes, contra la sociedad, contra el hogar que él ha formado, contra mi propia moral: contra todo lo que constituye obstáculo para mi felicidad. Pero luego razono, y veo que no puede ser, que no será nunca y me invade una desesperación incomparable.

ELBA—Pobre Aydé, tú que eres tan digna de ser feliz.

AYDE—Pero no es cierto que si yo fuera buena estaría conforme con mi resolución? Si yo fuera buena estaría resignada y hasta contenta, de saber que con mi sacrificio constituye un medio de restablecer la felicidad de un hogar; el bienestar de unos cuantos seres inocentes. Si fuera buena, quizá no sería tan desgraciada. (Llora)

ELBA—(Abrazando a Aydé) Eres buena, muy buena Aydé: no es maldad: es el amor el que se rebela en tu corazón. Pero no sientes indignación contra él?

AYDE—Hay momentos en que mi indignación contra él llega a su colmo: no sé de lo que sería capaz en esos momentos. En cambio, en otras veces, tengo una fe tan absoluta en su cariño. Creo que él, se acercó a mí, sólo por amor: sin pensar en el abismo que nos separaba.

ELBA—Pero tienes pruebas fehacientes de que él es casado?

AYDE—Vino la mujer de él en persona....

ELBA—De veraz?

AYDE—Sí, y me enseñó cartas, fotografías y otras pruebas de la verdad:

ELBA—El no tenía derecho de poner sus ojos en una mujer como tú, puesto que no era libre.

AYDE—No trato de disculparlo; pero su procedimiento en nuestras relaciones, fué siempre tan noble tan caballeroso.....

ELBA—Pero, por qué has ocultado la verdad? Qué culpa tenías tú de haber correspondido a Jaime, si ignorabas en absoluto que él era casado?

AYDE—Pero, cómo iba a decirlo? No conoces tú lo que es nuestra sociedad? Oh!, la maledicencia, cómo se habría cebado en mi nombre y hasta en mi honor! Qué escándalo hubiera sido saber que él ha sido casado. Cuántos comentarios; cuántas suposiciones injuriosas.... Ay!, Elba, la maledicencia social, está siempre como lobo hambriento a casa de una honra para devorar; y no hay pasto más apetecido para ella que la honra de una mujer....

ELBA—Y parece mentira; pero son las mismas mujeres las que más se complacen en desgarrar la honra de las demás.

AYDE—(Con vehemencia) Oh!, la maledicencia, cuántas víctimas ha hecho de la humanidad: cuántas honras destrozadas; cuántos hogares deshechos; cuántas lágrimas, cuánta desolación.....

ELBA—Así es, Aydé: hiciste bien en callar.

AYDE—Y los girones de una honra destrozada son llevados y esparcidos, cual hojas secas, por el vendaval de la maldad humana. Quién es capaz de rehabilitar una honra?

ELBA—Tu prudencia te ha puesto a salvo. Admiro tu fuerza de voluntad.

AYDE—Por otra parte, sabiendo mis padres que Jaime era casado, la indignación, la execración más horrenda habría recaído sobre él. Y quién sabe qué hubiera sido capaz de hacer papá en contra de Jaime?

ELBA—Así es Aydé.

AYDE—Pero tú no sabes la tragedia horrible que se se ha desarrollado en mi interior. Tú no puedes imaginarte lo que es el derrumbamiento intempestivo, de todas las ilusiones, de todos los anhelos, de todas las esperanzas. Tú no sabes lo que es el desgarramiento de toda una vida afectiva.....

OFELIA—(Desde la puerta). Aydé, pide permiso y ven un momentito que te necesito. (Se va).

AYDE—Hoy que ya sabes todo puedes leer el diario de mi vida. (Saca de una caja un cuaderno empastado y entrega a Elba). Toma, lee para que te entretengas mientras vuelvo.

ELBA—(Con interés). Oh!, sí lo leeré con efusión.

AYDE—Ya vuelvo. (Sale).

ELBA—Pobre Aydé (Hojeando el cuaderno)

AYDE—(Regresando hasta la puerta). Me perdona un momento: voy con mamá donde el médico. Le ha mandado a decir que la está esperando para ponerle la inyección. No hay quien la acompañe.

ELBA—Sigue no más, Aydé.

ESCENA VI

ELBA (SOLA)

ELBA—(Leyendo) Diez de Enero. Día de las más grandes emociones de mi vida. Mi última entre vista. Estuve tan cerca de él, después de dos meses

de ausencia. Oí su voz. Sentí su aliento. Su ardiente mirada llegó hasta lo más profundo de mi alma; y tuve que cerrar los ojos para que no leyera en ellos la inmensidad de mi cariño; y tuve que ahogar el grito de protesta de mi corazón, y tuve que rechazarlo para siempre.... Y tuve al fin que oír su anatema; eres como todas, como todas las demás....

ESCENA VII

ELBA Y JAIME

JAIME—(Entrando). Buenas tardes.

ELBA—(Levantándose sorprendida). Siga, siga Jaime, tome asiento.

JAIME—(Sentándose). Gracias.

ELBA—Cómo así viene usted?

JAIME—Había hecho propósito de no volver a esta casa; pero hoy recibí un recado de la señora Ofelia, solicitándome que viniera un momento, que deseaba hablar conmigo. Creí una descortesía no atenderla y por eso he venido.....

ELBA—Seguramente, no sabían ellas que usted debía venir en este momento. Se fueron donde el médico. Ya mismo deben volver.

JAIME—No me indicaba la hora. Yo quise atenderla cuanto antes.

ELBA—(Después de un momento de silencio). Ha visto usted a Aydé?

JAIME—No, desde nuestra última entrevista: hace tres meses.

ELBA—(En tono de reconvención). Jaime, si usted no era libre, por qué se acercó a ella?

JAIME—(Sorprendido). Qué dice usted Elba? Que yo no soy libre....; pero qué quiere usted decirme con eso?

ELBA—Todo lo sé, Jaime: usted es casado... ..

JAIME—(Interrumpiéndole, emocionado). Elba!, en este momento un rayo de luz ilumina este horrible misterio. Seguramente se trata de una farsa. Por

favor, Elba, dígame todo lo que usted sepa.

ELBA—Pero no es cierto que usted es casado?

JAIME—Le juro por mi honor que no.

ELBA—(Con satisfacción). Oh!, Jaime, si es así, Aydé se ha salvado.

JAIME—Dígame lo que sepa, Elba, por favor!

ELBA—Hace cinco meses, una mujer se presentó a Aydé como su legítima esposa

JAIME—Qué osadía!

ELBA—Esa mujer presentó a Aydé, como testimonios, cartas y fotografías de usted,

JAIME—Oh!, qué infamia. Ahora comprendo todo: es ella, esa mujer que había jurado vengarse de mí.

ELBA—Lo que quiera que sea es subsanable, con tal de que usted no sea casado,

JAIME—Elba, a usted le voy a confesar todo. Pero dígame, no es cierto del compromiso de Aydé con Cristóbal?

ELBA—Y cree usted que Aydé es capaz de eso? Fué sólo un ardid para que usted se alejara de ella.

JAIME—(Con satisfacción), Elba, me devuelve usted la vida! Es que no puede imaginarse lo que he sufrido en estos días. Pero voy a contarle brevemente para que usted comprenda lo que hay: En Loja, hace tres años, tuve relaciones con una mujer, en la cual tengo un hijo

ELBA—Ah!

JAIME—Esta mujer ya anteriormente, había tenido dos hijos de padres distintos. Yo era todavía muchacho, sin experiencia: me entregué a ella en cuerpo y alma. Ella disponía de mis sueldos a su antojo. Precisamente, para que me separe de ella, mi mamá gestionó este cargo, aquí en Quito. Confieso que vine contra mi voluntad. Después de algunos meses que estuve aquí, conocí a Aydé, me enamoré de ella y, resuelto a casarme, rompí por completo mis relaciones con aquella mujer. No volví a escribirla. A mi mamá le he mandado dinero para mi hijo. Mi ma-

má quiere hacerse cargo del chico; pero esa mujer no quiere entregarlo.

ELBA—Eso sería lo mejor.

JAIME—Ahora bien, ella que ha perdido todo el apoyo pecuniario que tuvo conmigo, no se resigna con el rompimiento: me escribió jurando que se vengaría de mí. Supo que estuve de novio con Aydé y ha inventado esta farsa.

ELBA—Qué astucia. Pero, por qué no se lo confesó usted todo a Aydé?: de cuántos sufrimientos se habrían evitado.

JAIME—Aydé es de una alma tan delicada: todo le impresiona. Claro que yo debía confesárselo todo; pero esperaba un momento oportuno para hacerlo.

ELBA—Y ahora, que piensa usted hacer para vencerla?

JAIME—Aquí tengo la carta de esa mujer, en la que jura vengarse de mí. (Sacando de su cartera unos papeles). Aquí tengo también una carta de mi mamá (enseñándole) en la cual me dice que siente mucho que se haya deshecho mi compromiso con Aydé, a quien quiere, sin conocerla.

ELBA—(Leyendo en silencio la carta). Sí, claro: esto es una prueba.

JAIME—Pero, por qué no me diría la verdad, Ayde?

ELBA—Pobrecita, ella quería que usted la olvide y que vuelva al hogar que Aydé creía que usted había formado.

JAIME—Es tan noble, tan abnegada.

ELBA—(Entregándole el diario de Aydé). Lea esto y dese cuenta cuánto habrá sufrido.

JAIME—(Leyendo en silencio). Oh!, desde ahora, mi amor, será adoración.

ELBA—Francamente, Aydé es una mujer admirable.

JAIME—Ahora recuerdo que tengo también en mi cuarto los certificados de soltería, que me envió mi mamá, a solicitud mía. (Levantándose). Voy a traerlos, junto con otras cartas que serán testimonios para que

Aydé se convenza.

ELBA—Sí, vaya, vaya a traer Jaime. Cada minuto de sufrimiento, es un siglo. Quiere que le prepare el ánimo a Aydé?

JAIME—No, Elba: yo debo hacerle conocer la verdad.

ELBA—Tiene razón. Hasta que usted regrese, ya me habré ido yo, para que puedan hablar sin testigos.

JAIME—Vuelvo en seguida. (Sale).

ESCENA VIII

AYDE Y ELBA

ELBA—Pobre Aydé, y pensar que con unas pocas palabras, habría podido evitarse cinco meses de letal agonía.....(Sigue leyendo el diario, en silencio)

AYDE—Entrando) Perdona que te haya dejado sola; pero tenía que acompañar a mamá donde el médico.

ELBA—No tengas cuidado. He pasado leyendo. (Levantándose). Sólo esperaba que regreses para despedirme. Esta tarde volveré. Quizá tengas algo bueno que contarme.

AYDE—(Con tristeza). Algo bueno, dices?

ELBA—Hasta luego Aydé. Esta tarde volveré.

AYDE—(Acompañando hasta la puerta). Te espero.

ELBA—Que pases bien. (Sale).

ESCENA IX

AYDE (SOLA)

AYDE—(Muy nerviosa, abre la cartera y saca de ella un frasquito pequeño). Oh!, la casualidad ha puesto en mis manos este veneno. (Leyendo la etiqueta del frasco). Digitalina. El médico no puede nunca imaginarse que yo me he substraído..... Qué otra solución sino la muerte, queda para mí? Qué puedo esperar? (Fuera de sí va de un lugar a otro. Coge el diario, lo guarda en una caja y lo cierra con llave. (Coge papel y lápiz y se dispone a escribir). Yo debo escribir algo. Pero no, sería mi confesión.

Pobre madre mía!, no podría resistir a un dolor grande!! N6, nadie debe saber que por mi voluntad desaparezo. Que se crea que me ha dado un ataque, algo, en fin....(Coge el frasco y se sienta en el sof6)
Oh!, la muerte!!; es mi 6nico remedio. He sufrido tanto que ya he pagado todo el tributo de dolor que se debe a la vida!! (Se recuesta en el sof6) Quiero morir, evocar la imagen de mi madre, y es la de 6l la que se superpone.....(Destapa el frasco, lo lleva a sus labios para tomar.

ESCENA X

AYDE Y JAIME

JAIME—(Se presenta en la puerta al terminar Ayde las 6ltimas palabras y corre hacia ella) Ayde!!

AYDE—(Levant6ndose con violencia). Jaime!!, eres t6!!

JAIME—(Cogiendo el frasco que tiene Ayde en la mano y mir6ndolo). Qu6 es esto? Oh! Ayde, ibas a morir sin saber la verdad!

AYDE—(Como despertando de un sue6o). La verdad dices.....precisamente porque conozco la verdad, iba a morir.

JAIME—(Con vehemencia). Ayde, hemos sido v6ctimas de una farsa horrible. Todo es mentira! Soy libre! Seremos felices!

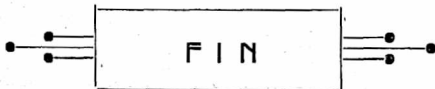
AYDE—(Fuera de s6). Qu6 dices. No me enga6as?

JAIME—(Abraz6ndola con efusi6n). N6, bien m6o, aqu6 traigo los testimonios de que soy libre!!

AYDE—(Abraz6ndolo). Jaime!! Vuelvo a vivir!!

JAIME—(Estrech6ndola con todo cari6o). Ayde m6a, y si me demoraba un instante m6s?

AYDE—Hay instantes que significan una eternidad!!



INDICE

	<u>PAGINAS</u>
PROLOGO.....	1
EL SECRETO FATAL.....	0
Acto Primero	1
Acto Segundo.....	13
Acto Tercero	23
EL ULTIMO BESO DE UNA MADRE.....	37
Acto Primero	39
Acto Segundo.....	50
Acto Tercero	50
A TRAVES DE LAS ZARZAS.....	71
Acto Primero	73
Acto Segundo.....	96
EL ABISMO.....	116
Acto Primero.....	117
Acto Segundo.....	135
LA ETERNIDAD DE UN INSTANTE.....	154
Acto Primero	155
Acto Segundo.....	169
Acto Tercero	183

Erratas Substanciales

PAG.	LIN.	DICE	DEBE DECIRSE
II	10	además es	además, es
III	8	acopia	copia
IV	13	el Arte	al Arte
V	2	decatan	decantan
VIII	26	lo volvió	la volvió
VIII	26	Ahara	Ahora
1	2	centro puerta	centro, puerta ^a
1	31	aquellas	aquéllas
2	8	el jardín	al jardín
2	34	febrilmente	flebilmente
5	2	mentira	mentira!
6	15	si nó	sino
6	31	prosélito	procélito
7	2	reinvindicación	reivindicación
8	27	meses; cuando	meses, cuando
14	18	presentación	manifestación
14	21	Fue en ese hotel	Mery—Fué en ese hotel
14	24	sanguinolenta	sanguinolento
15	12	el	él
16	29	providencia	Providencia
18	30	Tienes	Tiene
19	3	solo amor	sólo amor
19	19	como	Cómo
20	12	ahora	Ahora
24	21	Doctor tenga	Doctor, tenga
24	31	martirio físico;	martirio físico;
31	18	De veras	De veraz
35	20	al principio,	al principio;
40	2	Como	Cómo
41	11	veradero	verdadero
41	31	en el jardín	al jardín
42	3	cuanto	cuánto
46	22	un hombre	el hombre

PAG.	LIN.	DICE	DEBE DECIRSE
48	8	despues	después
51	31-32	descanzar	descansar
52	10	si	sí
53	8	vastante	bastante
53	37	estremo	extremo
53	30	Acopáñame	acompañame
54	7	creía	creí
55	22	en la la mesa	en la mesa
55	24	coje	coge
56	18	imágen	imagen
56	21	Hay	Ay
57	29	Díme	Dime
61	6	uno es dueño	uno no es dueño
62	30	élla	ella
67	11	hay	ay
68	14	mandarán	mandaran
71	10	sirviente	sirvienta
74	29	muerte a Luis	muerte, a Luis
75	14	en en vano	en vano
76	6	sino	si no
80	21	en un malvado	es un malvado
85	21	ocho cincuenta	once cincuenta
85	38	de repartir	has de repartir
86	19	mas	más
91	5	ello	ellos
97	2	realidad;	realidad,
101	21	piés	pies
101	28	firmesa	firmeza
102	30 31	puniples	punibles
107	25	Código	Código
110	31	a la barra	de la barra
110	36 37	recibió de los inte- resados	recibió de parte de los interesados
117	10	Matilde—Puede	Matilde — (Sonrien- do) Puede
122	12	Escena IV	Escena V
127	17	maliciusa	maliciuda
128	19	quien	quién

PAG.	LIN.	DICE	DEBE DECIRSE
130	35	deveras	de veraz
131	21	Que injusto	Qué injusto
133	8	deslisó	deslizó
135	27	solicito	solicito
140	3	él anda	él también anda
140	4	dónde	onde
149	8	por mi misma	para mí misma
151	13	por tu infame	de tu infame
157	24	al otro	a otro
159	24	que sería	qué sería
160	22	el te quería	él te quería
161	7	Como estás	Cómo estás
162	1—2	sido yo	sido favorecido yo
164	37	carino	cariño
165	22	Escena XIII	Escena VIII
166	17	la cartas	las cartas
166	18	que esta	que está
173	17	medas	me das
184	28	tristeza no poder	tristeza y no poder
189	14	se se	se
190	1	ausencia	ausencia
192	15	que piensa	qué piensa
192	31	cuanto habrá	cuánto habrá

**Este libro acabó de imprimirse
en los talleres de la Imprenta
de «Educación Primaria»
en Ambato, el cinco
de Enero de mil
novecientos
cincuen-
ta**

